

LEONOR E. DE MENÉNDEZ

ZARELA

(NOVELA FEMINISTA)



AREQUIPA

Tipografía Fránklin

Calle San José N° 101

ZARELA

# ZARELA

NOVELA FEMINISTA

POR

Leonor G. de Menéndez

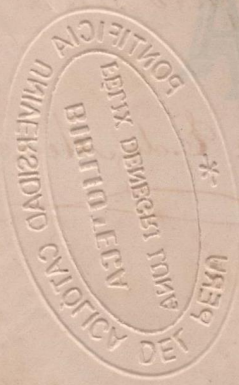


AREQUIPA

Tipografía Frámlin

Calle San José N° 101

Lit 0996



---

ES PROPIEDAD RESERVADA

---



---

Tip. Fráncolin.—J. F. Medina C.—Arequipa

Al Sr Director de "El Comercio"  
tiene el honor de enviarle este insigni-  
ficante Trabajo, que espero sea de su agrado.

Su atta S.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup>

Leonor E. de Menéndez

A modo de heraldo

1910.

¡Escritora? En cada letra de esta palabra la malignidad de los cretinos enroscará un áspid. I cada áspid silbará a la autora de estas páginas letíferamente. Grande es aún el número de los cacúmenes azás convencidos de que la mujer predestinada está, por los siglos de los siglos, a la prosaica ocupación de zurcir i al rol de preciosa gata de la adámica sensualidad. I entre esos cacúmenes los hay repletos de ilustración, ilustración que a un somero rasguño deja ver incrustado el fósil de los viejos prejuicios.

Si así anda el mundo, sin poderse arrancar el concepto romano, que no es sino la elaboración histórica del concepto que la horda tuvo, figuraos que hostiles erizaciones no encontrará la mujer escritora dentro del modoso perímetro lugareño. Dijo alguien que se necesitaba ser tres veces héroe para dedicarse a la amena literatura en estos míseros

medios de a centavo. ¿Qué diremos de la mujer que siente en sí la irresistible vibración que a la postre fulgura en la péñola? Centuplicada debe ser su heroicidad para sustraerse al frivolido, adorno tñtil de las sociedades de moral convencional, i para arrostrar juicios de palurdos, por mas que éstos a veces se digan intelectuales.

Heròica señora: yo no tengo pluma, sino gladio. Levántolo para que bajo su hoja avanzéis hacia la crítica, con gallardo aire, con el pensamiento apercebido a los murmullos de la realidad, con la conciencia de haber servido a la causa de vuestro sexo i de ser zapadora de un ideal que triunfará cuando el rebaño humano organizado sea a base no de mentiras convencionales, sino de amor i justicia verdaderos.

\*  
\* \*

La Sra. Leonor Espinoza de Menéndez es hija del propio esfuerzo. En su impertérrita afición literaria no tuvo otro maestro que el *¡ayúdate!* de Smiles. Por complexión psíquica se inclinó al arte de la palabra escrita i leyó, leyó, leyó i discretamente disciplinó su gusto i su pluma, cual aparece de esta novelita en que la reflexión ha puesto su capa sobre la fantasía. I se atrevió a atreverse, como dice la frase del clásico francés, i triunfa ahora, en que los mancebos que la prosa cultivan se deshacen, con rara excepción, en una mímica modernista que tiene mucho de Momo.

Desde el primer momento la preocupó el problema feminista, i es éste el tema de los artículos de su iniciación, suscritos con el pseudónimo de *Elvira*. En *Ideal*, revista sostenida por la llama de su entusiasmo, continuó polarizada hacia aquel objetivo. I hoy, en las páginas noveladas de *Zarela*, afirma su personalidad, abordando la debatida cuestión con bizarra entereza, ya no mediante el teórico raciocinio, sino en el plano de una acción humana, de renglones arrancados a la realidad, a través de los cuales el cauterio cauteriza. Viso apostólico hay, pues, en la labor literaria de la inteligente dama.

Leed su novela. Es una novela de tesis i, por ende, batallona. Tras de sus líneas está la mujer reflexiva, obsesionada por una causa, planteando las cuestiones de esa causa en cada situación, en cada personaje. Fijaos que casi nunca describe. Apenas se cuida del paisaje en la escena del suicidio, quizá entonces por contraste entre el gesto macabro de la muerte i la sonrisa vital de la naturaleza espléndida. Sin embargo ha tenido ocasión para darnos visiones de la tierruca eglógica en la excursión de Luisa a Socabaya i de Margarita a Cayma. Fijaos en que los hombres pasan en rápido visaje i son las mujeres las que monopolizan la trama. La feminista guía a la novelista. Esta ve por los ojos de aquella.

I la tesis no está en las teorías que sustenta *Zarela*. Está en cada una de las protagonistas. Digo protagonistas porque Lui-

sa, Hermengarda, Soledad, Margarita, en especial ésta, parecen en determinado momento asumir aquel papel, planteando cada una, con su propia situación, el problema que preocupa a la autora. Esta, antes que disertar *Zarela*, lo ha facetado. *Zarela* aparece, en plano principal, tarde, i bien pudo dejar a la obrita con solo su segundo título: *novela feminista*. Surge a raíz del movimiento novelesco, como la boca doctrinaria. Por eso su matrimonio sabe a demostración. I no andaría descaminado quien, robando una frase a la mecánica, dijera que en esta novela la acción no es centrípeta, sino centrífuga, en cuadros entrantes.

Estilo, lo hay, discretamente llevado, con sobriedad realista, sin el menor contagio de esas guaraguas de nuestros jóvenes escritores i que han pasado a la categoría de *clichés* dejados por el modernismo, que es cosa muy distinta, vital i seria, de alta i de profunda amplitud. La pluma en estas páginas se desliza fácilmente, revelando pulso avezado a manejarla sobre las carillas ilesas, i aunque algún aficionado a *gramaticalerías* pudiera darse pisto cazando alguna, nada argüiría aquel con sus tiquis miquis contra el volumen literario de la escritora, que habitualmente luce corrección en el lenguaje, propiedad corriente en el adjevivo, sencillez en la frase i ausencia de jactancia en todo.

\*  
\* \*

Podrá quizá la crítica signar la contextura novelesca, por sobra de descentralización en

la urdimbre, que llega hasta dejar hilos sueltos; pero no podrá escatimarle mérito a la autora, no únicamente por el esfuerzo que representa en sí, entre nosotros, una novela de seria tendencia, sino también por las intrínsecas cualidades literarias que adornan a dama que hoy, al par que *Marianela*, la de espiritualismo parisino, i *La Valière*, la de incoherencia hiperestésica, es flor de la intelectualidad femenina de esta tierra que tiene el alma de sus Evas. La nota distintiva de la gentil creadora de *Zarela* es cierto aire reflexivo, que ya ha marcado el lápiz de este prólogo, i de él proviene que no fimbrie el arrebol imaginativo con la brillantez que en María Nieves i Bustamante, por ejemplo. Su espíritu es moderno, sustentado en lecturas innovadoras de las aspiraciones, orientado hacia la humana progresión, sin dejar afortunadamente el acento simpático de su sexo, como no pasa, no, en otras escritoras que, al sobreponerse a las cortas ideas de las cabecitas de cabellos largos—frase de Schopenhauer—se masculinizan.

Mas, por lo mismo que su espíritu es moderno, encuéntrase libre del efluvio místico, de ese efluvio que es sentimiento brillante en la ya citada María Nieves i Bustamante, religiosidad discreta en Luisa Salazar de Rodríguez i postura de fanática en Felisa Moscoso de Chávez. No hay incienso, pues, en esta novela. I, por el contrario, la crítica de las costumbres lleva su punzón hacia prácticas modalidades del fenómeno religioso que no se compadecen con la amplia concepción que la autora tiene sin

duda de esa forma psicológica polarizada por lo iguoto. Ved a Hermengarda, como la soror de la tradición, contemplando, tras las muros herméticos, entrar i correr i salir el agua cantarina. Saboread la valiente página en que vibra la impresión dejada en una alma tolerante por el abandono sombrío del panteón laico, lugar de ultratúmbico rencor que reclamar parece la meditación de un Volney. I sonreid ante los tipos de Brunequilla i Fredegunda que tienen lengüillas de viborezna santidad.

Energética lección la que la Sra. Espinoza de Menéndez da a enclenques espíritus masculinos que entretiéndose en florear sobre esterlín, como si no fueran carne de la carne de la colectividad que les da su ambiente, clamoroso por el formol de la meliorización. Su pluma no imprimirá ni el alto ni el bajo relieve de caracteres al galdosiano modo; pero delinea sin titubear, con delineación que por sí sola es una incisión de censura, tipos de nuestro medio, encarnadores de vicios sociales de esta «chacra grande con aldea de cal i canto,» que decía el ayo del Libertador. No solo es la santurronería la marcada en estas páginas: es también la chismografía caritativa de las damas que, entre un chis chas en las mejillas i compunciones que resultan muecas, despelejan a la prójima inocente o infeliz; es la frivolidad familiar del *clubman*, ese señor que pospone la solicitud por su hogar al casino, donde lo mas serio de la vida, tras el prosaismo oficinesco, es la charla insustancial con los amigotes al rededor de la copita e-

legante; es la abusión que entelaraña las mentes populares, retenidas en planos poster-gados de cultura, i que gana con frecuencia a otras mentes que se jactan de no ser primitivas; es el falso orgullo de la señorona que unimisma su deber maternal con su preocupación de categoría social hasta hacer del hijo un perdulario aristocrático; es, en fin, el profesional simulador de intelecto i de sapiencia en la prestidigitación cotidiana del centavo i del puesto, capujados al mérito silencioso i humilde.....¿Cuál de nuestros escritores se atrevió a estos toques que suponen veracidad de moralista i entereza para afrontar el desquite que tipos i tipas se tomarán de esa veracidad que, por lo mismo que carece de gesto predicador, es resquemante?



Ya colegiráse si en la péñola de la Sra. Espinoza de Menéndez habrá temple para diseñar las desconsoladas situaciones que crea a la mujer la supeditación de su porvenir al porvenir del hombre i a menudo al querer de éste, que es como entregarse al azar. No. En una nueva organización de la humanidad, que quizá se avecina por obra de la misma conflagración europea, las cosas no pueden quedar así. Pero mientras traen los tiempos otras formas de convivencia social, más depuradas de los egoismos ancestrales e históricos que la presente en que la injusticia es

rúbrica de todo, hay que esforzarse por que la personalidad de la mujer afirme su desarrollo integral, a base de su independendencia económica i sin que por ésto sufra ni el encanto femenino ni la familia, aunque sí la loba de la sensualidad.

I ésta es la que en el criollo, cuando no ahulla, enseña los devoradores dientes. Ahí está la explicación—no en que tengamos un ideal estético, como quiere Dora Mayer, que eso nos asemejaría a los griegos—de aquella observación del sociólogo Ross, quien apunta que en el Perú si se reunen dos hombres el tema seguro de su charla son las mujeres. Miremos a través de tal predilección el cuadro social, i encontraremos muchas Luisas, muchas Soledades, muchas Hermengardas, muchas Margaritas i otros ejemplares femeninos que esperando están la pluma que los novele i que patentizan que también entre nosotros, como en otras partes es de desconsuelo la situación de innúmeras mujeres. El matrimonio no llega, i, si llega, llega mal, i el fenómeno económico es despiadado. El Código Civil, bajo el vetusto concepto romano, mutila los derechos de la mujer, premuniendo en cambio a la avilantez masculina. I la ley de instrucción, si bien recarga la cabecita femenil con una morión de cursos, carece del objetivo de armar a la mujer para la vida. Observad. Al natal anuncio de una hija, suspira el padre i una sombra pasa por su frente, i en ese suspiro i esa sombra vibra la futura tragedia de la vida femenina, que es como vuelo de tórtola en ámbito de gavilanes.

Esta novela toca, pues, una cuestión palpitante, que solo no lo es en nuestro aparato de democracia porque vivimos al desgajare con relación a todas las cuestiones nacionales de hondura i trascendencia. Cualquiera que sea el juicio literario que se tenga sobre *Zarela*, aplausos, férvidos aplausos, merece la autora que, obedeciendo a un imperativo categórico de su sexo, señala con índice firme la aspereza de la realidad i la senda liberadora para ese sér que tiene en su belleza su bendición i maldición. I no podrá acusarse a la Sra. Espinoza de Menéndez de ser feminista desaforada. No. Su feminismo es inteligentemente discreto, cual corresponde a la síntesis humana que forman los dos sexos, cual conviene a estos medios, a los que hay, por su incipiencia, que dosificarles todo lo vasto. Se condensa en la frase que cierra la novela i que es un voto: *bien por el feminismo razonable*. Este adjetivo es el broche limitador.

Ya oigo a los espíritus chacoteros hacer fisga del feminismo, de esta novela e, irrespetuosos, hasta de la dama que con pulcra mano la ha escrito. ¡Cacúmenes fofos! Si solo adolecen de vacuidad i no de menaguada intención, paren mientes siquiera en la elocuente circunstancia de que hasta hoy en Arequipa son damas las que se han atrevido a la novela de aliento i serio propósito: María Nieves i Bustamante, la autora de

*Jorge o el hijo del pueblo*, esa novela romántica en la que hay páginas de muy buena prosa i diestras pinturas de la Arequipa revolucionaria, i Leonor Espinoza de Menéndez, la autora de *Zarela*, esta novela realista en la que un espíritu de mujer moderna clava el estileto de progresista crítica en costumbres absurdas o necias del ambiente social arequipeño. Después de dichas dos novelas de positiva significación, apenas quedan *El grano de arena* por La Jara i Bermúdez, que aún no he logrado leer, *Blanca* por Jorge Polar, que es un sentido poema en prosa, *Medusa* por Augusto Aguirre Morales, que Clemente Palma ha declarado no ser novela, i algunos cuentos naturalistas de Juan Manuel Osorio que confinan con aquella i que revelan dócil estro de narrador, visualidad descriptiva i decisión por las cosas propias i terruñescas. *Flor de ensueño* por Aguirre Morales, *La hija de la Patria* por Modesto Málaga, *Lucía* por Electro Corzo, *Sor María* por Belisario Llosa i otro novellín, cuyo título roba en este instante el olvido, por Enrique Bustamante i Barreda son piniños, fragmentaria i relativamente apreciables, ya en un sentido, ya en otro. Mas ninguno de los masculinos ingenios a los que ha dádoles por novelar ha polarizado su obra a un propósito serio, hasta hacerla obra de aliento, como han polarizado la suya las dos distinguidas damas arequipenses que suman sus nombres a los de Mercedes Cabello de Carbonera i Clorinda Matto de Turner.

¿Se ha desempeñado mal en su intento la Sra. Espinoza de Menéndez, autora de

*Zarela?* Pues bien, puede ella contestarles a los espíritus chacoteros con el loco del cuento. Entreteníase éste en deslizar con rapidez por sobre los barrotes de todas las rejas un palito, deleitándose con el ruido especial que producía. No faltó quídam que, al verlo, le motejara la falta de gracia de su juego. Entonces el loco, con un esguince de cordura sabia, volvió hacia su interlocutor i, alcanzándole el palito, le dijo: hágalo usted mejor. Esta es la respuesta que debemos dar a muchas banales críticas, totalmente incomprendibles o lamentablemente unilaterales, por lo menos. I en cuanto a los áspides, a los áspides, cara señora, proseguí imperturbable que, como dijo el poeta, no merecen un puntapié de tu pie i desde cuando el mundo es mundo su sibilación formó siempre la ofídica orquesta del mérito que avanza.

Heroísmo. Centuplicado heroísmo. Estoicismo para las mordeduras de la aldea. Superioridad. I ya os lo dije: mi pluma no es pluma sino gladio. Levántolo para que bajo su hoja avanceis hacia la crítica, con aire gallardo, con el pensamiento apercebido a los murmullos de la realidad, con la conciencia de haber servido a la causa de vuestro sexo i de ser zapadora de un ideal que triunfará cuando el rebaño humano organizado sea no a base de mentiras convencionales, sino de amor i justicia verdaderos.

FRANCISCO MOSTAJO.



LIMA-1912 —

# ZARELA

NOVELA FEMINISTA

## I

Luisa de Espanet bajó de su elegante auto con aire preocupado. Ni el delicioso vagar por las céntricas calles de la población en aquella mañana primaveral, le había aliviado el cansancio i malestar nervioso a causa de una larga noche de insomnio.

El portero abrió la verja saludándola respetuoso.

Con magestad de soberana subió Luisa la escalinata de mármol i atravesando el artístico vestíbulo, pasó a las confortables i elegantes habitaciones. El silencio más absoluto reinaba en ellas.

Han salido,—pensó—mejor, que mejor; no tengo ánimo de hablar con nadie.

Sin detenerse en su boudoir, penetró a su gabinetito de lectura cerrando tras sí la puerta. Un artístico ramo de violetas embalsamaba el tibio ambiente de la habitación, valiosos cuadros de renombrados artistas decoraban sus paredes; un estante coquetón, un escritorio, algunas sillas de moderno estilo i un precioso canapé constituían su menaje.

Luisa miró con cariño todos aquellos objetos familiares i un suspiro de satisfacción escapóse de sus labios. Quitóse guantes i sombrero i sin despojarse del valioso abrigo de pieles, sacó del estante un manual de medicina.

Tomando cómodo asiento en el canapé abrió el libro por la señal colocada entre sus fojas, allí aparecía una página con varias anotaciones i llamadas en el márgen hechas con lápiz rojo, que hacían comprender haber sido leída otras veces.

Después de terminar su lectura se puso de pie i comprimiendo un timbre abrió la puerta.

Una sirvienta se presentó al momento.

—Rosalia, ¿salieron el señor i la señorita Lili, verdad?

—Sí señora, hará un cuarto de hora mas o menos, les oí decir que iban al colegio, parece que una de las niñas se ha indispuesto i les mandò llamar.

Luisa, haciendo entrar en la habitación a su criada de confianza, entornó de nuevo la puerta i tomó el asiento que había dejado.

Guardó indecisa un momento de silencio i pasándose por la frente una de las aristócratas manos en ademán de borrar ideas importunas, dijo a Rosalía mirándola con firmeza, atisbando en la franca fisonomía el efecto de sus frases. - Rosalía, ¿verdad que me amas de veras i que debo confiar en la sinceridad de tu afecto? ¿Verdad que no puedes olvidar jamás lo que tanto mi madre como yo hemos hecho a tu favor?

- ¡Ah, mi querida señorita, eso nunca jamás se olvida! ¿Qué habría sido de mí si la caridad de ustedes no me libra de esa arpía de mujer que no contenta con explotar mi trabajo me martirizaba de la manera más brutal? ¡Ay! señorita, si necesita de mi vida, dígalo que no vacilaré un solo instante en dársela como prueba de mi eterna gratitud.

- Gracias, hija mía, desde hoy eres mi aliada; cuento con tu ciega obediencia i silencio absoluto. Vé ahora a casa de mi hermana i dile que la espero mañana a las cinco de la tarde, hora en que la señorita Lili estará dando lección de piano; vuelve pronto, no olvides que hoy es día de recepción i tienes que hacer algo más de lo ordinario.

La sirvienta salió a cumplir las órdenes de su ama. Esta cambió su tocado con otro aparente para ir al comedor i poniéndose un poco de polvos rosáceos en ambas mejillas para disimular su palidez, sonrió al espejo satisfecha de sí.

La señora de Espanet recibió aquella tarde a sus amigas con el aire habitual de correcta elegancia en maneras i estilo, que era su distintivo i con aquella ecuanimidad de ánimo propia de la mujer feliz. No obstante un sagaz observador, habría descubierto en el fruncimiento imperceptible de las cejas i en las distracciones involuntarias en la conversación, la honda preocupación que embargaba el espíritu de la señora.

Al siguiente día i a la hora prefijada, Lili ejecutaba maestralmente en el piano una hermosa obertura i el señor Espanet en casa de un amigo conferenciaba con un grupo de políticos sobre asuntos de interés. Luisa i la viuda de Guzman su hermana, sostenían animada i baja conversación en la coqueta sala de estudio de la primera. Rosalía escuchábalas a respetuosa distancia.

— ¡Bah, Luisa por Dios! no me vengas con quejumbres. ¿Sabes? los engreimientos te tienen así, reflexiona querida, eso es ser demasiado ambiciosilla; aprende de mí que

apenas cuento con la indefinida de mi pobre Guzmán—que gozando de Dios esté.—Ya tu ves la pequeñez que es, felizmente no tengo hijos i así, que así, me veo precisada a realizar milagros i economías, i no obstante yo no me quejo, ni me hago dar la jaqueca, ni ataque de nervios.

Hija mia, para vivir esta vida i adaptarnos a ella, necesitamos un poco de filosofía; no te aconsejaré caminar descalza o vivir en un tonel a semejanza de Diógenes, pero debemos aceptar resignadas las presiones del destino i las veleidades de la suerte caprichosa.

—¡Ay Olga! no me satisface tu manera de razonar, alguien dijo que la vida es lucha, no resignación; pues bien, yo prefiero la lucha. Tu tienes un carácter idóneo para el sufrimiento, yo nó; además te uniste a tu marido por amor, es justo que sufras sin rebeldías. En mí, mas que el amor, influyó el deseo de riquezas, el deseo de venganza i al sentirme insatisfecha, justo es que me subleve. Yo quise humillar a todas esas mezquinas criaturas que viéndonos en malas condiciones trataron de zaherirnos de todos modos. Lo he conseguido devolviéndoles humillación por humillación, mas por lo mismo temo su revancha. Esta envidiada posesión, estos go-

ces que hoy disfruto, se afianzan en una base frágil i delesnable; yo deseo reconstruirla, haciéndola durable, eterna i para conseguirlo, no repararé en medios por difíciles que sean, por imposibles que parezcan.

¡Hermana, hermana mía! por tí, por las dos, por nuestro renombre, ayúdame; sé tu también mi aliada, vé que ya lo es Rosalía.

Olga rodeó con sus brazos el mórbido cuello de Luisa i besándole en la frente le dijo con mimo.

—Bien Luisita, recuerda que soy tu Olga la que haciendo de madre, no pudo negar jamás ninguno de tus caprichos; lo único que te recomiendo es que procedas con cautela.

—Gracias hermana mía—respondió Luisa, devolviendo con creces las caricias de Olga i llena de júbilo, le manifestó los diversos planes que había forjado para asegurar la fortuna i el porvenir.

Habiendo recibido Luisa, siendo aún niña, la dolorosa lección que dá en la vida la pérdida de fortuna, se acostumbró desde entonces a someter todos sus actos a la reflexión, adquiriendo por este medio un dominio absoluto sobre sí misma i una inflexible voluntad. Su clara inteligencia le hizo notar desde la infancia las ventajas que ofrece el dinero i las inconveniencias de la pobreza.

Contaba trece años cuando su padre dejó de existir violentamente. Los médicos dijeron que había sucumbido por congestión cerebral, pero la murmuración aseguró que él había puesto fin a sus días por no sobrevivir a la pérdida de su fortuna.

Cuando el oro abundaba en el hogar de Luisa, multitud de amiguitas la rodeaban disputándose su amistad i en las fiestas infantiles se le tributaban los honores de pequeña princesa.

Llegó un día la desgracia a su dichoso hogar, auyentando el bienestar, las ostentaciones i lo máspreciado para ella, la amistad.

Asombrada sin poder explicarse, sin que a su pequeño cerebro acudiese un razonamiento satisfactorio, contempló la deserción de aquellas que en otrora la adularon i dos lágrimas amargas resbalaron por sus frescas mejillas cayendo en la comisura de los bermejios labios, imprimiendo desde aquel instante un sello peculiar a su sonrisa.

La funesta lección de infidelidad que en la adolescencia recibía, debía operar en ella una metamorfosis espiritual, radical i completa.

Luisa, mirándose un día al espejo i sonriendo con sonrisa extraña, dijo a su hermana mayor:

—Dime Olga ¿falta mucho tiempo para que sea una señorita?—No veo la hora de llevar el vestido bajo. ¡Ah! ya verás entonces como enseñó a esas insensatas la lealtad; ya verás cómo sé vengarme a usanza de un cuentito que leí, en el que dice que la fortuna es una rueda que no cesa de girar i nosotros siempre estamos adheridos a ella i unas veces los que están debajo quedan encima i así viceversa; ya verás cuando nos hallemos encima!

Olga, alarmada por las ideas de rebeldía de su mimada hermana, la dijo con dulzura.

—¡Eh, Luisita mía! no te expreses así, fíjate que mamá allá en el Cielo nos escucha, le causarás pena; además yo que aquí hago sus veces, siento enojo al oírte. Las niñas deben ser buenas, humildes i saber perdonar el daño que se les hace, para que Dios las bendiga i sean felices.

—Bien, hermana mía —respondió Luisa abrazando a Olga—bien, prometo no decir más impertinencias; mamá nos bendicirá contenta desde allá i tú me querrás cada día mas; pero dime ¿Soy bonita de verdad?; así lo dicen los muchachos cuando paso por la calle i mirándome al espejo no me encuentro tan mal, pero tú no me lo dices i quiero conocer tu opinión.

—¡Ay hija mía! no hables candideces; no eres fea, pero tampoco una belleza que digamos; no pierdas el tiempo pensando simplezas, la perfección moral es lo único que debe preocuparte.

Luisa sonrió picarescamente i guardó silencio. Desde aquel día no volvió hacer alusión a los dones con que se vió favorecida, pero se esmeró en el cuidado de su físico tanto, como en el de su espíritu.

Llegó la época en la cual la asediaron varios pretendientes a su mano i ella como negociadora experta, los vió a todos bajo el punto de vista pecuniario, Aquellos que le ofrecieron un ideal porvenir formado unicamente de ensueños i quimeras, los recibió con un mohín desdeñoso, encogiéndose de hombros con gesto despectivo. A ella lo que le interesaba era lo positivo; el ruido metálico hablaba elocuente a su corazón.

La esfinge de glaucos ojos, como le llamaron los desdeñados pretendientes, aceptó el nombre i fortuna del acaudalado Espanet, viudo i con tres hijas casaderas.

La vida se le ofreció a Luisa bajo el aspecto más grato del que ella había imaginado. Amada con locura por su marido, estimada por sus entenadas, i adulada por el mundo social en que actuaba, experimentan-

do secreto arregosto, satisfacción infinita cuando humillaba o confundía algunas de las que en otrora la hicieron sufrir, podía considerarse del todo feliz; no obstante, mientras los años trascurrían, sentía acrecer el vacío que desde la primera época del matrimonio experimentó en el corazón.

En sus cálculos entró la idea de la maternidad, los besos de sus hijos llenarían el espacio que existía entre la edad suya i la del esposo, siendo además los eslabones de la cadena con que deseaba aprisionar la dicha; desgraciadamente se iban los años i esta ilusión no se realizaba, permaneciendo su seno infecundo.

Por ley natural el esposo moriría antes que ella i entonces cambiaría por completo su posesión. La mala disposición de las leyes le señalaban como viuda sin hijos, una insignificancia de la fortuna que tanto había ambicionado.

Ese menoscabo de fortuna i ese cambio de posesión eran para la joven señora la espada de Damocles suspensa sobre su arrogante cabeza.

El miedo al porvenir fué convirtiéndose en una terrible obsesión que alteró por completo sus nervios; acometiéndole constantes accesos de profunda melancolía, que, con su

poderosa voluntad trató siempre de ocultar.

Cuántas veces sorprendió el esposo ver en las bellos ojos de su compañera huellas de ocultas lágrimas; en vano intentó busear las misteriosas profundidades i reconditeces de aquella alma impenetrable.

—¿Qué tienes?—solía decirle ansioso— algo te pasa, algo me ocultas, la tristeza de tus ojos me lo dice, mas tu callas i disimulas. ¡Oh Luisa, dímelo, dímelo por favor! ¿Acaso te mortifican mis hijas? ¡Ay! tus reservas me hacen daño, mucho daño.

—No me hagas caso—respondía Luisa fascinándole con sus glaucos i rasgados ojos, sonriendo, apretando una contra otra las dos hileras de sus blancos i diminutos dientes como si quisiera ocultar con aquella contracción nerviosa el secreto que pugnaba por escapársele. No me hagas caso—repetía—es el exceso de felicidad que me hace susceptible, son estos malditos nervios que me dan la jaqueja.—I pasándose una de las manos por la frente con su ademán habitual rompía a reir con risa convulsa, nerviosa, mezcla de sollozos; luego, más serena, rodeaba con los torneados brazos el cuello del marido disipando zalamera, con sus caricias, los temores i desconfianzas de aquel.

Había cumplido ocho años de matrimo-

nio i resuelta a no sufrir mas la congoja de su constante preocupaci3n, llam3 en auxilio suyo a la hermana i a su criada para poner en pr3ctica el proyecto que hacia tiempo tenia formado.

Despu3s de estudiar paciente los sntomas que acompaan al delicado estado de la mujer encinta, conferenci3 reservadamente con una renombrada matrona, haciendo llamar en seguida al doctor Wuilder, m3dico de la familia.

Este profesional con mas fachenda que conocimientos cientficos, tuvo la suerte por uno de aquellos caprichos de la mundana sociedad, de entrar en moda despu3s de poco tiempo de haber salido de la escuela. No se sabe si a esto contribuy3 el aspecto de su figura, el vocear elogioso de mam3s con hijas casaderas, o el ruido met3lico de su fortuna, ello es que la fama del doctor Wuilder creci3 r3pida como la espuma; lo que s3 no se supo es si tuvo la fugaz duraci3n de esta.

Perfumoso, esmeradamente trajeado, los bigotes acabados de salir de la bigotera i cubierto el rostro por sutil capa de finos polvos, lleg3 el doctor a casa de los Espanet. Con delicadeza extrema i aparatoso simulacro cientfico examin3 a la paciente, confirmando la opini3n de la matrona, manifestan-

do además que el delicado estado de la señora se complicaba con insipiente neurosis i dolorosa artritis.

Aparte del eficaz tratamiento que dejó a la enferma i el régimen moral de tranquilidad i distracción, convenía que tomase algunos baños termales.

Luisa determinó ir a Arequipa, su viva imaginación hizole vislumbrar que en esa ciudad, sin grandes dificultades, realizaría su bien estudiado proyecto.

El señor Espanet vióse imposibilitado para acompañar a la señora. Los asuntos políticos en los que estaba por medio el honor, le retuvieron i Lili, teniendo la perspectiva de ventajoso noviazgo, pretextó las atenciones que debía a sus hermanas menores para desligarse del compromiso de acompañar a su madre política.

La suerte favorecía los ocultos deseos de Luisa, que, satisfecha supo aprovechar las más insignificantes circunstancias para obtener el fin que se proponía. La joven señora acompañada de su hermana i de Rosalía, llevó a cabo el anhelado viaje, permaneciendo tres meses en Yura i fijando después su transitoria residencia en Arequipa con el pretexto de pasear i conocerla. Intencionalmente eligieron para su estadía una bonita i solita-

ria quinta en los alrededores de la ciudad.

El matrimonio Espanet amortiguaba el dolor de la ausencia sosteniendo larga e idílica correspondencia.

El esposo sentía además oculta satisfacción al ver a su delicada compañera lejos de Lima en aquella época en que los ajetreos políticos la tenían en efervescencia. ¡Cuántas angustias i zozobras le había evitado a la nerviosa Luisa ese viaje!

El país todo estaba conmovido, multitud de montoneras aparecían en lugares diversos, el rifle, el sable, el castigo ejemplarizador eran ineficaces para contener la fuerza de rebeldía que minando la silla presidencial, debía traer por tierra el mando del general Cáceres.

Una atmósfera de inquietante descontento envolvía el alegre i bullicioso Lima. Las rejas de Guadalupe habríanse constantemente albergando en su recinto nuevos presos políticos. Las viudas e indefinidos devoraban en silencio sus angustias i escaseces por falta de pago; el desaliento i la incertidumbre llenaban las Cámaras. Muchos representantes viéronse en grandes aprietos para cubrir sus necesidades, porque no se les abonaban dietas.

Un provinciano despechado i meditabun-

do, sacó un día su elegante frac que le sirviera en la instalación del Congreso i mirándole cariñoso pasó amablemente el cepillo por toda la prenda; colocándole cuidadoso sobre el sofá del pequeño cuarto del hotel, púsose a calcular la cantidad de dinero que podría sacar vendiéndole «¡Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!»—exclamò filosóficamente.—Todo precario i delesnable i no obstante, ¡cuán fatuos somos! Cuando la fortuna nos eleva, no recordamos lo que hemos sido, ni lo que por un capricho del azar podemos ser; el presente feliz embriagándonos, hace que sólo pensemos en él. ¡Quién te iba a decir Basilio que llegara para ti este día! ¡Quién te iba a predecir, amado frac, que en lugar de ser guardado cual trofeo de victoria, debías ir a dar a una casa de compra-venta!

Terminando el diputado su monólogo dobló la prenda i notando algo en el bolsillo del pantalón, extrajo un par de blancos guantes i un pañuelo de seda que embalsamó la habitación con el fuerte perfume que de él se desprendía. Basilio aspiró con delicia aquel perfume que le produjo instantáneamente un fenómeno de psíquica recordación.—Vióse ante un espejo como en el clásico día de la instalación del Congreso; aquel frac ve-

niale estrecho, la excesiva gordura era un inconveniente para la estética de su figura, su abdómen presentaba enorme relieve pugnando por romper el delicado chaleco; los brazos tendían a separarse del tronco, el cuello alto congestionábale el rostro por la opresión i los guantes alabastrinos abriéndose por las costuras, comprimían la circulación de sus manos enormes. Aquello fué un suplicio, mas un suplicio de soportable vanidad.

Su figura grotesca i ridícula, antojósele al novato representante la de un alto i singular personaje. Sus amigos i conciudadanos de allá del terruño aparecían ante su imaginación empequeñecidos moralmente. ¿Qué eran a su lado, sino homúnculos insignificantes, microcéfalos inconscientes en espera de lo que él, el superhombre, haría en favor de la provincia?

¡Si le vieran en aquel traje, con su aire arrogante de magnate; qué placer i satisfacción experimentarían de haberle elegido su representante. Estas reflexiones llenáronle de arregosto, haciéndole sonreír a su otro yo, al aristócrata Basilio, metamorfoseado por aquella elegante vestimenta.

Otro recuerdo no agradable e importuno, acudió a su mente produciéndole bochorno i haciéndole exclamar: «Esta es la vida, el

placer unido siempre al dolor.» Vióse no ya ante el espejo, sino ante la irónica fisonomía de un amigo, el día que, acongojado i ansioso, fué a pedirle un consejo de oratoria, pues que para desempeñar dignamente su honroso papel de representante, debía hacer escuchar su voz en la gran sala, emitiendo opiniones i refutando las ajenas que no fuesen de su agrado. ¡Como recordó la intencionada sonrisa de su consejero cuando le dijo: «Amigo Basilio, nada tan fácil; un poco de atención, ahí está todo. Póngase siempre del lado de la mayoría de opiniones: — me adhiero a los señores X o Z. Fijese además lo que hace falta en su pueblo, la adquisición de una campana para la Iglesia, la fundación de una escuela, etc., lo manifiesta en pocas frases i con todá la sonoridad posible i ya está hecho su papel.»

La sonora campana del gran reloj del hotel, dejó escuchar las once de la mañana sacando al diputado de su gran abstracción; acercábase la hora de ir al comedor i contemplar la ceñuda fisonomía del dueño del hotel, que ya le había notificado desalojarle si no cancelaba sus cuentas. Esta idea acabó con las indecisiones del diputado, haciéndole salir presuroso camino a la casa compraventa.

Como el representante Basilio, hubieron otros que maldiciendo honores i prerrogativas de la diputación tuvieron que recurrir a ingeniosos medios para salvar situaciones difíciles. Decíase que aquella crisis económica, que lo exiguo del dinero en la caja del erario, provenía del fuerte gasto que demandaban las tropas del gobierno repartidas en diversos lugares del Perú para mantener el orden i tranquilidad de la nación.

\*  
\* \*

El señor Espanet comprometido seriamente en la conspiración que se fraguaba en contra del gobierno, tuvo noticia oportuna que se le espiaba para tomarlo preso; no siéndole grato caer en manos de la policía, buscó inmediato asilo en una casa extranjera en la que contaba con la lealtad i estima de buenos amigos.

En su escondrijo no le abandonó un instante el recuerdo de su querida compañera prestándole valor para soportarlo todo; por ella, no obstante de ocupar buena posesión i pasar cómoda vida ambicionó más i mezclóse en política; quizo colocar a la soberana de su corazón en el sitio del renombre que con esa política facilmente se consigue.

En tanto ella, su Luisa, la bien amada,

en Arequipa se ocupaba en realizar su gran deseo auxiliada eficazmente por la perspicaz hermana i la audaz Rosalía que, activa i cotarrera en poco tiempo era conocedora de lugares diversos de la campiña. Fullera i cariñosa, inquiría con extraordinaria paciencia los datos que pudieran favorecer sus planes; no obstante los meses veloces trascurrían, sin hallar lo que las tres con afán buscaban.

Viendo Luisa i su hermana, las dificultades que les salían al paso por el tino con el que debían proceder para que su hazaña quedase en el misterio más absoluto, resolvieron que Olga iría a la casa de expósitos i con nombre supuesto, dirección distinta i dejando buena suma de dinero se apoderase de una criatura apropiada, cuyo aspecto fisonómico guardase uniformidad con el ilustre apellido que debía llevar.

El caso urgía, ya habían pasado dos meses de la época señalada por la matrona i el doctor, para el trascendental acontecimiento i la joven esposa no era madre.

Estaba el día señalado i todas las precauciones tomadas para llevar a cabo la aventura en la que Olga iba a tomar parte, llenando los requisitos que la casa de expósitos exigía, cuando una tarde llegó Rosalía

al hogar rebozando arregosto i triunfalmente comunicó a las señoras su feliz hallazgo.

El temor a la deshonra había llevado a la casuca de dos pobres mujeres, una niña recién nacida; este descubrimiento deciale al corazón que llegaban a la meta de sus aspiraciones, ocasión más propicia no podría presentárseles jamás. La soledad i miseria en que vivían las dos mujeres i el silencio del campo eran auxiliares poderosos para la ejecución de su obra. Con gran astucia i sagacidad había hecho hablar a las campesinas más de lo preciso: la niña era de noble origen, había sido bautizada en la Iglesia de la Compañía i los padres eran Eduardo Tassarà i Soledad Tomazi.

Olga, ataviada sencillamente para no despertar la codicia de las mujeres i llevando cubierto el semblante por el crespón de estricto luto, llegó en compañía de Rosalía a la miserable casuca.

— Buenos días, amigas.

— Buenos días nos dé Dios señora, pase *usté* adelante.—Pepa, sacude la silla que no ensucie el vestido de la señora; esa silla no mujer está muy mala, que dirá señora, esto de ser pobre, no tiene uno ni en qué sentarse.

— No importa, amiga, aquí estoy bien,—

dijo cariñosa Olga tomando asiento en una rústica silla de madera.

—*Usté* doña Rosalía venga por aquí, tome asiento en este banco.

— Gracias, gracias doña Rafa — dijo Rosalía, que después de abrazar con efusión a las mujeres, había quedado de pié guardando respetuoso silencio.

En tanto que las aturdidadas campesinas recuperaban su calma habitual, Olga dirigía una escrutadora mirada por la destartada habitación haciéndose cargo inmediato de la situación pecuniaria de aquellas pobres gentes i alentada por sus investigaciones díjoles:

— Un asunto de sumo interés tanto para ustedes como para mi, ha hecho que venga a distraerles un instante.

Sé que hacen pocos días han recibido una niña para criarla.

— Así es señora, — aseveró la anciana.

— Bien, ¿cuánto les abonan por su lactancia?

— Una pequeñez señora. Mi pobre hija tuvo su desgracia i como el padre del muchacho haciéndose el olvidadizo no dió un céntimo ni para pañales, ella ha tenido que recurrir a ser nodriza i de ese modo ayudarnos en algo.

—Yo podría auxiliarlas de una manera mas eficaz i positiva, dándoles junto una buena suma de dinero, para que, lejos de aquí vivan con más desahogo.

—Fíjense que esa ganga no se ofrece todos los días—apuntó intencionada Rosalía escudriñando al disimulo la fisonomía de las dos mujeres.

—Dice la verdad, pero ¿qué desea de nosotras la señora para hacernos acreedoras a la bonita propina?—inquirió la anciana.

—Algo muy sencillo: Soy viuda i hace poco tuve la fatalidad de perder la única hija que me quedaba; desde entonces mi vida es un suplicio i ando buscando una criatura que ocupe el lugar vacío, para amortiguar el triste recuerdo. No obstante que mis recursos pecuniarios son escasos, haciendo un verdadero sacrificio he dedicado cierta cantidad para ese objeto. Si ustedes me ceden la niña que se les ha confiado, yo les doy inmediatamente el dinero i con él pueden marcharse donde gusten a trabajar independientemente i con mayor holgura.

La joven campesina que hasta entonces habla guardado silencio dijo en tono resuelto.

—Señora, eso que nos propone es un imposible, yo no lo consentiré—i poniéndose de

pié fué a colocarse delante de la cuna de la niña en actitud de resguardarla.

Rosalía atemorizada con el fracaso fué cariñosa hacia ella.

—Mire doña Pepa ¿qué remilgos son esos? Es una ofensa acaso lo que mi señora le propone? Si aceptan, bien, a cambiar de posesión se ha dicho, a disfrutar de la vida como debe ser; si no, a bregar hasta matarse i a morir de hambre si usted gusta, pero nada de fieros. — No se fija usted que la señora adoraría a la criatura i que estaría mejor que con aquella que por humanos respetos la aleja de sí. No hay que ser tontue-la, doña Pepa, recuerde que la fortuna es ave de paso i muy rara, si en esta vez no la cojen, no le verán mas tarde ni de lejos.

La joven mas serena con las razones de Rosalía i sintiendo en el alma la imperiosa voz de la codicia volvió de nuevo al asiento.

En tanto Olga no había perdido el tiempo, borrando los escrúpulos de la anciana i avivando su mal disimulada ambición.

Cuando creyó oportuno sacó del portamonedas un paquetito i desdoblándolo, mostró a los ávidos ojos de las mujeres gran número de relumbrantes esterlinas.

—He aquí—dijo con pachorra—lo que si gustan, puedo darles al momento en cam-

bio de la niña, pero para evitarnos palabrería inútil, me la dan inmediatamente sin rodeos, de lo contrario nos iremos con la música a otra parte hasta hallar gente mas avizada.

Las dos mujeres cruzaron una rápida mirada en la que se veía el destello de la codicia; la mas anciana rompiendo el mutismo i como si acabase de adoptar una resolución, dijo:

- Bien señora, que le hemos de hacer, la pobreza es muy mala consejera, le damos a la niña pero nos dicen dónde se la llevan, queremos verla siempre.

En esta vez, cruzaron una mirada de inteligencia el ama i la criada.

- La llevaremos a Iquique, lugar de nuestra residencia—respondió en tono sincero Olga.

La joven nodriza enjugándose dos lágrimas con el dorso de las manos agregó— solo con la condición de verla siempre, la dejamos ¡pobrecita!

—Diga dichosa ella—apuntó Rosalía i tomando en brazos a la niña agregó con mofa—¡qué caprichos los de mi ama! el angelito no vale la mitad del dinero que aquí deja. En fin, qué le hemos de hacer, estas se-

ñoras son así; por satisfacer un capricho son capaces de no comer.

Hasta la vista comadres, pronto las espero.

—Hasta pronto doña Rosalía, que Dios las lleve *con bien*.

Las mujeres después de dar un beso muy sonoro a la niña como despedida, salieron hasta la puerta acompañando respetuosa i cortesmente a sus visitas.

Cuando estuvieron solas, la madre dijo a su hija: - Mira Pepa, sigue la pista a esas taimadas, tenemos buen filón que explotar, no sea que la pereza haga perderle; ve tras ellas i no vuelvas hasta descubrir su guarida. Pierde cuidado del nene que si berréa le acallo con un buen biberón.

La joven sin hacerse repetir la orden echándose un pañolón sobre los hombros i acomodándose un flexible sombrero de paja salió presurosa en persecución de la misteriosa pareja.

Le llevaban buena distancia, mas Pepa acostumbrada a las malezas i abrojos del abrupto camino i confiada en la fuerza de sus jóvenes i vigorosas pantorrillas, continuaba tranquila su marcha sin perderlas de vista.

De pronto sobresaltóse i poniendo una

mano delante de los ojos, interceptando los rayos solares para distinguir con mayor claridad, vió sorprendida salir de un recodo del camino un coche en el que la pareja tomaba cómodo asiento.

Comprendiendo, Pepa, su desventaja en la persecución emprendió rápida carrera; al mismo tiempo las fugitivas, dándose cuenta de la intención de la mujer, hicieron fustigar los caballos del coche. — Pronto éste, envuelto en niebla de polvo, decreció a los ojos de Pepa, luego apareció en la penumbra del camino cual pájaro oscuro rozando travieso la fronda.

Descorazonada, rendida de cansancio i bañada en sudor dejóse caer la perseguidora en la vera del camino,

Pasado un buen rato, emprendió Pepa el regreso a su hogar, rabiando de sí i de las fugitivas.

— Madre, las plumas eran de alto vuelo, no lo hemos sabido hacer — dijo la joven en tanto que convirtiendo en abanico su gran sombrero de paja se echaba aire al rostro para mitigar el calor ocasionado por la forzada marcha.

— ¿Qué ha pasado?, explícate con calma mujer.

— Que las muy tunas tenían oculto en

un vericuerdo un coche i se las lleva como diablo a las almas en pena.

Mire que resabiosas, deben ser gringas cuando saben más que nosotras.

—Ya lo creo que sí, i mas que cualquiera.

—¡Cómo no acordamos por María. Si vas en un *jumento*, divertidas estaban, i si es el tordillo, ni *don* automóvil le gana. ¡Qué bobaliconas hemos estado mujer! — Que le hemos de hacer, tarde piache i a mal que no tiene remedio, hacerle buena cara como reza el refrán.

—I por tan poco que se llevan a la niña, por eso siento mas rabia. Su apuro madre en recibir, es lo que ha malogrado el negocio, hemos podido sacarles más.

—Paciencia Pepa, no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.

—Madre, por favor, no mezcle a Dios en estos líos.

—Bien, no te atufes mujer, entonces será el destino, no hemos de pelear por ello; será el pícaro destino el que nos hace esta jugarreta; después de todo no es una bico-ca la que hemos recibido, que si le sabemos manejar con tino, verás en lo que se convierte, ya lo verás que vamos a ser algo; recuerda que la comadre Mónica con sus econo-

mías reunió un capitalito i hoy nadie se acuerda de la hacedora de chicha, todos le quitan el sombrero i la engríen diciéndole señora; así más tarde, nos dirán las señoras del Río.

Cuando en el ánimo de las mujeres reinó la calma, acordaron alejarse cuanto antes del lugar para rehuir la responsabilidad que pesaba sobre ellas, optando por irse a radicar a Iquique animadas por la pequeña esperanza de que fuera verdad lo que Olga les había dicho.

La señora de Espanet, llena de júbilo i gratitud a sus bienhechoras recibió a la criatura como una bendición del cielo.

Inmediatamente hizo sacar con Rosalía i a nombre de los padres la partida de bautizo de la niña que prohijaba i empezaron los preparativos del regreso.

\*  
\* \*

Intenso fué el pesar que hirió a Soledad i a Raimundo al tener conocimiento de la pérdida de su hija i de la misteriosa desaparición de las mujeres que la cuidaban.

Como Soledad dió transitoriamente su hija a éstas, ella debía llevarse la peor parte en el infausto acontecimiento.

La sospecha surgió en el espíritu de Raimundo. ¿Porqué no debía suponer que la mujer amada, por el temor a su deshonra, a que él no cumplierse la empeñada palabra, o quien sabe si deseando quedar libre para otra unión mas ventajosa había hecho desaparecer a su infeliz hija? I si fuesen ciertos sus temores, ¿qué podía esperar de la que carecía de los nobles e imperiosos sentimientos de madre?

Raimundo sintió temor, repugnancia de unirse a la que tan culpable creía i resolvió huir lejos i olvidarla. Comunicó sus congojas i planes de fuga a su hermana Hermengarda a la cual quería con amor paternal.

Habiendo quedado huérfanos muy jóvenes él con mérito heroísmo, hizose cargo del cuidado i educación de su hermana. No contando con ningún apoyo ni fortuna, el valeroso joven abrióse paso en la vida venciendo grandes dificultades. No obstante de ser empleado en una casa comercial, seguía la carrera de la abogacia, habiendo sido este el inconveniente por el que antes no se uniera a Soledad, esperando hacerlo al recibir su título.

Hermengarda, que por secreto egoismo no veía con buenos ojos aquel enlace, al escuchar a su hermano, lejos de calmar incer-

tidumbres i borrar dudas, las reagravó, aplaudiendo entusiasta la idea del viaje; acordando entre ambos que él iría a otra república en busca de trabajo, quedándose ella temporalmente en un colegio.

Este acuerdo fué escuchado por una sirviente que adoraba a Soledad, la que al ver el peligro que la amenazaba, corrió a su lado, comunicándole sin embozo la conversación que había escuchado.

El desespero más intenso apoderóse de la infeliz amante al recibir esta noticia. Al dolor por la pérdida de su hija, uníase la desilusión por el hombre en el que cifrara su porvenir i felicidad.

Espantada con su deshonra i fuera de sí, imploró de su anciano padre no consuelo, porque su pena no podía tenerlo, sino protección i justicia.

El padre, sin decir a su desolada hija una frase de piedad o reproche, recurrió a una ingeniosa estratajema i cayendo en el garlito Raimundo, verificóse el enlace bajo tan tristes auspicios al atardecer del 26 de Enero de 1895.

Los desposados fueron a ocupar una elegante casita en el barrio X i con el objeto de hacer minuciosas pesquisas para recupe-

rar a su hija, prescindieron del reglamental viaje de novios.

A la mañana siguiente fueron despertados por el repiqueo alborotado de campanas, carreras i gritos de gente, tiros, dispersos lejanos, luego más próximos i continuos. ¿Qué era aquello? Algo anormal debía ocurrir en la momentos antes pacífica población.

Raimundo vistiòse con la rapidez que le fuera posible i sin escuchar las razones i súplicas de Soledad saliò precipitadamente para inquirir noticias de aquel inusitado laberinto. No había andado algunas cuadras, cuando el instinto de conservación hizole buscar un refugio por la lluvia de proyectiles que al derredor suyo caía.

Desde su escondrijo pudo contemplar asombrado varias escenas de arrojo i valentía.

Los tranquilos moradores de la mistiana ciudad, fueron sorprendidos aquella mañana con la aparición de una montonera.

El coronel Yessup comandante general de las fuerzas montoneras, con sesenta hombres más o menos, llegó a Tambo, cortó el telégrafo i tomando el tren de pasajeros se fué a Mollendo. Allí se organizó i dió orden de preparar todas las máquinas para venirse sobre Arequipa, engañando con esta estratagemata al coronel Palacios prefecto del departamento.

Yessup marchó a la provincia de Camaná, de allí a Majes i luego a Chuquibamba.

El prefecto Palacios salió con gente armada por el camino directo a Majes con el objeto de batirlos allí. Los montoneros burlando la persecución regresaron por las alturas i penetraron sorpresivamente en Arequipa.

En aquella época existían acantonados en la ciudad tres batallones del ejército i como entre éstos habían muchos reclutas, alguien aconsejó como medida preventiva al Sub-prefecto Somocurcio que hacía las veces de prefecto, que encuartelara a los soldados para obligarles la defensa i evitar su dispersión. Esta medida resultó contraproducente, facilitando la victoria a los montoneros que en número de cien más o menos llegaron rendidos por marchas forzadas, famélicos, sin víveres, armamento, ni municiones.

El descontento pueblo prestóles su eficaz apoyo. Al toque de campanas viéronse salir hombres impertérritos i valerosos con armas de clases diversas; levantando instantáneamente barricadas de piedra, escalando las torres de las iglesias i haciendo de los techos de las casas sitios estratégicos para de salojar de sus posesiones a las fuerzas del gobierno.

Cada brazo rebelde duplicábase con a-sombrosa rapidez, cada corazón era una ba-

rricada. Hasta la humilde i sumisa mujer del artesano desempedrando calles, arrojaba seguros proyectiles a los soldados gobiernistas que hacian esfuerzos sobrehumanos por domeñar al enfurecido populacho. Algunos jefes i soldados del gobierno pasaron de los techos de los cuarteles a los de las casas vecinas haciendo la defensa mas extensa. El techo de la casa de Soledad por estar próximo a uno de éstos cuarteles fué totalmente invadido.

Angustiada, nerviosa por la ausencia de su compañero, salió la joven del escondrijo en el que se guareciera en los primeros momentos de terror.—Sin atender las advertencias de sus criadas abrió una de las ventanas que daban al primer patio i quedó tristemente impresionada al verlo con algunos cadáveres i heridos.

Vió que en el techo continuaban batiéndose soldados sin graduación; los jefes por arte de magia habían desaparecido de aquel mortífero lugar.

Dominando en el alma de Soledad el noble sentimiento de la caridad i haciéndola reaccionar del enervamiento producido por la vista de aquel cuadro truculento, llamó a sus criadas i desdeñando el peligro hizo conducir a los heridos a una abrigada habitación.

Constituidas ama i sirvientes en enfermeras esforzaronse en disminuir los padecimientos de aquellos infelices.

Después de unas horas de lucha i cuando apenas quedaban en los sitios estratégicos unos cuantos soldados del gobierno, se les vió sacar pañuelos blancos, agitarlos i colocarlos en el kepí como señal de rendición.

Cesado el fuego i tomada la plaza, los vencedores se ocuparon en la distribución de los puestos gubernativos. El doctor Amador del Solar era jefe superior político de los departamentos del Sur.—El coronel Yessup fué nombrado prefecto de Arequipa.

El populacho excitado por el licor i la victoria, saqueó e incendió algunos domicilios de los principales caceristas.

En la capital, habiendo sido derrocado el general Cáceres subió a la presidencia el señor Nicolás de Piérola, quien fué ayudado eficazmente por el doctor Durand.

## II

Raimundo volvió al lado de Soledad cuando hubo terminado el fuego; la palidez de su semblante manifestaba las fuertes impresiones recibidas.—Aparte de los peligros con que se vió amenazado tuvo que facilitar la huida de un pariente al que saqueron su hogar.

Ocupaba entonces el joven un destino del gobierno, viéndose precisado por este motivo a permanecer oculto algunos días hasta que el padre de Soledad partidario del nuevo mandatario, le hizo salir libremente prestando su fianza.

Cuando la calma hubo reinado en la ciudad, los jóvenes esposos hicieron nuevas i minuciosas investigaciones para descubrir el misterio que envolvía la desaparición de su hija; por desgracia un campesino relacionado de las fugitivas que cuidaban la niña i que pudo hacer luz en el asunto, había muerto el día de la coalición.

Aquel trastorno político vino a favorecer del todo a Luisa, la cual sin temores ni zozobras, esperó el restablecimiento del orden i tranquilidad para efectuar su viaje de regreso a Lima.

Entre exclamaciones de júbilo fué recibido el nuevo vástago en la solariega casa de los Espanet; pero como la dicha rara vez es completa, Luisa manifestó muy apenada a su esposo el inconveniente de haber tenido que bautizar a la nena lejos de él. Enclenque i muy enfermita se había puesto, por lo cual se vieron precisadas a que recibiese el agua bautismal. Su hermana i un hombre pobre i honrado eran los padrinos.

El señor Espanet no se preocupó por

tan poca cosa, lo principal era que hubiese pasado del hogar aquella racha de padecimientos.

En cambio entre Raimundo i Soledad surgían constantes i violentas escenas a consecuencia de la pérdida de su hija i el tedio i aburrimiento se instalaron en el triste hogar.

Soledad murió después de pocos años de matrimonio al dar a luz a su tercera hija.

El viudo llamó a su hermana para que cuidase de las huérfanas.

Hermengarda, feliz i satisfecha, tomó a cargo el gobierno de la casa i se ocupó de la primera educación de las pequeñas. Desgraciadamente, careciendo ella de las condiciones que requiere la inapreciable maestra que con nombre de madre siembra las primeras mieses en el infantil corazón, no pudo hacer nada en provecho espiritual de las huérfanas.

Años mas tarde fueron colocadas en un colegio Soledad i Margarita Tassara; mas como para la tía la instrucción de la mujer no tenía objeto, esta llegó a ser mera fórmula. Un poco de Urbanidad que prestase el distintivo de señorita instruida, para que con aire elegante supiese corresponder un saludo i hacer graciosa venia al llegar al salón i en

él se portase amanerada parlotando cual co-  
torra infinidad de simplezas. Algo de dibu-  
jo i pintura para mostrar a los asombrados  
ojos del pretendiente un cuadro churrigueres-  
co, i un poquito de música para decirle al  
tocar un valz «Hacia tí va mi alma, o  
dame tu corazón.» Un ligero conocimiento  
de corte, costura i cocina que pongan de ma-  
nifiesto a la futura, económica i hacendosa  
mamá. ¿Para qué más? Con todo esto se ha-  
bían abarcado los grandes conocimientos ne-  
cesarios a una señorita para actuar brillante-  
mente en sociedad!

El desarrollo de las muchachas era pre-  
coz i Hermengarda sentía oculta desazón al  
verse tía, este calificativo le producía un cos-  
quilleo mortificante en los oídos. Ser tía i  
de muchachas crecidas sin que en lontananza  
de su porvenir divisase al soñado i esperado  
compañero, era algo que la ponía fuera de  
quicio; a ella, que a pesar de la carencia ab-  
soluta de cualidades físicas, tenía cifrada to-  
da su esperanza de felicidad i completo bie-  
nestar en el matrimonio.

No obstante, consolándose con el prover-  
bio de que «no hay mal que por bien no  
venga,» resolvió sacar la mayor ventaja de  
ser tía; un nuevo rayo de esperanza ilumi-  
nó la obscuridad de sus congojas. ¡Quién sa-

be si las sobrinas eran el misterioso imán de atraer marido.

Aunque las jóvenes no tenían la edad suficiente para llevar vestido bajo, Hermengarda pretextó el gran desarrollo de éstas para presentarlas en sociedad, arreglando un suntuoso baile con el objeto de solemnizar el acto.

Anticipadamente empezaron los preparativos de la fiesta, siendo grandes los afanes i ajetreos de Hermengarda, no teniendo en mucho tiempo otro pensamiento que la tertulia que proyectaba, dándolo a saber a sus relaciones con aparatosa sonoridad, haciendo constantes alusiones al derroche de gusto i dinero que para un acontecimiento de esta índole era preciso.

Como la concurrencia debía ser numerosa, fueron importunadas las amigas íntimas para que facilitasen algunos adornos, útiles de comedor, cocina etc., que en casa de la familia escaseaban.

Se improvisaron algunas salas, se hicieron reformas en la del tocador poniéndose especial esmero en su arreglo. Se fusionaron los dormitorios en una sola i última habitación, obligando con este procedimiento al señor Tassara permanecer toda aquella noche en pie.

En los momentos que tomaba Hermengarda algún reposo, llamaba cerca de sí a las sobrinas i daba comienzo a su plática social. Había llegado el instante anhelado de toda mujer para brillar en ese mundo de sociedad en el que se hallaba de incógnito su porvenir i para descubrirlo i hallarle halagador i sonriente, preciso era desde el instante de poner la tímida planta en el umbral de aquel mundo, esforzarse en no descuidar multitud de nimiedades. La gracia, la elegancia, la coquetería i el arte formaban en conjunto el misterioso gancho para atrapar novio buen mozo i de fortuna.

Con pose de actriz experta decía Hermengarda a las jóvenes: —Hijas mías, la distinguida escritora Carmen de Burgos ha dicho que, «en las mujeres hay un deseo, heredado por el sexo, de parecer bellas, pues durante muchos siglos no tuvieron otro poder que su hermosura para librarse de los malos tratos de sus tiranos i ser tratadas como criaturas de amor en lugar de bestias de carga.» Pues bien, ¿ustedes imaginan que ese estado de cosas ha cambiado mucho?; no, hijas mías, hoy como ayer continúa siendo casi lo mismo, con algunas excepciones. La única variación es que la civilización i progreso han cambiado algo el escenario; han

disfrazado mas al personaje llamado despotismo, quitándole el aspecto repugnante de los primitivos tiempos i por esto no llama tanto la atención; pero, bajo la moderna vestimenta, se le puede conocer. ¡Cuántos conozco yo de frac i levita i cuantas pobres acémilas soportando la pesada carga! Por esto hijas mías, cuidemos, cuidemos mucho del bien parecer.

—Soledad hija mía, no seas tan natural, eso no está bien, un poco de arte, de *chic*, como diría una parisina, la soberana de la gracia i elegancia. Eres muy pálida, aviva el color con el del estuche; deja que el talento de la costurera, supla con los colchados la redondez de las curvas; las angulosidades son antiestéticas.

—Margarita, acentúa con negro de humo tus lunares que te vienen a maravilla, un poco mas de bermellón en tu linda boca. No seas tan franca hija mía, la franqueza en esta sociedad es gran defecto, puede ocasionarte no pocos sofoquines; en cambio con la ficción, cuánto se puede obtener i si es con los enamorados tanto mejor, de esa manera puede contarse con algunos para escoger.

Alguien que me escuchase, hallaría poco natural i correcto lo que acabo de indicarles, mas yo les diría que me respondan cuáles

son los recursos que en este país se nos deja para asegurar una felicidad siquiera relativa. Aquí, hijas mías, no podemos contar para el porvenir con otra cosa que con el matrimonio i para conseguirlo pondremos en juego todos los medios, por ilícitos que parezcan. El ardid debe ser nuestra arma favorita.

Para la organización del gran baile, Her mengarda había tomado nota de algunos apuntes históricos, de la manera cómo los reyes i magnates de la tierra realizan esta clase de ceremonias; para, si no podía imitarlas con exactitud, hacer por lo menos un simulacro de ellas.

El señor Tassara, alarmado con estos ajetreos de familia i mucho más por el fuerte déficit de su caja de ahorros, hacía algunas observaciones a la intransigente hermana respondiendo esta imperturbable: «Déjame hacer hermano mío; vosotros, ¿qué sabéis de estas cosas? La sociedad, hijo mío, cuando se está en ella, es una tirana i preciso es someterse a sus imposiciones, de no, preferible es vivir a usanza de los cartujos.....»

El señor Tassara nervioso i malhumorado, veía con no disimulada pena, salir continuamente el dinero de su caja i perderse con rapidez en las traviesas manos de su do-

minante hermana. ¡Oh! cómo le pesaba entonces, ser padre i hermano i haber practicado el séptimo sacramento.

Con algunos días de anticipación se habían repartido las invitaciones, la prensa anunciaba el social acontecimiento i en la casa de la familia todo se había previsto, hasta el lugar destinado a la orquesta estaba artísticamente arreglado.

Cualquier observador que hubiera visto aquella tarde a Hermengarda, habría imaginado ser ella la reina de la fiesta según era la exageración de su tocado, el lujo de su rico vestido i las horas pasadas ante el espejo ensayando miradas, sonrisas, aposturas i mímica. Enjalbegada, cubiertas las mejillas de fino carmín, entornados voluptuosamente los ojos i palpitante el seno de atrevido escote, dió principio al baile Hermengarda en compañía de aristócratas damas i distinguidos caballeros.

Su preocupación más grande en aquella noche era dar a saber la poca o ninguna diferencia de edad que entre ella i las sobrinas existía.

En su entusiasmo i abstracción del baile, olvidó las atenciones que debía a sus invitados portándose como lo haría una niña

atolondrada e inexperta. Que no le faltara pareja, era su mayor empeño.

Cuando rendida de cansancio tomaba algún reposo, con los labios entreabiertos i abanicándose apresuradamente, su imaginación concretábase a buscar entre los concurrentes el que le prestase probabilidades de ser su adorador. Alguna que otra vez pensaba también con fruición en los elogios que por la suntuosa fiesta la prensa les prodigaría.

En aquella batahola social, unas parejas se iban por las habitaciones que mas les convenía, otras a pasear por la semi-oscuridad del enramado jardín,.....o al comedor en el que la beoda servidumbre se anticipaba a tomar los dulces i refrescos, haciendo trizas la cristalería ajena.

Al siguiente día deprimido el ánimo por la mala noche, la familia Tassara sentíase insatisfecha. El papá contrariado por las nuevas deudas i créditos adquiridos, las muchachas preocupadas por alguna incorrección o encogimiento inoportuno en el debut i Hermengarda descorazonada, por no poder mencionar a satisfacción entre los asistentes, el nombre de alguno como adorador.

### III

En Lima, el señor Espanet, ocupaba un alto puesto político como recompensa a sus importantes servicios. Luisa, curada de las crisis nerviosas, gozaba satisfecha su egoísta ventura distribuyendo el tiempo entre los cuidados a su hija i las atenciones que debía a su complicada vida social. Como complemento de felicidad, las hijas políticas se habían establecido con hombres de fortuna i posesión.

Zarela crecía en belleza i talento, siendo la alegría i esperanza de los suyos. Luisa idónea para desempeñar el alto cargo maternal, rodeó a la niña de atenciones i solícitos cuidados, poniendo especial esmero en conservar impoluta su inocencia.— Con exagerado celo vigiló sus juegos i mas tarde seleccionó las amigas con las que debía reunirse, haciendo además que recibiera la instrucción en el hogar.

Zarela contaba catorce años i no tenía mas aspiración que ilustrarse; su alma virginal arrullada por los estudios, la música i las labores, permanecía ajena a las pasiones i dolores de la vida. La madre estaba orgullosa de su obra, mas alguna vez el re-

mordimiento le habló a la conciencia recordándole a la legítima, privada por su egoísmo de aquella hija; entonces Luisa llamó a su imaginación los recuerdos de todo lo que en favor de Zarela hiciera.

— Mi pecado por ser madre sin serlo, es leve— pensó— si se compara a la que siéndolo, no lo quiere aparecer.

Luisa recordó además, lo que al respecto había descubierto en Arequipa, su fiel criada, en el afán de buscarle criatura que prohijar. Allí, en la campiña se criaban de incógnitos multitud de niños confiados al cuidado de gente burda i supersticiosa, sin los mas rudimentarios conocimientos de higiene i puericultura, siendo por este motivo la mortalidad infantil grande i silenciosa; porque así como la existencia de aquellos desgraciados seres debía permanecer en el misterio, así también su muerte era preciso quedase en las tinieblas de ese misterio.

La campecina que tiene a su cuidado un niño, al verle enfermo, le cura con remedios llamados caseros, que, si no le matan mas pronto, hacen que la enfermedad avance. La superstición desempeña en estos casos un gran papel. Llaman primero al curandero que, en su especulativo oficio, no trepida en cometer un infanticidio. Toma en sus burdas manos

el delicado i frágil cuerpecito i con sus inconscientes manipulaciones dobla una costilla o la columna vertebral. Luego viene la bruja a curar *el daño o la tierra que agarra al nene*; el cual solo puede quedar con vida de estas supercherías por medio de sobrenatural milagro.

Si es niña la enferma, le dejan morir caritativamente por compañerismo de sexo: «E- mujer—dicen,— dichosa ella que huyendo de la miserable vida, se va al Cielo.» I su muerte festejan gozosas armando jarana i bebiendo licor.

Le parecía a Luisa escuchar aun a su criada que entre compasiva i contrariada la dijo un día: »Mire señorita, no estamos de suerte. Han hallado en un basurero de los estramuros una linda rubia recién nacida; si llego algunos momentos antes, ya habíamos conseguido nuestro objeto, desgraciadamente se apoderó de ella una vendedora del mercado que no tiene hijos. Hace poco me contaban así mismo, que de una gran asequia habían sacado ahogado un pequeñín muy cuco i de pocos días de nacido. ¡Ay! señorita, como aquellas fulanas sin corazón, sin entrañas, no adivinan nuestros deseos i nos remiten un nene, aunque fueran dos, podíamos decir que el regalo del Cielo había llegado por duplicado!»

Con todos estos recuerdos i razones que a la mente de Luisa acudieron, quedó del todo tranquila, sin volver a importunarle la idea de lo que ella llamaba travesura necesaria.

La tenacidad que Zarela manifestaba para el estudio, alarmó a la señora i entre caricias la amonestaba para que desistiese de su empeño.

¿Con qué objeto lastimarte el cerebro con tanto estudio?--le decía--una señorita de tu posesión i alcurnia no lo necesita. ¿Para lucir en los salones? no es preciso, hija mía, i si dudas de mi aseveración, fijate en la acaudalada señorita Neciamina de Pomareda que ni sumar sabe por el engreimiento en que se ha criado; i no obstante, en sociedad llama la atención la agudeza de su ingenio i aunque desbarra, nadie lo toma en cuenta i hasta sus dislates son festejados como preciosas graciosidades.—Sea la fortuna hija mía, la rutina o la añeja tradición de considerar a la mujer un bello bípedo de encantadora cabeza vacía, ello es que, en todas partes, se le concede a su lamentable ignorancia generoso pasaporte.

Aunque Zarela tenía mucho que responder a las razones de su madre, no queriendo contrariarla ni discutir con ella, limitába-

se a sonreír i cambiar de conversación.

El señor Espanet apoyaba a su hija.

—Déjale hacer Luisita—decía—deja que nuestra hija aproveche ese don del cielo; le ha dado talento i aplicación, lamentable sería desdeñarlo.

Hacía mucho tiempo que la paz i felicidad reinaban en aquel hogar; desgraciadamente la muerte del señor Espanet vino a turbarlas: Luisa i Zarela lloraron inconsolables esta pérdida.

La viuda quedó en posesión de cuantiosa fortuna i sin que en su espléndida belleza, se apercibiese el paso veloz de los años. Adoradores, aspirantes a su blanca mano i mucho mas a su atrayente i bonita fortuna, la asediaron tenazmente; pero ella continuo digno de encomio supo salir airosa de las mas difíciles situaciones.

Luego que transcurrió la obligada reclusión del luto i el recuerdo del esposo fué cubriéndose con la brumosa niebla del tiempo en la frágil memoria de Luisa, esta reanudó visitas i recepciones. Al teatro e invitaciones de etiqueta concurría siempre en compañía de un respetable anciano pariente suyo.

En las tertulias i cultas reuniones de la viuda de Espanet, veíanse representados el

arte i la ciencia por hombres prominentes i modestos. Allí concurrían el renombrado astrónomo Pedro Alcázar tío de Luisa i Benito Peñaloza experto entomólogo i platónico admirador de ésta.

El señor Peñaloza tuvo la rara i excepcional cualidad de la constancia en el amor.

Habiendo conocido a Luisa en los albores de la juventud, sintió poderosa atracción hacia ella manifestándosele patéticamente en la primera ocasión que halló propicia, mas como a ella no le aconteció igual cosa, quitóle toda esperanza de reciprocidad, franca i terminantemente. Desde aquel día no volvió Benito hacer alusión a tan desgraciada pasión, hallando lenitivo a su pesar i despecho, en las investigaciones científicas por las que tenía especial inclinación.

Al ser Luisa la señora de Espanet, la conducta del desdeñado amante no cambió en lo menor; su platonismo fué constante i resignado, era un Petrarca satisfecho con una sonrisa, una mirada o frase benévola de su hermosa tirana.

El entomólogo se acostumbró de tal modo a descansar sus fatigados ojos de investigación, en los bellos de Luisa, que no dejaba pasar semana sin ir un día a casa de los Espanet, llamando la atención mas que

la silenciosa constancia de Peñaloza, el acendrado i recíproco afecto que éste i el esposo de Luisa se profesaban; podría citárseles de amigos modelo.

La viudez de Luisa, fué un rayo de luz i esperanza para el paciente Benito. ¿Acaso una constancia tan a prueba como la suya no merecía la recompensa del cariño de aquella hermosa i caprichosa mujer? Así se lo manifestó un día sin embozo alguno i no ya suplicante como lo hiciera la vez primera, sino en tono casi imperativo.

La ingrata le escuchó benigna confiada en su poderoso dominio, con aquella su dulce sonrisa i ese magnético mirar capaz de domeñar los fieros impulsos del más iracundo felino.

Con suaves frases cual tiernas caricias volvió a desilucionarlo del todo, serían amigos, nada mas que amigos; el intransigente destino así lo tenía dispuesto.

El entomólogo guardó penoso silencio i la resignación volvió a reflejarse en sus grises i enigmáticos ojos. Continuó visitando a Luisa como si también en esta vez nada hubiese ocurrido entre ambos.

Luisa tratábale con especial deferencia, diríase era un hermano o pariente muy próximo i Zarela le quería como si fuera su verdadero padre.

\*  
\* \*

Habiendo terminado Zarela la instrucción media manifestó a su madre el anhelo de seguir una profesión e ingresar a la escuela de medicina, en compañía de una íntima amiga que sentía idéntico deseo.

Luisa escuchó a su hija estupefacta i del asombro pasó a la hilaridad.

—¿Seguir tú, hija mía, una profesión? ¿es verdad lo que me dices o una broma?—inquirió la señora no queriendo dar crédito a lo que escuchaba i prosiguió: —Seguir una profesión; ¿con qué objeto? Eso sería cursi, hija mía, sería dar pábulo a la maledicencia, dirían que estamos chifladas. ¡No faltaba mas,! una noble deshaciéndose la sesera por adquirir un título profesional; una criatura adorable pensar en soportar ingratitudes i torpezas del cliente; una rica heredera recibiendo el mezquino prè en cambio de sus servicios: esto sería horrible, hija mía,.....confiésalo.

Si tu amiga tiene ese capricho déjale que se pague de su gusto que, aunque es una señorita, es pobre i esa profesión puede serle útil; pero tú hija teniéndolo todo, ni pensarlo.

Zarela sin desconcertarse ante la actitud negativa de su madre, expuso razones podero-

sas en favor de su causa i viendo que la señora guardaba indeciso silencio, la besó con sus bermejos labios en la boca, diciéndole suplicante:

—¡Madre mía, si es un capricho, dame gusto en él; si es una locura, permíteme esta bendita locura! ¿Temes la opinión ajena? ¿tú no has repetido siempre, que las escen-tricidades, caprichos i hasta aberraciones de la gente acomodada, todo es juzgado favorablemente? ¿Porqué esos escrúpulos ahora?

La señora convencida al fin, no solo accedió a los deseos de su hija, sino que allanó las dificultades que se presentaron para el ingreso.

Novedosa fué la presencia de las jóvenes en la escuela de medicina. ¡Era tan raro ver allí faldas! Algunos compañeros las recibieron con marcadas demostraciones de ironía, otros con el entusiasmo ante la perspectiva de fácil i agradable flirteo; pero la correcta actitud de las muchachas desconcertó pronto a los mal intencionados; su seriedad sin afectación ni pedantería atrájoles el respeto i consideraciones que merecían. Los profesores las distinguían con paternal afecto, haciendo la deferencia de darles aquellas lecciones en que pudiera sufrir su decoro con las reservas del caso; ellas sabían aprovechar-

las con el recogimiento i sano interés del que descubre los ocultos misterios de la ciencia; el pudor i la inocencia no sufrían menoscabo, porque estaban protegidos por el ambiente de pureza que rodeaba a sus nobles almas.

La sensibilidad era la única que recibía fuertes sacudidas ante las miserias i penalidades de la doliente humanidad, mas esto mismo serviales de estímulo haciéndolas persistir en su empeño; en esa profesión ofrecíaseles campo vasto para ejercer el bien, aliviando los dolores que a su paso hallarían.

En tanto que Zarela, dichosa i entusiasta proseguía su carrera; en Arequipa sus hermanas, Soledad i Magarita, favorecidas por la tía, entregábanse a una vida llena de prematuros goces.

Hermengarda, viendo que los años uno tras otro le traían nuevos desencantos, llevándose a su vez ilusiones i girones de su juventud, resolvió hacer una vida social más activa; recurriendo así mismo a los últimos descubrimientos de la química para cubrir los resquebrajos ultrajantes del tiempo; a los ingeniosos artificios de la moda que le prestasen una nota de engañosa juventud, i disminulasen las tristes angulosidades de su figura.

Todo este afán, todo este arte desplegado con maestría, propendía a un solo i único fin, cual era, ver surgir de lo desconocido e imprevisto al compañero sostén de su debilidad.

Las sobrinas, frescos capullos, constituían sus mejores adornos para atraer sobre sí las masculinas miradas.

No había fiesta o reunión pública en la que no estuvieran i en las distribuciones religiosas i procesiones, Hermengarda ponía especial cuidado en llevar un estandarte o alguna visible insignia; llamar la atención, era su divisa.

Las tertulias de la familia Tassara eran suntuosas i constantes, a ellas asistían un grupo de personas selectas.

¡Qué fastidio - exclamaba Hermengarda descorazonada después de estas reuniones, - qué fastidio! mortificarse tanto i para qué? - Para que vengan unas a darse por mal servidas, a censurar las mas i los jóvenes a divertirse, a gustar de esquisitos manjares i a beber: he aquí todo. I el tiempo pasa i el dinero escasea, se esfuma, se esfuma sin resultado provechoso.

¡Si Pericles Sotomayor no fuese un degenerado, ya le habría aceptado;! no importaría lo ridículo i enclenque de su figurilla;

quitándole la manía de extravagante vestir, ya sería otra cosa. Ese sombrero de anchas alas, esa larga melena, los saquitos cortos i esos zapatitos de llamativos lazos de cinta, todo ello sería de fácil reforma; pero ¿cómo reformar Dios mio lo innato, lo que se lleva en el espíritu, lo que está en la sangre? Es un bohemio; luego, esa pedantería que me exaspera, ese afán de beber como lechuza; esa maldita costumbre de fumar opio, inyectarse morfina, vicios estos según él, de moda i elegantes, que le sirven de numen para sus excelsas e incomprensibles composiciones poéticas. ¿Corregir esto,? parece imposible.

¡Pobrecillo, es una lástima,! porque la verdad, me sabe a gloria aquello que me dice: «Amada, tú eres la soñada i presentida, que llegaste de las inconmensurables regiones siderales, para clarear la nocherniega de mi vida i alborozar este corazón tempranero.»

«El mañanear dichoso de mi existencia será cuando en tus ojos divise, el rutilante destello pasional i tus divinos labios pronuncien el luminoso sí; confundiendo nuestras almas en connubio eternal, uniendo nuestros seres con cadenas de nardos, miosotis i jazmines, arrancados del jardín de los ensueños.»

«¡Oh mi amada, flor risueña de mis tardíos inviernos, ven a calmar estos inconmensurables anhelos!.....»

¡Ah, si el amor le regenerara quitándole esos resabios—decía suspirando Hermengarda—¡Si nos fuera dable vivir de bellas frases i alimentarnos de rimas i estrofas;! pero esta maldita materialidad que se impone, estas prosas de la vida.....En fin, es peremos algo más, que Dios dirá.

Llegó la noche en que después de una tertulia dejó Hermengarda de entregarse a sus acostumbrados i dolientes monólogos. Palpitante de gozo había escuchado la declaración amorosa, de Simón del Valle que, aunque afamado tenorio solterón, ofrecía algunas ventajas i condiciones como buen partido matrimonial.

El gozo de Hermengarda fué completo al notar que Eduardo Meza i Ruperto Saldivar, jóvenes apuestos i de buena posesión social, se declaraban como aspirantes a la mano de Soledad i Margarita. Tres noviazos en perspectiva, era el colmo de la dicha, era uno de los raros milagros del siglo, en aquella época de crisis matrimonial. ¡Cómo las envidiaría Paquita Montufar que se pirraba por acomodar a los bagresitos de sus hijas!

En un trasporte de júbilo, Hermengarda poniendo los ojos en blanco, exclamó: «¡Cuándo Dios da, da a manos llenas!» Compensados están de sobra, ajetreos i molestias.



El señor Tassara presenciaba las tertulias solo cuando eran éstas de etiqueta; pasando las noches casi siempre fuera del hogar con algunos amigos i en el club. A veces, como despertando de un sopor, recordaba que sus hijas estaban crecidas i que tenía el deber de velar por su porvenir; solo entonces hacía atinadas indicaciones a su hermana, pero las hacía con aquel descuido i falta de energía del que tiene absoluta confianza en la persona que ha declinado su responsabilidad.

Hermengarda con su aire de dominio que se le antojaba distinguido, aducía razones convincentes i tranquilizadoras.

La gente que frecuentaba la casa toda era selecta i distinguida; por otra parte, ella tan suspicaz e inteligente i las muchachas sumisas i perspicaces.

El señor Tassara movía indeciso la cabeza i volvía a quedar en su fatal indolencia.

El más entusiasta i audaz de los tres enamorados era Ruperto Saldivar, el que, aprovechando del temperamento vehemente de Margarita, hacía grandes progresos en sus amores.

No obstante que de Ruperto se murmuraba mucho, tenía la suerte de hallar siempre abiertas las puertas de los mejores salones; parece que a esto contribuía, su buen físico, la elegancia en el vestir i su gran hipocrecía.

Huérfano de padre, la madre cuidó de él con ciega idolatría. El intenso afecto que le profesaba no le permitió ver los defectos que adolecía, hallándole en cambio grandes cualidades; tolerándole caprichos i aberraciones.

Le puso en uno de los mejores colegios i el muchacho novedoso en los primeros días estudió con decisión e interés, refiriendo a la madre sus progresos; ella, satisfecha i gozosa, decíale proféticamente: «Rupertito, serás mas tarde un gran hombre.»

Pronto vinieron las quejas del colegio; Ruperto era desaplicado i de un genio insupportable. La madre hizo ver a su hijo entre súplicas i mimos que aquello no estaba bien, que debía continuar como al principio

del ingreso, poniendo de manifiesto su gran talento.

La buena señora, sin alarmarse por las constantes advertencias i quejas de los maestros, dijo para sí: Los genios, los grandes hombres, todos en sus comienzos fueron como este rapaz; ya reaccionará, para ello tiene mucho tiempo.

El carácter variable e irresoluto del hijo, fué así mismo para la madre, un presagio feliz. Ruperto, viendo a ella tan mística i piadosa así como a sus profesores, creyó sentir la vocación del sacerdocio, expresándolo sinceramente.

¡Será obispo, arzobispo, una gran personalidad del clero!—exclamó entusiasmada la señora. Poco después el joven declaraba su anhelo por estudiar jurisprudencia. —¡Ah sería una lumbrera del toro! Luego manifestó inclinación por la medicina:—¡Ganará mucho la ciencia con el concurso de mi hijo!—exclamó ufana la señora,—no habrá galeno que le iguale, será un sabio. Mas tarde soñó el voluble Ruperto verse con el relumbrante uniforme militar. La optimista mamá no desmayó. Su hijo llegaría a general, ministro, presidente de la república; subiría muy alto, así se lo aseguraba la voz de su gran cariño maternal.

Desde que fué madre, era vidente, viendo el porvenir de aquel mimado hijo, claro i sonriente.

La señora cuidò el exterior del joven con tanto esmero cual si fuera una muchacha delicadamente bonita.

Rupertito, endereza el busto—decíale suplicante—camina derecho hijo mío, los de arrogante figura no se encorvan. ¡Niño no juegues al sol,! tu bonito i aterciopelado cutis se estropea. No te hagas cortar el cabello tan de seguido, la sedosidad i finura, tórnase en ordinaria rigidez.

Estas i parecidas indicaciones de la madre, fomentaron en Ruperto una profunda egolatría i el hábito de acicalarse cual dama coquetona i hermosa. De naturaleza robusta desarrollóse fuerte i vigoroso, diríase que las bellas cualidades morales que la madre vislumbró, huyeron del espíritu para reconcentrarse en el físico: era un buen mozo en toda regla.

Después de tantos ensueños i fantasías de la viuda de Saldívar, Ruperto no era otra cosa que un dandy egoista i presuntuoso.

Viendo defraudadas sus esperanzas, la viuda se consolò con el último recurso que le quedada para ver figurar a su hijo i asegurar el porvenir de ambos.

Es buen mozo—pensó—i este es recurso magnífico para un hombre que no sea un panoli. Casos se han visto, de reinas, princesas i damas de alto copete, que, enamoradas de un hermoso físico, han dado su mano aristócrata a un campesino, o pobre diablo cualquiera. ¿Porqué mi hijo que es noble i un Adonis, no se elevará hasta donde él quiera?

Ruperto, te harás amar por una mujer que posea gran fortuna—le dijo un día;— si tú lo quieres puedes ser grande i poderoso, la fortuna está a corta distancia de tus manos, cójela i con ella puedes llegar donde gustes.

La madre, firme en el propósito de convertir el matrimonio de su hijo en magnífico negociado, procuraba llevarle al hogar de ricas herederas, poniendo en juego sus alardes de exajerado misticismo i otros ardidés ingeniosos, con el tino suficiente de no dejar traslucir su ambicioso proyecto; no descuidando al mismo tiempo que al joven se le viese los días festivos en la misa de más concurrencia i que ejecutase ante numeroso público, sus prácticas religiosas.

Ruperto dejaba hacer a la madre siguiendo dócil sus indicaciones.

Al escuchar Ruperto algunos consejos en

los que la piadosa señora le obligaba entrar a una cofradía, o pertenecer a tal o cual círculo religioso, respondía sarcástico:

Tienes razón madre, para que le crean a uno, hombre de bien i hasta santo, preciso es hacer alarde, mucho alarde de beatitud.

¿Recuerdas a Rufianoli,? así engatuzó a los padres de Susana, derrochándole hoy a manos llenas su fortuna. ¿Recuerdas a Cacosme;? por el mismo estilo i haciendo valiosas dádivas a los templos con dinero ajeno, logró inspirar confianza llegando a ser banquero de mucha gente i cerrando después con el santo i la limosna, dejando en la miseria a multitud de infelices. Por el estilo, cuántos ejemplos podría citar.

—Si recuerdo hijo mío, pero supongo que tú no serás malo, ¿verdad?

—Descuida madre mía, —respondía el digno hijo sonriendo socarronamente.

Ruperto dejaba transcurrir el tiempo con gran pachorra, sin afanarse por destino o industria que le proporcionase el dinero necesario para salir de créditos i deudas mortificantes i en tanto que llegaba la acaudalada presa, entreteníase en indecorosas especulaciones.

Una carta de amor olvidada en uno de los vestidos de Ruperto, vino a revelar in-

discreta a la ambiciosa señora los amores de éste i Margarita.

¿Qué significa esto hijo mio?—dijo estrujando en sus nerviosas manos la carta.—¿así cumples lo que me tienes ofrecido? ¿No te fijas que esas son unas pobretes? Yo no sé qué milagros hacen, ni de dónde sacan dinero para sus jaranas. ¿O crees acaso en las farsas de esa jamona Hermengarda, que, por hacer caer en la red a algún bobalicón, alardea prosas i holgura? Llegar su simpleza hasta decir que tienen dinero en el banco. ¡Qué impostura mas descarada! lo tendrán en el banco de la Providencia.

Mucho cuidado hijo que hoy está de moda para atrapar marido poner en juego el boato i la farsa. Habla con algún padre que tenga hijas casaderas i lo primero que te dirá es los miles que guarda, las joyas fabulosas de sus antepasados escondidas bajo muchas llaves i las grandes fincas en lugares inaccesibles i lejanos. Buen anzuelo para hacer engullir a los cándidos. —No temas mamá; de una manera sigilosa me he impuesto en la propiedad inmueble i todo no es mas que pura lata.

Lo que hago es embromar, pasar el tiempo i divertirme. ¡Oh si vieras aquello! allí cada una de las damas se esfuerza en apare-

cer mas digna de nuestro afecto; nos miman i adulan i así se deslizan alegres i variadas las noches.

Debes estar tranquila, no soy un imbecil para tomar aquello por lo serio.

La señora respiró como si acabase de salir de una pesadilla.

- Hago mal en dudar de tí Rupertito, conociendo tu gran talento— le dijo mirándole orgullosa— de hoy en adelante viviré tranquila.

\*  
\* \*

Como Ruperto, Simón del Valle frecuentó al principio la casa de la familia Tassara, solo por serle grata aquella sociedad, pero viéndose finamente atendido por Hermengarda resolvió hacerle el amor, sin experimentar por ella otro sentimiento que no fuese el de la amistad. En cambio en el desolado corazón de Hermengarda, germinó potente el amor hacia él.

Tiempo después llamó la atención del afortunado Simón, la delicada belleza de Soledad, su carácter dulce i apacible, sirviéndole además de poderoso incentivo a su naciente afecto, el idilio de la joven con Eduardo.

Aprovechando el dominio que ejercía en Hermengarda, Simón, con refinada astucia, eliminó a Eduardo de aquella casa.

—¿Cómo es posible amiga, —la dijo— que siendo nosotros personas sensatas i de bien, veamos impasibles los amores de estos locuelos, cuando el pobre Eduardo apenas cuenta con unos cuantos céntimos de entrada? I así tener la audacia de pretender formar hogar, para hacer de la desdichada Soledad su esclava con nombre de esposa.

Este es uno de los crímenes que, por ser social, queda impune i nos hemos acostumbrado a contemplar tranquilos; pero las personas nobles i de corazón debemos reaccionar i evitarlos siempre que estén a nuestro alcance.

—Es la verdad amigo mío—respondió Hermengarda alarmada—ha sido un descuido el mío; pero por felicidad aún es tiempo. Es un desatino el de este joven que sin contar con recursos suficientes para atender a sus propios gastos pretenda a Soledad; pero que quiere usted, esta es la juventud de ahora, muchas aspiraciones, grandes audacias i los bolsillos repletos de deudas. La consecuencia de tales enlaces es fatalmente funesta, resultando el hogar un suplicio i la mujer i los hijos las víctimas.

Pronto le diremos políticamente a nuestro buen amigo Meza, que vaya con su canción a otra parte.

—Procede con mucho tino querida exclamó Simón disimulando su gozo.

Después de pocos días Eduardo dejaba de visitar a la familia Tassara con hartos pensamientos; pues que sentía por Soledad profundo afecto. Su carácter altivo i pundonoroso no pudo soportar ninguna demostración hostil.

Eduardo habiendo hallado en Lima una buena colocación, fué a radicarse allá, llevando a su madre i a un hermano pequeño que hacía educar.

Aunque con alguna impaciencia, Hermengarda esperaba confiada formalizar sus amores i ver colocado en su mano aristócrata, el anillo nupcial, símbolo de su próxima ventura.

En cambio Simón, ducho en los juegos de amor, salía siempre airoso de las difíciles situaciones en que ella le ponía; i los días continuaban en idílica pasividad, sin que llegara para la vehemente amante, el suspirado momento.

Cuando Hermengarda no estaba en casa i Simón era recibido por las muchachas, o cuando por indisposición de aquella no a-

compañaba al cinema a las sobrinas, solo entonces él arrojaba la prudente careta lejos de sí i asediaba a Soledad con frases i demostraciones que alarmaban su pudor e inocencia.

Ruperto por su parte obtenía cada día mayor victoria, abusando de la loca pasión que había logrado inspirar a Margarita, obteniendo constantemente nuevas concesiones. Al principio fueron besos respetuosos, tímidos en la punta de los dedos de la muchacha, mas tarde caricias sin restricciones.

Cuando las jóvenes ojerosas, turbadas i nerviosas volvían al hogar disculpando su mal estado con la emocionante cinta del cine, la tia felicitábase de no haber concurrido aquella tarde, ella tan sensible i delicada; estaría divertida con su terrible jaqueca i quizá si con un fuerte ataque de nervios.

Simón atento i zalamero compensaba su traición deslizándose al oído de la platónica amante i al disimulo, una frase almibarada i prometedora.

Muchas veces después de estas escenas; las soledades de un paseo o el discreto silencio de un parque, escucharon las mordaces carcajadas de Simón i Ruperto, festejando sus amorosos triunfos i las pullas con que

zaherían a la incauta i cándida Hermengarda.

Ruperto quejándose a su amada por la falta de libertad en el hogar para expandir sus sentimientos, hacía que ésta valiéndose de artimañas acudiese a citas en diversos lugares del campo. Ya era en las mañanas con el pretexto de la misa, ya en las tardes a casa de una amiga, o de compras, pero siempre rehuendo la compañía de la tía o de la hermana—¿Para qué mas compañía que una sirvienta,? esta recibía buena propina i dejaba en completa libertad a la pareja!

Apresurada i ruborosa volvía Margarita al hogar, bien tarde para el objeto que había salido. La tía sacudida en su marasmo por la tardanza de la jóven, esperábala furiosa i con los labios secos por la ira le decía:

— Muchacha, conque en el comercio i con la fulanita hasta ahora ¿eh? No me haces comulgar con rueda de molino, fíjate que no tengo pelo de tonta, dime donde has pasado la tarde i no me vengas con embustes; sino me lo dices, bien caro te va a costar, yo haré hablar a la gatita muerta de Juana, buena pieza de compañera. ¿Así se porta una señorita de tu linaje i pesesión? Pareces

mujerzuela que en ajetreos i en la calle se la pasa.

Altanera i displicente soportaba Margarita el chaparrón de improperios alejándose presto de la iracunda tía i la sirvienta protestaba humildemente de las inculpaciones que se le hacían, terminando el barrullo con amenazas i fatídicos pronósticos de Hermengarda.

Conociendo Margarita la pasión que dominaba a Hermengarda, para vengarse de las frases con que ésta la zahería, esperaba la llegada de Simón i diabólicamente la exasperaba dándole celos.

Con sorda i reconcentrada ira seguía Hermengarda las miradas, sonrisas i artísticas posturas de la muchacha. ¡Qué linda i tentadora se mostraba! ¡Qué impulsos sentía de abofetearla! Habría deseado poseer en aquellos instantes un poder sobrenatural en los ojos, para destruir de una mirada todos los encantos de su temible rival.

A estos ímpetus de odio i venganza, se guían otros de aplanamiento i depresión moral.

¡Ah! porqué llegó Simón a ella tan tarde; porqué su corazón pletórico de juventud se estremecía a impulsos de aquella pasión, cuando su organismo, su juventud decaían,

cuando su rostro mostraba impresos los imborrables estigmas del tiempo i cada arruga, cada blanco cabello, decían las íntimas luchas, la tristeza i el tedio de su vida.

Muda, dolorida, quedaba abismada en sus pensamientos; luego, pretextando jaqueca, dejaba el salón.

Otras veces agotada su prudencia, esperaba que Simón saliese i dejando desbordar su ira, hartaba a la joven de hirientes improperios.

Margarita, triunfante i satisfecha, sin dignarse mirar a la tía ni escucharla, se lia contoneándose del salón.

Hermengarda se desahogaba con Soledad.

- Esto es insoprtable - la decia - tu hermana es una desvergonzada, no parece sino una mujerzuela. ¡Qué horror Dios mio,! estar con estos disfueros delante de un caballero, qué dirá, nos creerá a todas iguales! Ya verás la muy coqueta con que entremés nos sale el día menos pensado. Para evitar todo esto, preciso es hablar a tu padre que de una vez haga definir a Ruperto su situación en esta casa, para que se lleve lejos a esta insoportable sinvergüenza.

Soledad escuchaba paciente a la tía, dándole unas veces la razón, disculpando otras

timidamente a su hermana i esperando instintivamente alguna catástrofe de familia.

Estas constantes discenciones separaron moralmente a tia i sobrina, al extremo de evitar ambas hablarse.

Hermengarda, abusando de su soberanía, contrariaba en lo que le era posible a la sobrina, oponiéndose a sus paseos i no permitiéndola conversar a solas con Ruperto.

Margarita suplicaba a éste la librase cuanto antes de aquellas penalidades domésticas; i el señor Tassara, puesto al corriente de lo que a Hermengarda convenía, presionó al joven para que formalizase su compromiso, fijándole un plazo improrrogable para la realización de la boda.

Ruperto, en la apariencia, accedió a todas las exigencias del padre de su amada; pero no queriendo contrariar a su madre, ni renunciar a Margarita, concibió un ruín proyecto.

Arrendó en Tingo una solitaria casita i luego que fué a ver a la joven, la dió un papel citándola para aquel balneario. La muchacha sin sospechar el lazo que se le tendía, acudió al atardecer a la cita, no sin vencer grandes dificultades i hacer prodigios de inventiva.

Ruperto recibió a su amada con gran-

des demostraciones de afecto. ¡Oh cuánto agradecía sus sacrificios! Por él desafiaba la cólera de esa hiena de tía, por él desafiaba a la intransigente sociedad i obligado estaba a corresponderle amándola con la ciega idolatría del fanático a su religión, adorándola postrado eternamente a sus plantas de rodillas. Ya no veía la hora de poderla mostrar a los ojos del mundo como la compañera de su vida i la soberana de su corazón.

Terminado el vehemente exordio, Ruperto, para continuar tranquilo el discurso amoroso, alejó como siempre a la criada i llevó a su amada con refinada astucia a la solitaria vivienda. Luego que estuvieron dentro, Ruperto cerró al disimulo con llave la puerta, Margarita no habia observado las precauciones del amado; éste, para tranquilizarla i borrar toda sospecha, hacía constantes alusiones a la próxima realización del enlace.

Al saber que aquella casa estaba deshabitada, la había tomado con anticipación para pasar en ella la luna de miel. Deseaba que su futura moradora la conociera antes i diera su opinión respecto a las comodidades que ofrecía i si los muebles que la decoraban eran de su agrado.

Margarita todo lo aprobó, manifestándo-

se satisfecha i agradecida. Después de revisar i examinar la casa, ambos tomaron asiento en un blando canapé, uno muy cerca del otro.....

Margarita, pálida i desconcertada abrió una ventana que daba al campo. ¡Qué tarde era ya! El viento penetrando a torrentes la sacó de su fatal marasmo.

Con la sensación del que siente al borde de un abismo, faltarle el piso i busca instintivamente con la vista un objeto seguro del que asirse; así la joven miró llena de pavora aquella luz vespéral que débilmente iluminaba la campiña, i que, melancólica, iba cediendo el paso a las imponentes sombras de la noche.

El murmurio lejano de la recogida naturaleza, ese rezo misterioso i sacrosanto con que se prepara al descanso, llenó a Margarita de infinita congoja, haciéndola sonrojar i experimentar a la vez desprecio de sí misma.....



La criada esperó i buscó inútilmente a la pareja i escuchando el último silbato de

la locomotora subió presurosa a uno de los coches (1).

Llegó Juana a la casa i cohibida refirió a Hermengarda entre suspiros lo acontecido. Esta, pálida, consternada, los labios secos i contraídos por la ira, escuchó la relación i dominando el temblor que sacudía sus miembros, asió con fuerza el brazo de la sirvienta diciéndole con voz entrecortada:

—Eres una imbécil, debiste tomar el primer tren i darnos oportuno aviso.

—Creí que volverían pronto —respondió en monosílabos Juana— enjugándose con la punta del delantal el sudor i alguna que otra lágrima.

Bien, ya está todo terminado - dijo Hermengarda serenándose un tanto i dejando de comprimir el brazo de la sirvienta agregó:— Ya que no hay remedio, ordeno olvides lo sucedido, nada de aluciones al respecto con el resto de la servidumbre, mucho menos con gente extraña ¿eh? Me comprendes? ¡Pobre de tí si lo olvidas!

—Le juro no decir palabra por la Virgen de Chapi señorita— respondió tembloro-

---  
(1) En la época de nuestra narración no estaba instalado el tranvía eléctrico.

sa la criada, deseando intimamente verse libre cuanto antes de la iracunda Hermengarda.

Esta, haciendo una señal imperativa con la diestra la dijo:

—Bien, vé a reanudar tus ocupaciones.

Hermengarda dirigióse a la salita de diario en la que Soledad con armoniosa voz cantaba en el piano romanza sentimental.

Un extraño presentimiento, acaso la tristeza de aquella tarde brumosa, la hicieron elegir esa música.

El canto tierno, pastoso, de una melancolía dulcísima, que ponía en transparencia la delicadeza de su espíritu, esparcíase en notas puras i cristalinas, llenando la estancia de infinitas melodías.

Un ¡ay!, el ruido estridente del cerrarse una puerta, a la vez que el sonido confuso de varias notas del piano, interrumpieron súbitamente aquel canto.

Soledad había exalado una exclamación de sorpresa al escuchar el estrépito de la puerta que Hermengarda, al hallarse dentro de la habitación, cerró tras sí con violencia.

Pálida, nerviosa dejando caer el album de música sobre el teclado, Soledad se puso en pié, viendo llegar hasta ella a la tía ceñuda i con el semblante alterado.

¡Qué horror, qué horror! — exclamó Hermengarda en tono chillón i tembloroso, dejándose caer en un asiento. — ¿No te lo anunciaba? Al fin, esa vil criatura de tu hermana dió de lo que era, se ha marchado envolviéndonos en el lodo mefítico de la deshonra. ¡Dios mío, Dios mío,! se me cae la cara de vergüenza. ¡Qué dirá Simón, Virgen santa! Ya todo ha concluido, imposible que se resuelva entrar a formar parte de esta deshonrada familia.

¡Ah! canalla, ah loca, su mala inclinación debía hacerla pisotear miramientos sociales, consideraciones, renombre, todo, todo.

Soledad, volviendo en sí de la estupefacción producida por la infausta noticia, al escuchar las hirientes frases con que la tía insultaba a su hermana la dijo temblando de indignación.

¡Tía,! usted es muy injusta con mi desgraciada hermana; como si ella sola fuese la culpable, contra ella son sus odios. ¿No le acusa a usted la conciencia? Además, ¿no halla usted culpabilidad en la conducta del seductor que aprovechando estados anímicos, dolorosos i situaciones anormales, quita la honra i tranquilidad de una mujer?

¿Porqué seguir esta rutinaria costumbre de condenar siempre al más débil de los que delinquen?

¿Es que inspira mas conmiseración el criminal que empuja a su víctima hacia el abismo i no ésta que inconsciente i presionada a él desciende?

Hermengarda mordióse los labios hasta hacerse sangre, guardando silencio, desconcertada por la actitud inesperada de Soledad i la lógica de sus razonamientos.

La jóven alentada por el mutismo de la tía prosiguió:

No me explico la manera de ser de algunas gentes, que alardeando virtud i caridad, llenan los templos, imploran perdón de sus maldades a ese Jesús, todo piedad i misericordia; salen de allí i, de miserables reos, se convierten en inoxidables jueces, i en tanto que con una mano golpéanse el pecho, con la otra cojen el homicida hierro de la intransigencia i sus labios pronuncian muchas veces falsos veredictos i sentencias casi siempre inicuas.

¡Ah mi buena tía! piedad para mi desdichada hermana, ya que no por consanguinidad, siquiera por afinidad de sexo.

—¡Silencio insolente!— gritó fuera de si Hermengarda, irguiéndose amenazante— silencio, caro te va a costar la broma de convertirte en defensora de esa desvergonzada. Para evitar sigas su funesto ejemplo, haré que

se te encierre en una casa de corrección,

Soledad quiso protestar, pero las frases expiraron en sus blancos labios i quedó inmóvil en el asiento.

—¡Toma insensata! —exclamó la tía saliendo del aposento i llamando a una criada para que atendiese a la joven, se dirigió en busca de su hermano. Sin embozo ni precaución alguna, dió la noticia al desgraciado padre; con el tino sí, de hacer recaer toda responsabilidad sobre las muchachas, rehuyendo estudiadamente la que a ella le tocaba.

Atónito escuchó el señor Tassara la relación que le hacía su hermana; su primer impulso fué ir en busca del miserable que en un instante le arrebatava cariño, tranquilidad i honra; para en el campo del honor tomarse el desquite; mas la reflexión, compañera de su temperamento habituado a los embates de la vida, le detuvo,

Ruperto no se batiría; pertenecía al gremio de aquellos que son fuertes i valerosos con los débiles; débiles i cobardes con los fuertes. Además, la parte de culpabilidad de su hija, ¿no atenuaba acaso la del amante?

Lo natural i conveniente para evitar escándalos, vergüenzas i humillaciones era huir

de Arequipa cuanto antes, lejos muy lejos.

Sumido en penosas reflexiones quedó el padre infeliz, echando bocanadas de humo, arrojando casi íntegros los cigarrillos i dando grandes trancos por la habitación.

Hermengarda le observaba con inquietud, temiendo que la fuerte conmoción moral recibida, le ocasionara un trastorno mental. Solícita se le acercó haciéndole algunas reflexiones, procurando tranquilizarle con alguna que otra simpleza sugerida por su imaginación no acostumbrada al raciocinio.

El hermano parecía no escucharle, mas al insistir ella con sus impertinencias, volvió como de un penoso sueño i sin tomar en cuenta los consuelos díjole imperiosamente: Ordeno que de hoy en adelante, nadie mencione en esta casa el nombre de esa desdichada, adviértelo a Soledad; ha muerto para mí como para todos, que se entienda la verdadera acepción de esta palabra. I en tanto que hago los preparativos de un largo viaje, ordeno así mismo que no se acepten aquí mas visitas.

Aunque Hermengarda estaba acostumbrada a que en la casa se hiciese su voluntad contrariandola del hermano, sintió en esta vez un estremecimiento nervioso al escucharle i procurando aparentar una tranquili

dad que estaba muy lejos de sentir, respondió:

—Hermano mio, no hallo justa ni aceptable tu última determinación. ¿Cómo será posible echar de casa a las distinguidas personas que nos honran con su amistad?

—Lo dicho se cumple—respondió secamente Raimundo. Luego dando la espalda a su hermana sacó un libro del estante haciéndole ver con este acto, muy político, que deseaba estar solo.

Cohibida i meditabunda salió Hermengarda del aposento i entrando al suyo entregóse a diversas cavilaciones.

La actitud enérgica del hermano si bien es cierto le había contrariado, ofrecía en cambio presentarle una ocasión para obligar a Simón formalizar su matrimonial compromiso. Aprovechando aquella coyuntura, apenas viese a Simón, le manifestaría en tono melodramático la imposición del hermano i lo doloroso é imposible que para ella sería dejar de verle.

Entonces él, echando a un lado su habitual timidez, la pediría en matrimonio i adios zozobras, miedos al porvenir i preocupaciones de su incierta soltería.

En un raptó de exaltación gozosa, Hermengarda batiendo palmas, cual una colegia-

la ante la perspectiva de próximas vacaciones, exclamó jubilosa: ¡Qué placer, que dicha, pronto seré la señora de.....! Mi vida tendrá un objetivo i el vulgo inconsciente no me motejará con los antipáticos epítetos de «solterona», «viste imágenes» i que se yó cuantos otros que van de boca en boca.

Hermengarda cojió algunos periódicos [de modas i púsose a revisarlos para la inmediata confección del canastillo de boda. Los vestidos de calle, los de tertulia, recepción i teatro; pero los que mas cautivaban su atención, eran los que llevaría en la intimidad del hogar, para atraer mas al amado i retenerle a su lado. Los fantásticos deshábills de crespos i niveos encajes, de cintas i tules sutiles; los vaporosos matinés, la ropa interior coquetona i artística, de hilo finísimo i seda, mezclando entre las prendas de nítida blancura, algunas de color con aquel que mas realzase el de la piel.

Entretenida gratamente en la tarea de revisar i seleccionar figurines, quedó largo rato la futura señora, pensando á la vez en el predestinado compañero, su amado Simón.

#### IV

Simón del Valle, de origen humilde i oscuro, nacido en Llalli pequeña aldea de la

Sierra del Sur del Perú, conoció en su infancia todos los dolores i escaceces de la pobreza. Su padre, hombre laborioso, tenaz en el trabajo i económico, obligó a la fortuna por medios diversos, que le fuera propicia; mas lo que terminó de repletar su caja de ahorros fué la acuñación secreta de moneda, la elaboración clandestina de licores i los contrabandos.

Simón crecía en la ignorancia mas completa, asi como en el trabajo mas arduo. Cuando su padre salía de viaje por asuntos relativos a negocios, él quedaba ayudando a la madre en el cultivo de los terrenos. Pronto alarmó a ésta con sus precoces aventuras. Las officiosas campesinas i las comadres, que casi todas las mujeres de Llalli lo eran de la señora Nicacia, le traían hasta los detalles mas insignificantes de las travesuras de su hijo. Ya obsequiaba clandestinamente Simón a cambio de un beso, una fanega de papas o maiz, ya por la mirada de dos lindos ojos enviaba el carnero en ceba o la vaca lechera; ello es que, con estos canjes tan continuos, diezmaba lo mejor de la cosecha i el ganado.

—¡Muchacho de mala índole!—decíale la madre—te has propuesto acabar con mi vida i con los graneros, no se hasta cuando

tu padre no te llama al orden encerrándote en el colegio.

Simón urdía diversas patrañas i embustes para librarse de la severa corrección del padre, concluyendo por conmover a la madre i obtener su perdón hasta nueva perrada.

— Mira don Ildifonso—decía la señora a su marido—es preciso mandar a éste muchacho a Arequipa, ¿hasta cuando *pues* se cría como un animalillo sin aprender mas que *los vicios*?—Está largo como una caña silvestre i no sabe ni firmar, de nada servirá dejarle dinero a montones, si no sabe defenderlo, ni guardarlo *siquiera*,

—Si mujer—respondía sonriendo bonachonamente el padre,—este año llevamos a Simón al colegio, que estudie para abogado, felizmente vienen bien las cosechas.

—¡Hombre! para abogado no—respondía alarmada la señora—no para abogado, se reventaría la sesera; dicen que para seguir esa profesión preciso es estudiar, estudiar i aprender mucho i francamente aquí entro nos, Simoncito no será jamás de los que inventó la pólvora.—¿Sabes,? la hija de la comadre Antuca es mas lista i aprende con mayor facilidad las lecciones en la escuela que nuestro hijo, ella si que lo haría bien si estudia jurisprudencia. Esta supremacía intelectual

de la chica destruye aquello de lo que vosotros tan ufanos haceis alarde, creyendo que vuestra masa encefálica es mayor que la nuestra. Que se eduque a la mujer, que se le dé una instrucción amplia, libre de prejuicios i añejas preocupaciones i entonces tendreis razón de dar un justo fallo i someternos a vuestra amable fisga si os place. Ahora *don* Ildefonso, es prematuro el decir de ciertos sabios.

—Já, já, já, bien mujer, no disputaremos supremasias, eso sería meterse en honduras, dejemos a los sabios que con los misteriosos aparatos de que disponen, midan el femenino cerebro con el nuestro i hagan sus comparaciones i deducciones. a nosotros nos bastan los hechos. Volvamos al asunto que nos interesa:

—Dime mujer, ¿quién te ha metido en la cabeza que para ser abogado se estudia mucho? ¡Bah!, si así fuéa ¿crees tu que saldrían de las aulas abogadillos como langostas, que lo que hacen muchos es perjudicar al mundo entero i obstruir los trámites i acciones de la justicia? No mujer, se estudia i aprende, lo que buenamente se puede, lo demás son tretas. Déjale a Simón que estudie jurisprudencia i verás que con las escasas dotes que posee, se las arregla per-

fectamente; mas tarde el dinero i la adulación le coronarán de sabio, repartiendo a los cuatro vientos su gran fama.

— Con todo *don* Ildefonso—respondía la señora moviendo a uno i otro lado la cabeza—con todo, ¡para qué hacerse ilusiones!. Que aprenda Simonsito lo que mas fácil le sea; que estudie *mejor* algo de latín i de moral i le hacemos cura.

—Cura Simón ¿eh? Ya le veo, el demonio en traje de cartujo; buena celada se le espera a la femenil manada, con lobeznos como el nuestro. Déjate mujer de necedades, que si el muchacho no tiene sesera para abogado, mejor le sienta un rifle al hombro i la espada al cinto.

—Exajera *don* Ildefonso, exajera, Simonsito es vivarracho i corto de intelecto, pero la educación i sujeción podrían hacerle un santo.

El padre, que por secreto instinto comprendía la influencia atávica sobre las inclinaciones de los descendientes, sonreía socarronamente al escuchar a la señora. A ella no le veía ribetes de santa, menos los tenía él. ¿A quién podía parecerse su querido vástago? Teniendo en cuenta esto, el sagaz Ildefonso hacía comprender a la madre entre pullas sarcásticas e intencionadas, lo absurdo de sus aspiraciones.

Simón fué colocado en un colegio de Arequipa i recomendado a modesta familia. Demostró alguna aplicación i decisión por los estudios, desgraciadamente la escases de inteligencia, no coadyuvó a sus esfuerzos. El estudio de las matemáticas le agradaba mas; podría dedicarse al comercio.

Añorando el terruño salia a vagar por las calles con algunos compañeros. Estos constantes paseos le hicieron encariñarse poco a poco con las costumbres i vida animada de la ciudad. A los ajetreos por cerros i selva, reemplazó el placer de recorrer la población endomingado i acicalado como rico provinciano.

De lustroso i blanco cuello, con llamativa i roja corbata, la flor en el ojal i zapatos femeniles de anchos lazos de cinta, colocábase en una esquina por las mañanas o al atardecer i a la hora de mas concurrencia; atuzándose el naciente bozo o balanceando el bastón en espera de la muchacha que pasa, con el objeto de echarla variadas i cursis flores de estudiada galantería.

A la muerte de su padre, Simón arrendó las propiedades estableciéndose con su madre en Arequipa, deseando entrar en esta ciudad en negocios diversos; mas, contrariando sus propósitos, tuvo que tornar al lugar de su

nacimiento, llevando a la madre que moría de consunción i tristeza.

A los primeros síntomas de la desconocida enfermedad que atacó a la señora, el hijo hizo venir a los más renombrados facultativos; estos a usanza de los doctores de la zarzuela «el rey que rabió,» movieron enigmáticos la cabeza, viéndose perplejos ante el mal tan raro, sin poder hacer un diagnóstico por las diversas complicaciones que se presentaban. Al médico reemplazó el curandero i a éste el brujo, mas nadie pudo dar mejoría a la enferma que sucumbía con una muerte lenta, indolora, silenciosa; entre suspiros hondos i callados.

Cuando el hijo a fuerza de súplicas la hizo salir de su tenaz mutismo, manifestóle que nada le dolía, pero que a su decaimiento físico, uníase otro moral con profunda melancolía.

Simonsito llévame a Llalli i verás como todo desaparece, — díjole suplicante un día.

La nostalgia no cedió a tratamientos ni distracciones i Simón no tuvo otra cosa que hacer, que llevarla.

Cuando llegaron a la aldehuela i el hijo contrariado por la soledad i monotonía, le interrogó qué era de lo que allí extrañaba; ella, con un suspiro de satisfacción que ensanchó su pecho, respondióle:

— ¡Ay hijo mio,! esta misma tristeza, este imponente silencio; estas callejuelas sinuosas, estrechas i mal olientes; estos techos derruidos, las viviendas oscuras, bajitas, anti-higiénicas; nuestras llamas, el frío intenso; las nevadas, el granizo, las hermosas tempestades con sus bellas iluminaciones de rayos i relámpagos en la negrura de los cielos i ese bronco e imponente bramar del trueno i la lluvia torrencial descendiendo del firmamento cual magestuosa catarata. Toda, toda esta mezcla de grandeza i pequeñez, lo infinito tocando a lo finito, confundiéndose en el más bello de los consorcios; todo esto, hijo mío, extrañaba haciéndome morir de pena. No te afanes mas en sacarme de aquí, déjame dormir mi eterno sueño al lado de tu padre i de los míos; deja que sienta hasta los últimos instantes de mi vida, el mujir del buey, el valido del cordero en este mi terruño, porque ellos tienen su tono genuino que es su distintivo de raza. Aquí la quena entre los cerros verduzcos, los nevados de albo manto, bajo la bruma de este cielo siempre gris, tiene sus melodías, sus misteriosos encantos que los pierde en otras poblaciones, apagados por la potente voz de la civilización. Deja que escuche sus melancólicos i arrulladores lamentos, que ellos infiltrándose en mi

alma, la conmuevan de dolor i me recuerden la grandeza, la extinguida gloria de nuestra querida raza.

Simón complació a su madre, mas como él se aburría en aquellas tristes soledades, hacia constantes viajes para Arequipa, hasta que años mas tarde murió la viuda del Valle, dejando en completa libertad a su hijo. Éste, reservándose una buena finca de ganado, realizó el resto de sus heredades estableciéndose definitivamente en Arequipa. En esta ciudad, Simón cogió un lapiz i trazando números i cifras hacia cálculos de la renta que debía producirle su bonito capital, preguntándose luego indeciso: «Cultivar el campo, es poco lo que produce i cansado el trabajo. El comercio, aquí podría explotarse algo más, principalmente en algunos ramos, en expendio de licores o drogas, etc.; pero no, no me satisface del todo, veamos.»

El calculista quedaba con el lapiz en suspenso, sumido en profunda meditación; luego salía a recorrer las calles entrando a los establecimientos comerciales e inquiriendo a los amigos sobre los negocios más productivos,

Al fin, uno de aquellos días después de vagar e indagar i estando ante su gran planilla de números, iluminósele el semblante de

plácida alegría i brillaron sus ojos con vivo fulgor. Dióse una palmada en la frente i frotándose ambas manos exclamó con acento tembloroso de emoción: «Este es el mejor negocio, repartir dinero, en algunas fracciones sobre buenas hipotecas i con crecido interés; de esta manera pronto se duplica el capital.»

Pasado algún tiempo, Simón lleno de arregosto, remataba pequeñas propiedades que representaban el abrigo i sustento de algunas familias i el trabajo asíduo i penoso de muchos años.

Su ilimitada ambición le dictó derrochar i vivir del interés, sin menoscabar su capital. Puso especial cuidado en deslumbrar con su dinero, adquiriendo por este medio buenas relaciones. Entró a varios clubs, agazajando en ellos con largueza a sus amigos; procuró exhibirse en aquellos lugares en donde mas concurrencia hubiera, ya en el teatro o en la tertulia, esforzóse en llamar sobre sí la atención general con la elegancia en el vestir, saludando i sosteniendo conversaciones con las damas elegantes i aristócratas.

Después de poco tiempo, nadie recordaba el oscuro origen de Simón, no faltando quien elogiase su ilustre prosapia i nadie tenía en cuenta la procedencia de aquel dine-

ro con que se les obsequiaba; haciendo pensar con tristeza, aquella manera de ser de muchas gentes, en el sugestivo i envilecedor poder del oro.

Simón contaba cerca de cuarenta años, cuando el destino le llevó al hogar de la familia Tassara i en él después de poco tiempo le subyugaba la delicada belleza de Soledad.

Con sagacidad i mimo fué venciendo la repulsa de ésta, mas no pudo conseguir que asistiera fuera del hogar a una anhelada cita.

Hacia tiempo que Simón proyectaba formar un respetable hogar, no con el propósito de cambiar su azarosa vida de placer, sino por afianzar su reputación de hombre de bien i miembro útil de la sociedad, pero esa idea fué postergándola cada vez mas, con la oculta convicción que, cuando él decidiese hacerlo, sería disputado por su posesión, fortuna i no mala figura.

Cuando en estas meditaciones aparecía la remilgada imágen de Hermengarda, sonreía socarronamente i como no obstante de ser su conciencia muy elástica, sintiera en ella una oculta voz que le reprochaba su conducta incorrecta, buscaba alguna que otra disculpa que le tranquilizara.

Pobrecilla, — se decía, — me ama deveras,

mas, ¿qué culpabilidad puedo tener si inspiro tales pasiones? Si la dije alguna que otra bellaquería, fué porque ella se insinuaba, ¿a que hombre no le sabe a mieles verse colmado de atenciones por una mujer, aunque ésta no sea una Hebe que digamos?

\*  
\* \*

Ruperto, festejando su proeza amorosa entre risas, vituperios i licor, la dió a conocer a sus amigos, siendo Simón uno de los primeros. Êste, no deseando presenciarse desazones, se abstuvo de ir algunos días a casa de la familia Tassara, llegando a ella cuando lo creyó oportuno.

El padre de familia firme en el propósito de no aceptar mas visitas i deseando precaverse de una nueva desgracia, quiso conocer las intenciones de Simón i el objeto de sus asiduas visitas.

Al traspasar el umbral del salón, Simón se dió cuenta del cambio operado en aquel hogar, por la desgracia abatido. Un ambiente de dolor i tristeza flotaba en él; no se escuchaban como en días mejores las alegres i bulliciosas risas de las muchachas, el parloteo alto i afectado de la tía, ni las armoniosas cadencias del piano. Algo siniestro i lúgubre decían aquella quietud i silencio.

No bien acabaron de cruzar los primeros saludos entre Hermengarda i su visitante, cuando apareció el señor Tassara andando pausadamente, diríase llevar sobre los hombros un gran peso. En pocos días había envejecido notablemente el infeliz: el cabello tenía del todo blanco i en cada arruga de su macilenta fisonomía, podían verse las dolorosas meditaciones, las noches largas de penoso insomnio.

Por avezado que Simón estuviese en el vicio, no dejó de experimentar piedad por aquel padre herido en lo mas hondo del alma; por aquel hogar ultrajado en el que acababa de cometerse un crimen, que, no obstante de ser peor que un homicidio, no había para él sanción ni ley: tolerado por una sociedad progresista i civilizada, alardeaba su impunidad!

Con gran extrañeza de Hermengarda i Simón, el señor Tassara manifestó a éste el deseo de hablarle a solas, suplicando a la vez a su hermana los dejara por algunos instantes.

Hermengarda comprendió que algo trascendental para ella iba a ocurrir en aquella conversación i latiéndole apresuradamente el corazón, salió entornando tras sí una mampara de comunicación, quedando anhelante

junto a ella, avizorando el misterioso decir de los amigos.

Hasta ella llegaba clara i distinta la voz pausada del hermano i la sonora de Simón.

Éste, presionado por el señor Tassara, manifestó sin muchos circunloquios su inclinación por Soledad i el deseo de hacerla su esposa.

Al escuchar ésto Hermengarda, a punto estuvo de exalar un grito de angustia, delatando con él su presencia

Una gran laxitud invadió su ser, le zumbaban los oídos i por un instante creyó que su corazón suspendía su rítmico latido.

Apoyada a la cerrada puerta i asida al picaporte, permaneció con los ojos muy abiertos, diríase viendo el derrumbamiento de sus ilusiones, sintiendo en su dolorido corazón, uno a uno, los zaetazos del desengaño.

De aquella inmovilidad, la sacaron las frases cordiales i entusiastas de despedida que entre ambos amigos se cruzaron.

Una sonrisa de alucinada, diríase contracción de agonía, dibujóse en los descoloridos labios de la desdichada, i en tanto que con tardo paso se alejaba, iba repitiendo con quedo i triste acento, cual plegaria de réquiem, frases incoherentes i atropelladas.

Desfallecida i sin aliento, casi arrastrándose, llegó Hermengarda a su aposento i dejándose caer en un mullido diván, lloró, lloró con la amargura i desespero que solo suele hacerlo, el que en la vida ve desaparecer su única i última esperanza.

Las lágrimas silenciosas que por sus demacradas mejillas se deslizaron sin cesar, parecían haberse agotado al apuntar el nuevo día.

Con la mirada fija en algo, solo para ella visible, permanecía inmóvil, inclinado el busto, teniendo entre ambas manos la cabeza i apoyados los codos sobre las rodillas.

El brusco despertar de su amoroso ensueño, mató su fé i de su espíritu huyeron las ideas de bondad, filantropía i entusiasmo, haciendo germinar en cambio el odio, escepticismo i envidia. Sentía odio i desprecio por sus semejantes, odio i desprecio de sí misma i de todo lo que le rodeaba. Ya no creía en el afecto de la amistad, ni en la nobleza del corazón; la palabra amor sonaba a sus oídos insubstancial i hueca, todo era falsedad, egoismo, hipocrecía i dolo. En un instante se lo había hecho comprender un hombre, el que ella imaginó superior a los demás.

Fatigada por sus penosas reflexiones,

cansada de tanta oscuridad espiritual, deseosa de luz, abrió una ventana que daba al jardín i el balsámico ambiente que penetró, cual tierna caricia, le produjo algún alivio.

Sugestionada quedó contemplando el des-perezo de la naturaleza: allí veía los pájaros cambiando entre besos sus primeros saludos, las flores abriendo temblorosas sus corolas, diríase elevando al Cielo plegaria de gratitud i a las mariposas traviesas i retozonas, con la alegría de vivir girando en torno de aquellas, buscando en sus nectarios el nutritivo jugo.

La envidia contrajo el corazón de Her-mengarda; hasta los seres mas insignificantes de la creación eran felices, disfrutando la vida sin dolores en el presente, ni miedos al porvenir; i ella, la réproba de su destino, ni aún le era dable contemplar siquiera la felicidad agena.

Sintiendo un malestar infinito, retiróse de la ventana cerrándola con visible despecho, yendo a ocupar de nuevo el canapé, entregándose de lleno a la meditación.

Había llegado para ella la hora de las renunciias i decaimiento; desde aquella mañana su vida de solterona deslizaríase rutinaria, insoportablemente monótona, tristemente gris. ¿En qué emplearía el tiempo ella

que nada útil sabía? No le era dable distraerse con la prole de la sobrina a usanza de otras tías, porque Soledad era su rival; en la lid del amor habia vencido i le guardaría un eterno rencor. ¿Debería pasarse los días como otras en igualdad de condiciones, yendo de templo en templo, rumiando oraciones, sin darse cuenta de su significado; o se divertiría en el sucio ajeteo de ir de casa en casa, indagando la vida privada de las gentes, urdiendo hablillas, formando lios i haciendo trizas toda reputación? No, no, todo aquello era muy feo i le repugnaba. ¿Resignaríase acaso con el triste papel de pantalla, amparando dichosos amores, coadyuvando con su concurso el aumento número de la estadística matrimonial? ¡Ah no,! aquello sería el peor martirio a que voluntariamente se sometiese.

I si el hermano dejaba de existir, ¿qué sería de ella, de qué iba a vivir? ¿qué vejez de penalidades, miseria i abandono se le aguardaba?

Le era preciso protegerse de tales peligros i ya que su ignorancia de señorita de posesión, su debilidad de mujer, no le proporcionaban arma alguna para la defensa, buscaría un asilo por triste i doloroso que éste fuera.

Jamás tuvo vocación por el claustro: una pariente que por circunstancias parecidas a la suya ingresó al convento, manifestóle alguna vez descuidando a la vigilante hermana que las escuchaba, que en aquel centro de oración i recogimiento penetraba también el genio del mal, aleteando entre las penitentes criaturas, haciendo surgir entre ellas, egoismos, emulaciones, i ciertas deferencias de clases. Las de velo blanco eran inferiores a las de negro i ella veíase precisada a tomar el primero, sus recursos pecuniarios no le permitían las prerrogativas del negro; su gran orgullo, la manía de alardear prosapia, iban a ser rebatidos con encarnizamiento. El hado convertíase en severo corrector: ser monja, morir para ese mundo tan esquivo con ella, era su único recurso.

\* \* \*

El enlace de Soledad verificóse sin pompa ni ostentación, dadas las circunstancias excepcionales que tenia consternada a la familia. Ella, como la tía, buscó en ese enlace un asilo a su debilidad e ignorancia de noble i engreída. Al morir su anciano padre quedaria abandonada en el mundo, rodeada de infinidad de peligros desconocidos.

El nombre que aceptaba de Simón, era la égida protectora que la librería del incierto porvenir.

Después de algunos meses Hermengarda ingresaba a un convento. Los ayunos, las oraciones i los martirios que infería a su debilitado organismo, fueron ineficaces para borrar el recuerdo del ingrato, profundamente arraigado en su corazón. Musitando una plegaria, era el nombre de Simón que profano e impertinente salía de sus labios; en las salmodias era la acariciadora voz del amado, la que indiscreta turbaba sus oídos. Esta lucha anímica produjo en la religiosa profundos i serios estragos, pareciendo después de poco tiempo un espectro, que bajo el hábito paseaba por el claustro su demencia.

¡Simón, Simón! —decía Hermengarda, arrojando florecitas a la gran acequia que regaba el vasto huerto del convento; — estas flores que se ván, que son dichosas al salir de aquí, te dirán mis penas, ellas te repetirán que me es imposible olvidarte. Fuiste malo, verdad amigo mio, pero yo soy buena, sigo siendo buena contigo; te amo, te amo Simón.....

I Hermengarda dejando escapar la última flor, quedaba con los brazos caídos, las

manos abiertas i los dedos separados unos de otros, sonriendo con triste i enigmática sonrisa, mirando con mirada idiotizada perderse rápidas sus emisarias de amor. Luego poniéndose un dedo sobre los temblorosos i descoloridos labios, seguía con vacilante paso el curso de las aguas hasta llegar al hueco de la amurallada pared, que servía de desagadero. Allí quedaba un gran rato como enclavada, mirando el líquido que veloz e incesante por el acueducto se deslizaba. Retorcía sus manos en ademán desesperado i con voz apenas perceptible decía: Las golondrinas, los pájaros entran aquí i salen, las mariposas llegan, revolotean i se ván, las flores que arrojo al agua me sonríen agradecidas i huyen; mas yo, yo no tengo alas ni soy pequeña como esas flores dichosas, ¡no puedo salir, no puedo salir.....!

La demencia de Hermengarda era tranquila, no teniendo otra manifestación que las frases incoherentes que atropelladamente pronunciaba i su afán de salir del claustro tomando la forma de un objeto cualquiera, ya como un dulce por el torno, ya como la flor arrastrada por el agua, o convertida en pájaro, mariposa, etc. Pasaban estas crisis i quedaba muda, silenciosa, obedeciendo sumisa cual un corderillo lo que se le ordena-

ba, vagando sonambulesca e indolente por los anchos corredores i jardines.

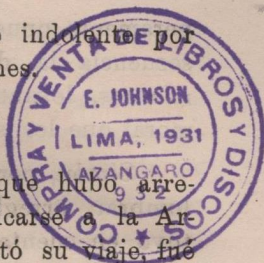
\*  
\* \*

El señor Tassara, luego que hubo arreglado sus asuntos, fué a radicarse a la Argentina. Lo que mas precipitó su viaje, fué haber vislumbrado en el hogar de Soledad ocultos pesares. La tristeza del semblante de ésta, bien claro se lo decía. No hallándose con el valor suficiente de intervenir en el flamante matrimonio ocasionando quizá una ruptura, huyó llevándose la esperanza de que el tiempo, experto pacifista traería la calma i felicidad al nuevo hogar.

La candorosa Soledad, recibió desde los primeros días de su enlace, una gran decepción. ¡Cuán distinto era el amanerado Simón sin aquel barníz de educación con el que aparecía en sociedad! ¡Cuán distinta la vida forjada en su cabecita soñadora.

Pasados los primeros meses de matrimonio, el voluble Simón satisfecho de lo que pudo ser un capricho, experimentó tedio i aburrimiento en su nuevo estado, volviendo ansioso a los desórdenes de su vida de soltería con la impetuosidad de un río en avenida.

Quizá si Soledad es voluptuosa i material, le habría detenido, mas su delicado tem-



peramento opuesto al de Simón i como consecuencia la diversidad de gustos i sentimientos, levantaría entre ambos una valla moral que los separase eternamente.

Simón, por el deseo de ostentar i deslumbrar, arregló con lujo su hogar, mas no tuvo en cuenta para nada el gusto i comodidad de su compañera.

Con la manía de llamar la atención dió constantes recepciones i tertulias, presidiéndolas Soledad con su aire habitual de elegancia i distinción.

De estas reuniones se hablaba en todos los círculos sociales i en todos los tonos; la nobleza metálica haciendo gorgoritos, exclamaba en alto timbre, estos o parecidos encomios: «¡Expléndida resultó la tertulia;! así se porta el que es de noble alcurnia, en esos salones campeaban arrogantes la nobleza, la distinción i elegancia, nada de *chusma* ni *gentuza* de medio pelo; por esto los grandes, solo debemos alternar con los grandes.»

Los periódicos al ocuparse en la sección social de tales tertulias, hacíanlo en estilo ditirámico, elevando a las regiones etéreas el derroche de gusto i elegancia que en ellas se hacían, la exquisita cultura i amabilidad de los dueños de casa; haciendo resaltar

con gruesos caracteres los nombres de los concurrentes.

Simón releía con delectación estas crónicas, aspirando entre el humo de un buen habano el incienso de la adulación quemado ante el ídolo de su fortuna, sabiéndole a mieles aquella amalgama de humos. En cambio Soledad, en un frunce de sus finos labios i en el encojer de los delicados hombros, daba a comprender el desdén hacia todo aquello en lo que veía al dios oro poderoso i erguido, recibiendo los honores i tras él, cual triste fante su poseedor.

¡Ah dinero que todo lo maleaba,! hasta la amistad que debería ser lo más santo é incorruptible que sobre la tierra existiera, no se libraba de su dañoso influjo. Repasando la tan larga lista de sus relaciones, cuan pocas, muy pocas merecian ese calificativo. Este i no otro, era el motivo por el que día, a día acrecía el número de misántropos. Corroborando sus ideas acudía a su mente aquel sentencioso decir del poeta:

«Tendrás muchos amigos  
si gastas oro;  
pero si no lo gastas,  
andarás solo:  
porque ahora es moda  
apreciar el dinero,  
no la persona.»

¡Oh,! viendo la vida así bajo el aspecto de tan oscuro pesimismo, ¿qué aliciente podía tener para ella? Si no creía en la amistad, si el amor era una quimera, ¿en qué iba a creer? No, preciso era reaccionar i ya que su clara razón, no le permitiría jamás ser tan optimista como el célebre Cándido volteriano, al menos con voluntad i paciencia desterraría del escenario en que actuaba tanta aridez i tristeza.

Seleccionaría amigas hasta dar con la verdadera i en el hogar con tino i sagacidad lograría volver en sí a Simón, atrayéndole con cariño a la senda del bien.

Desgraciadamente a este respecto engañábase Soledad, sus ardidez i prudencia, se estrellarían en la indómita maldad i atávicas inclinaciones del zafio.

Simón, lejos de guardar alguna consideración a su infeliz compañera, parecía alardear sus devaneos. Ya dejaba caer al descuido un pañuelito coquetón de mujer, ya quedaba un rizo de cabellos, o el billete comprometedor al alcance de la prudente i resignada Soledad, que muy pronto se dió cuenta del ánimo de su esposo.

No obstante, ella persistiendo en el empeño de atraerle, hacíase gran violencia por

dominar su justa indignación, redoblando en cambio mimos i prudencia.

Una mañana, después de la noche de orgía, levantóse mal humorado Simón. Soledad venciendo la gran repulsa que experimentaba i firme en el propósito de atraerle, saludándole cariñosa le dió en una de las abultadas mejillas un ósculo de perdón. El apartándose displicente la dijo con torpeza. «No seas tonta mujer, déjate de ridiculeces, eso está bien para los recién casados, nuestro matrimonio es viejo, muy viejo; además ten presente, que los halagos, como el dulce empalagan, empalagan mujer.» Dió media vuelta i girando sobre los talones i dando la espalda a Soledad, dirijióse al comedor, devorando con sus fuertes mandíbulas el confortable desayuno que sobre la mesa sus honores esperaba.

Pálida i desconcertada quedó Soledad de pié como enclavada en el suelo, como si el golpe brutal recibido en el corazón repercutiendo en el cerebro la hubiera atontado. Cuando le vino la reacción, tiñósele de vivo carmín el semblante i sin proferir una frase, dirijióse a su aposento.

No importa—pensó—continuaremos representando esta ridícula comedia social, que

sigan envidiándome; cumpliré mi deber hasta donde la dignidad lo permita.

Como recordó entonces Soledad una célebre conferencia dada por inteligente dama en cierta ocasión, aún escuchaba las frases convincentes i sugestivas; aquellos argumentos especiosos con los que habló a su candorosa imaginación de joven bonita. — »Señoras — decía entre otras cosas la ínclita conferencista — no necesitáis desflorar el campo del saber ni menoscabar vuestra salud con las penosas vigiliass del sabio, triunfaréis en la vida por el bien, por él dominaréis al hombre, ¡Qué bello i fácil de decir aquello, mas cuán difícil de realizarlo! Ella joven, buena i bonita, con muchas condiciones para el triunfo i no obstante no sólo veíase en la impotencia de domeñar muchas maldades, sino de triunfar en el reducido espacio del corazón de su esposo.

¡Ah señora! — exclamó Soledad con voz angustiada. — Cómo fuera posible que ocupárais un sólo día mi lugar i entonces cuán distinto sería lo que dijérais desde la tribuna.

Otra tarde que Soledad en compañía de unas amigas fué al cinema, Simón había regresado de un largo paseo poco antes de las ocho de la noche i al ver que ella no esta-

ba, llamó a la criada para inquirir por la señora. La sirvienta después de satisfacer las preguntas del amo, disponíase a retirarse mas éste la detuvo requebrándola.—¡Mire que el señor se propasa—dijo cohibida Inés,—mire que las bromas son pesadas, ¡qué diría la señora si le oyera! Nosotras las pobres no tenemos para el trabajo mas que la honra de señor.

— ¡Calla boba! que tonta eres, mira que te obsequio manta de seda i botinas de reluciente charol.

— ¡Qué gracioso, mi señor!

— ¡Guay la señora!—chilló Inés,

— ¡Psch, bah con la imprudente! rugió Simón.

— ¡Uf que asco, que asco!—gimió Soledad, que sin hacer ruido había llegado hasta presenciar la vergonzosa escena.

Simón levantando los hombros con desdén, tomó el sombrero i salió a la calle fumando con delicia un rico habano.

—Mujer imprudente es la mía—pensó—no debió oír, «quien escucha su mal oye» como lo dice bien el proverbio. He aquí otro de los defectos de que adolece la educación femenil, no se les enseña una de las cosas indispensables a su situación, como es la resignada prudencia. Si a esa cándida de

Soledad se le disipa el enojo bien, si no, cantaremos un himno a la libertad.

En tanto Soledad llena de dolorosa vergüenza reflexionaba en su triste situación; aquello era el colmo de la humillación, no solo se le ultrajaba en la calle sino en el hogar.

Vendada por la inocencia jamás creyó descubrir en la vida tanta miseria; adormida por sus ensueños de niña, su despertar de mujer era insoportable i cruel. ¿Qué hacer? Ella que había renunciado a la dicha ¿debía inclinar sumisa la cerviz a la ignominia con la pasividad de una acémila?

Soledad retorcia impotente la gruesa cadena con que estaba aprisionada, sin que a su imáginación acudiese una idea decorosa i salvadora que pudiera libertarla.

Perdida su individualidad i convertida en objeto de arte, comprado por su poseedor del seno de la familia i del seno de una sociedad egoista é intransigente, debía permanecer allí, ocupando el puesto señalado entre los objetos de aquella casa, aunque el dueño hastiado de ella, la menospreciase.

No le quedaba mas recurso que apelar a la fé implorando resignación; era mujer i debía sufrir las consecuencias de su sexo, la sociedad i el código estaban en contra su-

ya; ellos que jamás tomaron en cuenta para sus leyes i censuras la unión moral, la afinidad de las almas, sino la comunidad pecuniaria i las consecuencias materiales de la unión. Ante la dolorida imaginación de Soledad apareció el código civil con sus injustas leyes, estableciendo una profunda desigualdad en el matrimonio.

I en medio de este caos de injusticias del código—pensó—en esta inferioridad social en que está colocada la mujer; hay quien se vanagloria de que ella es la compañera del hombre; hay quien, con irrisorio sarcasmo, la proclama reina del hogar, tratando de ridiculizar i acallar a las que abogan por la igualdad de sexos, a las que pretenden ampliar su campo de acción en el saber i el trabajo.

Viendo Soledad coactada su libertad con las infranqueables murallas de los convencionalismos sociales, no hizo mas que cubrirse con el antifaz del disimulo i la hipocrecía, ocultando en el alma sus amarguras i rebeldías.

Tranquila i sonriente continuó en los compromisos de sociedad.

—¡Qué feliz eres Soledad!—solía decirle una amiga.

—Sí mucho—respondía ella ahogando un

suspiro, sonriendo con esa su sonrisa empapada en lágrimas.

Sólo cuando una madre, haciendo alusión, al porvenir de su hija, la decía que deseaba para establecerla un hombre de las condiciones de Simón, sólo entonces sentía un estremecimiento de horror, de piedad i respondía con marcada turbación:

—Sí, dice bien, —mas cuando decida establecerse, tanto usted como ella deben reflexionar mucho, estudiar con calma el asunto i recordar lo que casi nunca se tiene presente, aquello de que el matrimonio es para toda la vida; sí, para toda la vida.

Soledad quedaba meditabunda i su semblante velábase de profunda tristeza, en tanto que las últimas frases que acababa de pronunciar, repetíanse tenaces en su cerebro, con aquel eco lúgubre que, según algún libro místico asegura, escuchan los réprobos allá en lo incógnito, en el antro misterioso del castigo: «¡Nunca jamás saldrás de aquí!»!

En las invitaciones, en las espléndidas tertulias, los esposos del Valle representaban a maravilla su papel. Simón manifestaba a los amigos, ser el más dichoso de los mortales; Soledad era envidiada de las suyas, avivando en muchas el deseo de conseguir marido, haciendo que a San Antonio, protector

de solteras, le abrumasen con largos novenarios i peticiones.

Simón trataba a la señora con estudiado mimo i cortesía, ella correspondía con amable corrección; al quedar solos terminaba la representación teatral i ambos, mudos, displicentes i ceñudos marchaban cada cual a su aposento.

Soledad dejábase caer desfallecida en un asiento, contraidos los labios por un rictus de dolorosa ironía; la rectitud de su carácter, la nobleza de sus sentimientos, revelábanse en contra de la farza causándole malestar infinito i gran depresión nerviosa.

¡Esto es insoportable Dios mío!— gemía —Si la muerte es la única que legalmente i sin despertar murmuraciones puede separarnos ¿porqué no muerdo de una vez?

Soledad no tenía ni aún el consuelo de ver con libertad a su hermana; el esposo, como señor del hogar, se lo impedía.

La divisa de Simón, consumado fariseo, fué siempre guardar las apariencias, siendo su constante preocupación, el decir de las gentes i la agena opinión; por esto cuando Soledad intentó ver a Margarita, se exasperó, levantando la voz i exagerando la mímica cual un energúmeno. Aquello era un desatino, su posesión sufriría menoscabo, su

honor estaba de por medio, la creerían igual a esa loca de la hermana.

Confusa i dolorida escuchaba Soledad estas imposiciones i burlando la vigilancia, temblorosa i azorada como el que va a cometer un delito, llegaba a los brazos de Margarita.

Cuando la indiferencia de Simón por ella, llegó a su colmo, entonces pasó largas horas al lado de la hermana i de la pequeña Margarita.

Las pocas veces que logró hablar a Ruperto, Soledad agotó súplicas i argumentos para obligarle a la rehabilitación de su hermana, que hasta entonces no sólo no había efectuado, sino que día a día descuidaba las obligaciones adquiridas. Soledad tornaba a su hogar con el corazón opreso; a sus propios pesares uníanse los de su infeliz hermana.

¡Cuántas lágrimas vertidas juntas! cuántas violencias por domeñar los impulsos de venganza de la escarnecida víctima!

Margarita, en un arranque de justa indignación por la manera de ser de Ruperto, había manifestado a su hermana hacerse justicia por sí propia, ya que en tales casos no la había en este país para una mujer.

Si no fuera por tí—la decía ya le habría

Castigado como se merece; por mí no temo nada, mi nombre hace tiempo borrado está del pedante libro social, nadie tendrá en cuenta a la infeliz que un miserable sumergió en el barrizal de la deshonra.

¡Ah,!--veo en tu semblante dibujarse un gesto de incredulidad, ¿acaso no crees que el débil brazo de una mujer, no puede herir cuando a éste le guía el de la justicia?

En tanto que así hablaba Margarita, cruzaban por sus ojos de abismo destellos siniestros, cual chispas, al próximo contacto de cuerpos cargados de contraria electricidad.

Soledad estremeciase al escuchar a su hermana i con su voz suave cual una plegaria, dulce i balsámica, idónea para cicatrizar heridas del alma, le hacía ver las inconveniencias de aquellos impulsos recordándole a la vez su origen i religión. Terminando aquella tempestad espiritual de Margarita en bienhechor i copioso llanto.

\*  
\* \*

En casa de una amiga halló cierto día Soledad a Eduardo Meza, hacía poco había llegado de Lima; no obstante que ella sabía por los periódicos su regreso, experimentó extraña emoción al verle, el corazón parecía querérsele escapar del pecho.

No fué menos la recibida por Eduardo; que honda su pena al descubrir el cambio operado en tan pocos años, tanto en el físico como en el carácter de la mujer cuyo recuerdo no pudo desterrar de la imaginación.

Con aquella perspicacia i sutileza del amante, Eduardo comprendió que Soledad era infeliz en su estado i esta certidumbre hizo-le despertar su dormida pasión.

Desde aquel día espió i siguió los pasos de Soledad saliéndole en todas partes al encuentro; ella fué acostumbrándose a verle constantemente i a buscarle con los ojos doquiera que fuese.

Alarmada por los imperiosos mandatos de su corazón, puso en acción el cerebro, llamando en auxilio a la razón i a la voluntad.

Su clara inteligencia, el ejemplo de su desgraciada hermana i el comportamiento de su esposo, acallaron la voz de sus sentimientos deteniéndola i dictándole la norma de su conducta.

Soledad evitaba toda ocasión de ver a Eduardo, no iba a casa de sus amigas sino muy de tarde en tarde, mucho menos donde podía hallarle; no obstante pronto en el círculo de sus relaciones cundió rápida la noticia de sus amores.

Una tarde charlaba Soledad en casa de su amiga Vivorina Rocafuerte, de la cual recibía grandes demostraciones de afecto, cuando su agradable cháchara fué interrumpida por la llegada de las señoritas Puma, vestidas a la derniere como diría un francés i disputándose la supremacía de la fealdad como lo expresaría sinceramente un francote.

Al ver éstas a la señora del Valle hicieron una mueca de disgusto, jamás la habían visto con buenos ojos, su belleza las irritaba; por otra parte, habiendo ellas salido de la obscuridad por el rudo i bajo trabajar de los padres, quisieron deslumbrar con la regular fortuna que adquirieron, no soportando tranquilas, que alguien les hiciese competencia en la ostentación, motivos estos por los que cobraron inquina a la joven señora.

Presindiendo de toda educación i respeto, hablaban en secreto dirigiéndole miradas i sonrisas intencionadas.

Soledad se alejó de aquella casa con el corazón opreso, mas sintiendo tranquila su conciencia sonrió diciendo: «les devuelvo lo que merecen, mi mas grande desprecio.»

No bien acabó de salir Soledad del salón cuando las distinguidas señoritas Puma formando un barullo entre todas, daban la noticia de los amores de la señora del Valle

a grandes voces, entre aspavientos, frases de hipócrita compasión, mofas i risas.

Cansadas de remilgos i de hablar despropósitos, dejaron las señoritas a su amiga, llegando después de un momento otra nueva visita a saludar a la bondadosa Vivorina.

Después de los consabidos abrazos i besos, la dueño de casa hizo tomar asiento cerca de sí a la señora Brunequilda viuda de Urdiales, interrogándola con gran aspaviento.

—Sabes el notición del día?—la dijo

—No, qué de nuevas tenemos?

—Que será, sinó que esa loca de Soledad olvida sus deberes i va de picos pardos, muy amartelada con el ladino de Eduardo Meza; en tanto que el papanatas del marido juega al escondite por los arrabales.

—¡Ay, que horror, qué barbaridad;! el mundo está muy pervertido hija mía.

—Que si lo esta y cada día es peor; en mi tiempo no se veían estas liviandades, éramos tan recatadas.....pero ahora espanta tanto descaro.

Dices bien Vivorina, mas que le hemos de hacer; este progreso, estas modas que atraen las miradas del sexo fuerte, esta libertad; esta favorecedora semioscuridad del cine.....Pero, volviendo a Soledad, ¿será verdad aquello;? estoy intrigada.

—¡Bah,! tan cierta como esta clara luz que nos alumbra, aunque no falta algún piadoso o bellaco en asegurar ser platónicos amores. En fin hija, sea lo que sea, esto que te participo no es faltar a la caridad, libreme Dios de tal cosa, mucho mas teniendo que cumplir mañana con la iglesia; si te lo he dicho es porque guardarás el secreto ¿eh,? de lo contrario tendría algún escrúpulo de conciencia.

— Pierde cuidado Vivorina, queda tranquila, no diré nada mucho mas estando hoy de iglesia; pero insistiendo en nuestra historieta, ¿crees tú en la bellaquería del platonismo? Já, já, já, que se lo cuenten a Moya Cretino, que él apechugue esa paparrucha.

— Esas son tretas hija, pero dejemos esto i charlemos de lo que nos atañe.

— Sea.

— Supongo que mañana no faltarás a la sesión de la Liga i por la tarde a la procesión.

— ¡Oh imposible faltar, sé que van a tratarse asuntos de vital importancia para la Liga. I a la procesión seré la primera en llegar.

Brunequilda poniéndose en pié dió dos sonoros besos en las mejillas de su amiga despidiéndose afectuosa. Vivorina correspondió en igual forma la despedida, acompa-

ñó a su amiga hasta la puerta i como si experimentase alguna desazón en la conciencia la dijo:

— No olvides, querida, mi recomendación respecto al silencio del secreto de Soledad, es deber nuestro ocultar debilidades de sexo.

— Descuida, no lo olvido, adios.

Brunequilda, viudita divertida i de genio retozón, que por medio del dinero tuvo la suerte de hacer ciegas i sordas a sus relaciones, al extremo de no darse cuenta de sus travesuras; al salir de casa de la digna amiga, sentía el prurito de cháchara substanciosa, como ella le llamaba a esa, en que daba fuertes picotazos a la honra ajena.

Contoneándose bajaba por Mercaderes, cuando divisó a Fredegunda, acaudalada i refinada señora del campo.

— ¿Porqué tan de prisa querida, como estás?— Permíteme otro beso.

— No tan bien, ni tan encantadora como tú. ¡Jesús, qué besos los nuestros!

¡Latera,! más ¿qué dirán de nuestros besos si son tan sinceros? ¡Dónde vás?

— De compras.

— Bien, podemos charlar algo, dame el brazo.

— ¿Qué me cuentas Brunequilda?

— Una gran novedad, una gran nove-

dad hija, ¿sabes? la mosquita muerta de Soledad, está en grandes amores con Meza.

—¡Jí, jí, jí,! no me lo digas, ¡no es posible!

—¡Já, já, já,! ¡qué no es posible en este pícaro mundo, hija mía!

—Tienes razón Brunequilla, tienes razón. ¿Cuándo vas a casa para que me lo cuentes todo, todo con sus puntos i comas?

—Muy pronto estaré por allá, pero debo hacerte una advertencia, esto que te refiero no lo digas a nadie ¿eh?, no olvidemos la caridad, la bendita caridad. ¡Pobre Soledad, pobrecilla!

—¡Sí, pobrecilla,! pierde cuidado que no lo diré, mas siendo tú la que me lo recomienda, tan buena, con ese corazón tan noble, tan.....

—Latera, me abrumas; tú eres la buena, la generosa, la.....

—Zalamera, no prosigas; hasta pronto cholita.

—Hasta pronto, vida mía.

Fredegunda penetró a una tienda i Brunequilla continuó ufana su camino repartiendo sonrisas i saludos.

—¡Hola, hola!—exclamó Hienaira de los Ríos al salir de la pastelería i hallarse de manos a boca con la interesante viuda.

—Dichosos los ojos que te ven—dijo

Brunequilda a su amiga, en tanto que se cambiaban estrecho abrazo i dos sonoros besos en ambas mejillas.

—¡Qué feliz encuentro, vida mía;! aunque antes de pasar a tomar un refresco, ya te había visto de lejos, no pensé tener el placer de hablar contigo; vi que estabas acompañada con la *huachafa* Fredegunda.

—Sí, verdad, no me fué posible evadir el bulto de esa empalagosa pegoste, que por darse importancia, la mortifica a una con su saludo i melosa conversación, cree la muy *cursi* que sus cuatro reales la autorizan a mezclarse con la gente.

—Sí, es un atrevimiento, has debido dejarla plantada.

—Tienes razón, debí hacerlo; pero que quieres, este corazón, estos sentimientos.

—Se domina todo hija, primero es la posesión, i el linaje ¿qué dirán de tí los que te hayan visto con esa *tipo*?

—Dices bien, qué vergüenza! ¿Sabes? me dió curiosidad lo que me decía de Soledad del Valle i quise oirlo todo.

—¡Ah,! de Soledad se trataba; pero, mira entremos de nuevo a la pastelería, allí tenemos libertad para charlar un poco.

—Muy bien, aquí te diré lo que he sa-

bido i que sirva para tu capote, para que no vuelvas a casa de Soledad.

—Dime, qué es ello pronto, que muero de curiosidad.

—Pues hija, es la historia más vulgar de la vida; Eduardo Meza i Soledad del Valle se aman sin importarles un comino respetos sociales i las consideraciones que nos deben.

—¡Qué vergüenza, qué escándalo! i lo peor querida, haber sido amiga de esa canalla, como se conoce que lleva sangre plebeya.

—Así es, quién es ella, el dinero de su marido la ha levantado i corresponderle de esa manera ¡qué miserable!

—Al fin plebe hija, al fin plebe. Yo no vuelvo ni a mirarla.

—Ya lo creo, evitar hasta el saludo de esa gente.

Una damisela que desde una pequeña mesa observaba a las chachareras, al ver sus mutuas demostraciones de afecto, exclamó a media voz i moviendo a uno i otro lado la cabeza:

—Nada, nada, los besos de estas fulanas huelen a Judas traidor, ¡ay que asco!. Si estuviera en mi poder suprimiría todo beso que no fuera el maternal i el de verdaderos

amantes, los demás son doblemente microbianos, quitan la vida por infección i matan la fe del corazón, la fe del cariño.

Y aquí vienen, voy a divertirme de lo lindo, ¡qué pareja! Dios las cría i ellas se juntan.

Tanto por no dejar su sitio de observación, cuanto por echarles prosa con su vistoso traje i diversidad de anillos montana que sus manos adornaban, la damisela pidió nuevos refrescos i pasteles.

Brunequilda i Hienaira tan entusiastas estaban en su cháchara, que no se apercebieron de la observación que eran objeto. La escuchadora, muy indignada, no perdía frase i cuando oyó el retintín de la diferencia de clase i linaje sintió subírsele a la nariz la mostaza.

—¡Qué par de acémilas!—exclamó casi en alta voz,—venir con estos humos, alardear azulada sangre en un país democrático como el nuestro i en esta pequeña población en la que se conservan frescas las tradiciones; fuera en París, quizá sería difícil hallar el árbol genealógico, pero aquí, aquí, ¡qué chifla duras! I ese aspaviento de virtud ¡Dios santo! ¿Cuál delas dos arrojará la primera piedra? Por algo dicen «que de la mujer, su peor enemigo es la mujer.» Debo salir pres-

to, exaspéranme estas cosas i puedo cometer un desatino.

Terminado su monólogo i lanzando despectiva mirada a la pareja, alejóse la damisela con aire magestuoso i displicente.

—Vamos a casa querida—dijo Brunequilda poniéndose en pié.

—Gracias, es tarde.

—Hasta pronto vida, llévame el buche repleto de sabrosas noticias.

¡Jí, jí, hasta pronto amor, espérame con otras bien condimentadas i las tijeras finas, muy finas.....

Las señoritas Puma, reputadas como modelo de virtud, Vivorina, Hienaira, Brunequilda i Fredegunda, que se titulaban amigas íntimas de Soledad, se convirtieron en vocinas poderosas de su difamación. ¡Hermoso ejemplo éste de amistad, hermoso ejemplo de caridad cristiana!

Después de algunos meses de permanencia en Arequipa, Eduardo regresó a Lima por haberse cumplido el plazo concedido por sus jefes, llevándose la esperanza de que la ausencia i los pesares quebrantarían la inflexible voluntad de su amada.

Soledad retrájose cada vez mas de la sociedad, las distracciones i el mundanal bullicio le causaban daño.

Por afinidad espiritual buscaba a unas cuantas amigas, que, como ella no eran felices i allá en la intimidad vertía el con suelo balsámico de sus frases, levantando el deprimido espíritu con su ejemplo.

A Simón se le veía muy poco en el hogar i cuando le daba el capricho de almorzar o comer en él, llegaba a la mesa cual un extraño; saludaba ceremonioso a Soledad i tomando asiento distante a ella, charlaba indiferente de uno que otro asunto; de los negocios que se relacionaban con sus intereses, o de tal o cual sensacional noticia. Terminando el menú, ambos volvían a separarse con la misma indiferencia, sin dirigirse un solo reproche, sin pensar siquiera el día en que volverían a verse.

La salud de Soledad decaía visiblemente sin que nadie lo tomara en cuenta. Los pesares, aquellos obreros infatigables de destrucción, fueron minando lentamente su joven organismo.

Sin motivo aparente experimentó sacudidas violentas en el corazón, pinchazos como de alfileres, luego mas fuertes cual la mordedura de un reptil i por último como si le atravesasen un hierro candente en el delicado órgano.

Todo esto, era la señal de alerta que su naturaleza le daba, así lo comprendía ella; no obstante en vez, de preocuparse por su salud, la descuidó con secreta alegría i sin quejarse fué soportando en silencio los dolores i síntomas de una grave enfermedad cardiaca.

\*  
\* \*

Habían llegado los días de la cuaresma, aquellos en que el sentimiento religioso de la mistiana ciudad se hace más ostensible.

Era el Jueves santo i desde el medio día, escuchábase en el recojimiento silencioso de las calles, el acompasado ruido de pisadas i el sordo murmurar de padre-nuestros, de las estaciones rezadas por colegios i gente devota.

Por la tarde, Soledad, haciendo llevar el tradicional arroz de leche, los biscochos i el celebrado pan de dulce, llegaba a casa de Margarita.

Después de hacer los honores a las golosinas, salieron las dos hermanas por la noche a rezar estaciones.

Veíanse los templos profusamente iluminados, presentando el altar mayor un golpe de vista fantástico i caprichoso. La infinidad de focos de luz i ceras parpadeaban deslumbrando con su fulgor intenso, i formando curiosas i diversas figuras. Las plan-

tas de albahaca, receda i malva de olor, humildes i reverentes al pié del altar, embalsamaban el ambiente con su delicado perfume.

Negra hilera de muchedumbre, cual cubra gigantezca iba serpenteando por las aceras llenando el espacio con el eco de sus preces i el ruido de sus pisadas. Llegan de visita a un templo i vuelven a salir en dirección a otro; cesando el movimiento religioso mas o menos a las once de la noche.

Soledad i Margarita han visitado fervorosamente las siete iglesias que ordena el rito católico i vuelven cada cual a su hogar.

Al siguiente día envían sillas a uno de los portales para ver cómodamente la procesión; viéndose aquellos, desde las primeras horas de la tarde, ocupados por multitud de asientos que las familias hacen colocar anticipadamente para presenciar el solemne acto religioso.

La calma, la tristeza, el absoluto silencio que en aquel día reinan en la población presentándola cual ciudad desierta, se interrumpe desde las cinco de la tarde, hora en que comienza a salir multitud de personas de todas las clases sociales a reunirse en la plaza principal.

Para ese día se han guardado muchas economías que van a manos de comerciantes,

sastres i costureras. Allí, en aquella procesión, el que llega de fuera no podría distinguir a la rica heredera, de la humilde i trabajadora; el lujo lo iguala todo, lo sobrepasa todo, formando curioso contraste ese deslumbrante lujo con el triste i trascendental acto que se conmemora; aquella humildad i mansedumbre de la doctrina del Salvador, con la arrogancia i fatuidad de muchas gentes.

En los momentos de espera de la procesión, los portales ofrecen un golpe de vista interesante i divertido. El recojimiento i piadosos sentimientos, se esfuman en casi toda la concurrencia, convirtiendo aquel lugar en paseo recreativo y alegre; en el que algunas damas censuran el físico, o el corte del vestido de la compañera i los jóvenes flirtean; estableciéndose en gran parte del público el misterioso i sugestivo parloteo de miradas.

Los ojos buscan, sonrien, citan, prometen, repelen, suplican en tanto que los labios sonrien afectuosos, irónicos o desdeñosos. I en medio de aquella disipación de pensamientos i ánimos, aparece por uno de los ángulos de la plaza la magestuosa procesión rodeada de compacta i avigarrada multitud, de órdenes eclesiásticas i varias cofradías; ocupando el desfile religioso algunas cuadras de extensión.

La infinidad de luces de ceras, espermas i farolillos de cristal con los diversos colores de las insignias de cofradías, dan a la procesión un aspecto pintoresco i original.

Van delante algunos santos, luego el sepulcro de cristal que encierra la imagen del Redentor, en seguida va la Dolorosa, con su negro manto acompañada de pocas luces i una banda de música discordante que se pierde en la penumbra.

Mira, hermana —dice Soledad a Margarita señalando a la Virgen,—he allí nuestro modelo, ella nos enseña la resignación, el valor i el perdón.

Margarita no profirió frase, pero dirigió una mirada a la sagrada imagen, en la que se encerraba la mas férvida plegaria.

\* \* \*

Repiquetean alborozadas las campanas, el ruido de cohetes llena el espacio—sintiéndose fuerte olor a pólvora. La alegría contagiosa comunicase de persona a persona, que con risueños semblantes en un apretón de manos, o fuerte abrazo, se dicen: «felices pascuas».

La población aparece engalanada por la bandera nacional, viéndose de nuevo las calles i portales llenos de gente elegante que asistió a la misa de gloria.

En los hogares, en los restaurant, en las picanterías, festeja cada cual, mas o menos el memorable día de la pascua. Los hornos se ven invadidos por condimentados pavos, gallinas i lechoncitos que deben aparecer en una comida de familia o en la de etiqueta.

La madrugadora Soledad permanece en su lecho sin hacer el mas leve movimiento, no obstante que la vocinglería callejera llega estridente hasta el aposento. Aunque densamente pálida, parece dormir cual un niño rendido de fatiga.

Un facultativo comprueba el fallecimiento repentino de Soledad debido a fuerte angina de pecho.

Por una sirvienta recibe Margarita la infausta noticia. El primer impulso de la desgraciada fué correr al lado de la muerta, pero la criada la detuvo recordándole el carácter intransigente de Simón, era exponerse a un doloroso desaire.

El desespero de Margarita no tiene límites, ni el llanto i caricias de su hija lo atenuaban. Entre tanto en una habitación contigua, celebraban la pascua!

¡Como hieren, como duelen estos contrastes de la vida!; escuchar las risas i alegría de la dicha, cuando el alma desfallece de dolor!

La vocinglería de aquella gente llega clara i despiadada hasta Margarita; sus sollozos confúndense con el rasgueo de la guitarra, el golpe de un cajón i el constante zapateo.

Simón, después de salir airoso en la representación del último papel de marido modelo, honrando los despojos de su compañera como correspondía a su ilustre prosapia, emprendió un largo viaje de placer por Europa.

Margarita comprendió muy pronto que al perder a Soledad, no solo perdió a la hermana sino un gran apoyo material.

Ruperto, día a día, tué manifestándose ante su infeliz compañera en toda su deformidad moral. Su pasión favorita del juego acreció alarmante, no importándole los lugares mas bajos, ni miserables <sup>f</sup>para satisfacerla, ni deteniéndose ante la idea de sacrificar lo mas útil i preciso.

Con el cuello del gabán alto, el sombrero cubriéndole los ojos i rehuendo las miradas de personas conocidas, llegaba a la apartada tahurería de asiáticos i mezclándose con gente burda i soez, botaba hasta el último céntimo que le quedaba en el bolsillo.

Cuando la suerte le era propicia, destinaba el dinero ganado para derrocharlo con

alegres mujerzuelas de los arrabales; en cambio cuando esa suerte le era adversa, llegaba al hogar de Margarita i grosero i mal humorado sacaba un mueble o le quitaba alguna prenda de valor. Si la desgraciada se oponía, él, cobarde i alardeando villanía la hería no solo de palabras sino de hechos.

Por la incalificable conducta de Ruperto, Margarita fué cambiando rápidamente de la regular situación en que la colocara en los primeros tiempos de bonanza. De la casita cómoda i alegre de bonito jardín, pasó al incómodo i reducido departamento i de allí a la habitación de apartado barrio.

El mobiliario sufrió así mismo diversas modificaciones, hasta quedar reducido a unos cuantos asientos deteriorados i a un lecho pobre e incómodo.

Cuando Ruperto no tuvo en aquel desmantelado hogar nada que llevar a la tahuería i ahito de súplicas i lágrimas, resolvió poner en práctica los consejos de su madre; dirigióse a un lugar determinado de la sierra del sur. Allí, con sus consabidas patrañas, engatusó a una poblana, convirtiendo el matrimonio en lucrativo negociado; entrando en posesión de bohíos, terrenos i todas aquellas riquezas largo tiempo ambicionadas.

El día de la boda de Ruperto, la madre elevó al cielo los ojos i con gesto cómico le dió gracias por haberle concedido la realización de sus hermosos ensueños i abrazando jubilosa a Ruperto le dijo: —¡Hijo mío, cumpliósese al fin mi pronóstico!; ahora lo demás, es lo de menos.

Margarita no vertió lágrima por el definitivo abandono de su amante, antes, bien al verse libre, parecióle apercibir un rayo de luz en la tenebrosidad de su desgracia. Lo único que la preocupaba era sostener a su hija i vivir de su trabajo honrado. El desencanto recibido por el hombre intensamente amado i su naturaleza inclinada al bien la hizo sentir horror por la degradación. Su espíritu purificado por el sufrimiento sentía la sed de la regeneración i el único medio que estaba a su alcance para esa regeneración era el trabajo; el sudor de su frente sería el óleo santo que la purificara. ¡Mas ay!, ¿en qué trabajar en un país en el que hasta el sueldo por vender flores i cintas era disputado por el hombre? ¿En qué trabajar cuando a ella señorita engreída por la posesión i belleza, apenas le habían enseñado una que otra insignificancia? Es cierto, sabía condimentar con gusto i arte los alimentos, entendía algo de lavado i costura, conocimien-

tos éstos para hacerlos ejercer en el hogar tranquilo de una esposa feliz; mas, ¿de qué podían servirle en su difícil situación? Podía acaso ganarse la vida ejerciéndolos?

¿Qué hacer? Tomar en manos la costura único recurso de las desheredadas; único trabajo medianamente decoroso i pésimamente remunerado con el que debe vivir en este país una mujer honrada; dejando en la máquina de costura, compañera de infortunio, todas sus energías, obteniendo como recompensa la tuberculosis i otras dolencias físicas propias de la delicada naturaleza femenil.

Margarita, antes de resolver su gran conflicto económico, fué en busca de un inteligente casuista; este entre amonestaciones i alentadoras frases de bondad, dióle algunas tarjetas de recomendación para sus virtuosas feligreses e hijas de confesión, con la idea que en el hogar de éstas hallase decorosa ocupación.

Las señoras leyeron las tarjetas dando unas fútiles pretextos, evadiéndose así del compromiso; otras haciendo girar la tarjeta entre los dedos, sometieron a la joven a ocular i significativo examen, terminando por ofrecerle mucho sin la mas leve intención de cumplir nada.

Estas damas, ante la belleza espléndida

de la joven, experimentaron ese miedo cervical del que vislumbra inevitable desgracia. Margarita era un peligro, una amenaza para el hogar. Caridad implorábanles i una voz íntima i persuasiva respondió a este llamamiento diciéndoles: «La caridad bien entendida empieza por una misma.»

Aquellos ojos de la recomendada no eran idóneos para el trabajo, estaban destinados a la fascinación; esas manos sedeñas eran adecuadas para la caricia, no para el manejo de la aguja o la escoba.

Por estas prolijas observaciones, con estudiado fingimiento i fingida cortesía, cerráronse todas las puertas a la animosa trabajadora. Rendida de cansancio i tristemente decepcionada tornó a su hogar; no le quedaba otro recurso que coser, coser aquella burda costura de mercado con la cual ganaría treinta céntimos en catorce o quince horas de rudo i fatigoso trabajo!

Margarita se puso en ejecución de su ardua tarea salpicándola de lágrimas rebeldes, como protesta silenciosa, pero elocuente, de la pésima remuneración del trabajo de la mujer en el Perú.

Margarita va ella misma en busca de esa costura, la que terminada, lleva a los diversos lugares donde la recibió.

Una tarde a la hora en que se nota alguna animación por las céntricas calles de la población se ve constreñida a llegar hasta la plaza principal en la que se da una retreta. En los portales pasean elegantes damas, acicalados jóvenes en espera de un *rendez-vous*, o entretenidos en alegre *flirt*.

Margarita mézclase a esa multitud en la que muchos llevan la cabeza enhiesta i van hinchados de orgullo i fatuidad, mirando despectivamente, caminando con lentitud, como si el espacio en que actúan, el mundo todo, fuera pequeño, estrecho, é insuficiente para contener tanta dignidad, tan grande alteza.

Margarita lleva alta la frente i en su semblante pálido, asoma el carmín del rubor al sentir posarse en él curiosas e investigadoras miradas.

Algunas damas ni aún se dignan mirarla, otras la ven desdeñosas con insultante i sarcástica sonrisa, deseosas de hacerle comprender que es una intrusa, que es un desatino llegar hasta ellas con su humilde tocado.

Ya fuera que al que está en la desgracia, evitan muchos reconocerle, o que la transformación de niña en mujer hubiera operado un cambio completo en el físico de Margarita; ello es que nadie pareció darse

cuenta de que era ella, no obstante que en aquella multitud, habían algunos que fueron agazajados en el hogar de la desventurada joven i le brindaron su amistad.

Algunos paseantes imaginan es de la comparsa de las vendedoras de caricias, que pululan en los lugares de mayor concurrencia i con este error de concepto, la requiebran con frases irrespetuosas i atrevidas. Otros, atraídos por su belleza, indagan quién es ella i de sus investigaciones deducen que no es una vulgar, bajo la sencilla vestimenta adivinan a la dama arruinada; se veía que estaba en la miseria, buen incentivo este para la fácil conquista.

Margarita se detiene ruborosa i palpitante delante de una tienda; la dueño no está, la dependiente la recibe con ese aire indiferente i desdeñoso con el que muchos creen tener derecho de tratar a los que imaginan inferiores a ellos.

La joven teniendo urgencia del pago de su trabajo espera de pié i en la puerta el regreso de la dueño. Varios jóvenes se le acercan i entre zalameras galanterías le hacen groseras propuestas.

Cada uno de estos ultrajes le desgarran el corazón; su orgullo, su dignidad, sublébanse, protestan. ¡Oh mundo inconsciente, con-

fundir siempre la desgracia con el vicio, la abnegación i sacrificio, con el mas sucio i vil mercantilismo!

Muda, dolorida, con los apretados i descoloridos labios por justa i noble cólera, prosigue en pié como enclavada en el sitio, siendo blanco de los mas crueles vejámenes.

La luz artificial con la pálida de la tarde que huye, daban a Margarita aspecto peculiar. La negrura de su traje hace resaltar su marmórea palidez, formando gran contraste el relampaguear de sus ojos luminosos con la apacible dulzura de su semblante.

Las campanas de los templos dan soñolientas las plegarias de la hora vespéral i el quejumbroso tañer diríase repite a Margarita estos versos del poeta pletóricos de amarga verdad:

«Pobre mujer que abandonada i sola  
Sobre el oscuro i negro precipicio,  
En lugar de una mano que la salve  
Siente una mano que la impele al vicio;  
I que al fijar en su redor los ojos  
I a través de las sombras que la ocultan  
No encuentra mas que seres que la miran  
I que burlando su dolor la insultan.....»

## V

La fiel criada de Margarita presencia asombrada todas sus cuitas i angustias, así como la entereza con que rechaza las lucrativas propuestas de seducción, siendo esto para la sencilla ignorancia de Marta un enigma.

La veía sana, rebozando juventud i belleza i moralmente nada tenía de tonta. ¿Por qué se empeñaba entonces en sufrir? ¿Por virtud? En su ya larga existencia no había visto tales heroísmos. ¿La detenían acaso las consideraciones i respeto a los demás? ¿Quién la consideraba, quién pensaba en ella?

Para Marta, ese rarísimo ejemplo de sacrificio, de renunciamientos i de amor al sufrimiento, le inspiró al principio respetuosa curiosidad; luego veneración, imaginando que su ama quería imitar la vida de una de aquellas santas, cuyos heroísmos describen i ensalzan los libros místicos.

A esta admiración i cariño de la buena mujer, se unió una gran compasión, al extremo de rechazar la retribución pecuniaria de sus servicios.

Cavilando en los males que affigían a su querida señora, vino a dar en la arraigada idea popular, de que le habían hecho malefi-

cio, aferrándose esta idea en su candorosa imaginación hasta convertirse en una obsesión.

No había duda, su desgraciada señora estaba bajo el poder de extraña i perversa voluntad. Quien sabe si Luzbel añorando su extinguida belleza i poderío, se vengaba haciendo daño a las criaturas que aquí en la tierra hallaba con alguna perfección, ya que no le era dable hacer nada en contra de los angélicos espíritus que dejó allá en la celeste mansión.

El muy envidioso, para llevar a cabo sus maldades, se valía de alguna bruja; por felicidad no faltaría otra que desatase el lío y quitase los resabios de su colega; lo urgente era hallarla i hallarla con premura.

La criada con abnegación e interés dignos de encomio, se propuso buscar un brujo o bruja para encomendarle la benéfica labor de mejorar la suerte de su ama; no deteniéndola en su propósito ni el temor de hárselas con aquellos seres excepcionales i peligrosos; iría si preciso le era, hasta el mismo aquelarre escogiendo allí el brujo de más fama.

Cierto día después de obtener de su señora el permiso conveniente, Marta se enca-

minó al atardecer, a uno de los apartados barrios de la población. Jadeante i sudorosa detúvose frente a una vetusta casuca que sobre el dintel de la puerta ostentaba una banderita, haciendo mofa de la insignia nacional; viéndose a la entrada i a manera de caballete de pintor, un terzo lienzo pintarrajeado, representando un paisaje en el que se destacaba el arrogante Misti expeliendo gran bocanada de humo. Al pié del churrigueresco paisaje, aparecía en gruesos caracteres el letrero que decía: «Picantería del Misti.»

Dentro de la casuca i a un costado de verde enramada, aguardaba paciente el pianito de manubrio listo a ejecutar el entusiasta baile popular.

— Buenas tardes *nos dé Díos* — dijo Marta entrando bajo el agreste toldo, saludando con franca sonrisa a un grupo de personas que rodeaban una mesa con sendos vasos de chicha i diversidad de platos de picanterías.

— Buenas las tenga doña Martita, dichosos los ojos que la ven — respondieron en coro los comensales poniéndose en pié, abrazándola unas, dándole fuerte apretón de manos otros.

— ¿Qué ha sido de su buena vida, que tan poco se le ve?

—Por ahí, por ahí, bregando i padeciendo que esta es la vida del pobre—respondió Marta con gesto cómico i exagerada mimica.

—¡Qué milagro Martita que se acordó *usté* de santa Bárbara!

—Imposible dejar de dar un abrazo hoy a la mas buena moza i querida de mis comadres.

—Gracias mi Marta, venga *usté* por aquí a mi lado i tomemos una copa.

—Propongo esta copa por doña Barbarita—dijo con sonora voz uno de los invitados poniéndose en pié i levantando a lo alto el vaso—porque los cumpla muy felices i que se conserve siempre gorda, hermosa.

—Gracias, gracias, yo por ustedes—respondió la del santo haciendo un mohín, muy satisfecha por los cumplidos que se le tributaban.

Cuando el entusiasmo de los brindis hubo calmado, Marta con la idea de socorrer a su señora, suscitó la convesación de hechizos i brujerías.

La concurrencia toda, como por ensalmo quedó meditabunda i silenciosa.

Un carcamal de mujer rompiendo el imponente silencio, asegura haber visto a un amigo víctima del maleficio. Su delito para hacerse acreedor a tan grave castigo fué la

inconstancia en el amor i falta de abnegación para convivir con su amante que, con el trascurso de los años se puso muy fea i roñosa.

En consecuencia el amigo, amigo de la estética dejó plantada a su malhadada compañera; ésta no conforme con el abandono, contó a una bruja su cuita, suplicándole que si el ingrato persistía en no volver a su lado, le castigase como se merecía.

La tuna de bruja, transformada en muchacha encantadora, fascinó al veleidoso, dándole a beber en seguida un vaso de chicha que contenía unos polvos misteriosos, los cuales le trastornaron la razón, yendo por este motivo a dar no ya en los brazos de la amadora, sino en las fauces de la llamada casa de locos.

—Que se enfrían los picantes—arguyó la del santo—dejemos de hablar de estas cosas que muero de susto.

—Escuchen ustedes, escuchen ustedes—agregó uno instigado por Marta—no se opone hablar i comer; además esta conversación es muy importante, porque nos enseña a ser listos i librarnos de mucho.

Habla usted como una biblia—apuntó una ex-preceptora normalista de niñas, que aprovechaba toda ocasión para probar a la

conurrencia su intelectual supremacía; —no siempre se ha de ocupar uno del alimento, del calor o frío, preciso es charlar una que otra vez de lo que atañe al espíritu, de lo que es difícil comprender para poner en juego la razón i la inteligencia.

—Muy bien, muy bien doña Indalecia, —respondieron en coro, —un trago por su discurso, *salú, salú*, i que hable don Aniceto.

—Bien, —respondió el aludido—yo conocí a un pobre hombre que por echar el ojo a las buenas mozas, su mujer le hizo hacer maleficio i de lince i travieso el muchacho, le volvieron tonto i bruto mas que un topo. Era de vérselo, todos los días la pasaba espantando los bichos que se aproximaban a la mujer, o pasteando el hato de cerdos que ella criaba.

—¡Toma por mal hombre,! ;toma por olvidar tus deberes! —rugió con despecho una comadre.

—Para algo bueno sirven las brujas—arguyeron las demás.

—Felizmente hoy no es martes, ni viernes—dijo una joven pispireta—de no, habría sido imposible tratar estos asuntos, pues que las brujas i brujos parece que en aquellos días descansan de hacer travesuras i se ejercitan en su don de adivinación i si de ellos

se ocupan soplan en venganza la cara quirquinchada.

—¡Ay que horror! Dios nos guarde exclamaron a una los oyentes.

—I usted ¿qué nos cuenta doña Indalecia?—interrogó Marta.

La ex-maestra tomó su aire de superioridad i con tono pausado respondió.

—¡Oh, el poder de las brujas! En cuestión de amor hacen diabluras sin fin: Si su novio se le va o se pone frio i le viene con remilgos i pucheros, no hace usted mas que llevar un poco de cabello, el recorte de las uñas i con ellos preparan una pócima que, dándosela al engreido, le enciende la extinguida pasión i torna a sus plantas rendido i amartelado cual un palomo.

Las prendas de uso personal del amado son así mismo de gran importancia en manos de los hechiceros, sirven hasta de terrible arma para sus castigos. Si está usted casada i su marido la maneja a mojicones i le hace chirlos en la cara; la bruja le domestica poniéndole suave i buenito cual tierro corderillo. Hay que advertir que los malficios i demás operaciones de brujería las hacen a perfección los brujos, porque, según los experimentos i estudios psicológicos i fisiológicos que han llevado a cabo hombres

de gran ciencia como don Moebius, Proudhon i otros, comprueban que los de sexo masculino poseen mayor capacidad cerebral que nosotras, siendo por consiguiente lógico, que obedeciendo una ley natural, los hechiceros i brujos sean mas talentosos que sus colegas. (?).

—Exactamente, es la verdad, así es,— sentenciaron los hombres asombrados de la verbosidad i sabihondez de la normalista, sonando a sus oídos aquel discurso con la sonoridad i variaciones de música incomprendible i por primera vez escuchada.

Las mujeres cohibidas guardaron respetuoso silencio, no atreviéndose ninguna a protestar por aquella inferioridad mental, no obstante que en sus novios i hermanos veían palpables ejemplos de identidad intelectual respecto a ellas, mas cuando la Indalecia lo decía, «estudiado lo tendría».

La del santo poniendo los ojos en blanco, dijo entre hipo a su vecina:—«Yo haré que mi hija estudie *pa* normalista, esas si que saben de veras»

—Hará *usté* bien doña Barbarita, que estudie *pa* normalista i ponga su colegio ¡Jesús María, ya imagino las discípulas!

Marta satisfecha del poder de la bruje-

ría inquirió por la guarida de uno de aquellos seres misteriosos.

Una risa general acogió la petición de Marta creyendo que el móvil de sus indagaciones obedecía al deseo de venganza por cuestión celos.

—Comadre, celosa esta usted del Juan, del que santo parecía. Mire, no le haga caso, despréciele que los hombres, todos son hechos por el mal.

—No, que le castigue, —agregó otra— No faltaba mas, hacerle fieros con la fea Petuza, siendo *usté* tan buena moza.

Otra risa general sacudió a los concurrentes y cuando se hubieron calmado Marta dijo con cachaza:

—Bien, bien, sea lo que indago para lo que sea, «cada cual a la suya i Dios a la de todos»; desaten pronto la lengua i digan el lugar donde habita un buen brujo o si conocen el lugar del aquelarre, que yo escojeré al que mejor me plazca.

Un anciano complació a Marta dándole la dirección del hogar de una notable hechicera.

La del santo insistió en no ocuparse mas de brujería haciendo ver que perdían un tiempo precioso de jolgorio.

—¡Bravo, bravo! —repetieron varias vo

ces—El de la guitarra a rasguitar la retozona marinera, componga la voz i suelte la de san Miguel al amanecer i al anochecer.

—Ahoguemos las penas i sustos en el jolgorio que la vida es corta—sentenció la normalista.

—A sacudir la polilla, a botar una cana al aire, para algo se trabaja—exclamó jubilosa la del santo, haciendo girar en torno de su cabeza un blanco pañuelo.

¡Jaleo, jaleo! Salerosa es la comadre, muy bien, muy bien; dos, dos, que se repita, que se repita!

\* \* \*

Temerosa Marta de que su ama no siendo supersticiosa, diese al traste con su caritativa obra, se valió de un subterfugio para llevarla ante la bruja.

—Señorita, - la dijo—de una manera casual he descubierto que en Caima hay una mujer que lleva ropa hecha al Sur, sería conveniente ir allá.

—Gracias Marta—exclamó Margarita, brillándole en los ojos un rayo de esperanza—iremos mañana mismo.

Rendidas de cansancio, llevando en brazos a la niña, llegaron ama i criada a casa de la bruja Anastacia. Margarita muy sor-

prendida ante la destartalada habitación que se le ofrecía a la vista, quedó silenciosa examinándolo todo; después de tomar el asiento que una mujer les indicaba. El techo era de negrusca i ahumada paja, ojoso, recubierto de telaraña, penetrando por los diversos huecos, juguetones rayos de luz; las paredes de barro quebrajoso de las que pendían algunas cruces de ramas i flores secas i entre éstas, dos cuadros místicos cubiertos por densa capa de polvo; sobre el dintel de una pequeña puerta veíase un cuadro de la virgen del Carmen en mejores condiciones que sus compañeros, teniendo delante una tabla por repisa i sobre ella, un jarro de barro con frescas flores. El menaje de la habitación lo constituía unas cuantas sillas i bancos de madera, sucios i deteriorados, varios útiles de labranza en desorden i una mesa rústica i mugrienta.

Abrióse sin ruido la puerta que encima tenía el cuadro de la virgen del Carmen, apareciendo en el umbral una anciana escuálida i encorvada, llevando flotantes i en desorden los pocos i blancos cabellos. Adelantándose hacia sus visitantes, tiende la rugosa mano diciendo en gutural acento:— Bien venidas seais señoras, ¿en qué puedo servirlos?

Margarita respondió el ceremonioso saludo con una ligera inclinación de cabeza, rozando apenas con la punta de sus afilados dedos la mano de la mujer.

Marta correspondiendo con mas efusión el saludo, inquirió temblorosa:

—¿Usted es doña Anastacia Barriga, verdad?

—La misma en carne i hueso *pa* servir a ustedes.

Marta, sin dar tiempo a que Margarita despegase los labios, explicó temblorosa i atropelladamente el objeto de su visita. A su ama le habían hecho *daño* i suplicaba a la bruja la librase cuanto antes de él.

Margarita asombrada se puso en pié queriendo inútilmente convencer a la criada el error en que se hallaba. Esta suplicante quiso a su vez llevar al ánimo de aquella, el convencimiento del ilimitado poder de la hechicería i, aunque no lo consiguió, por lo menos obtuvo que por curiosidad escuchara la interesante conversación con la bruja.

La supuesta hechicera se esforzó así mismo por hacer creer en sus patrañas a Margarita i al ver que todos sus argumentos fracasaban, sacó de un oculto bolsillo un paquetito i mirándola fijamente la dijo:

—Mire señorita, voy a proporcionarle a-

usted un precioso talismán i con él obtendrá amor, salud, bienestar, dicha, en fin, todo lo que apetezca. Lo que sí, el amuleto es caro, mas si se toma en cuenta lo grandioso de sus beneficios resulta sumamente barato.

—Grosera superchería —pensó Margarita i en alta voz dijo:—Gracias señora me es imposible obtener el sobrenatural amuleto, guárdesele.

—¡Por favor señorita!—suplicó Marta estremecida de terror i aproximándose a su señora la dijo al oído:—No rechase el amuleto de esa manera; se lo pido encarecidamente; la bruja se vengará i saldremos de aquí peor de lo que llegamos.

La medrosa criada pensando que su buena acción iba a costarle caro, abrió su portamonedas i sacando un sol dijo a la bruja:

—Mi buena doña Anastacia, si le fuera posible dar el precioso amuleto a cambio de esta pequeñez. Usted mejor que nadie, lo sabe, ya sabe el agotamiento de nuestro bolsillo, apenas este sol le alentaba.

La especuladora viendo que las clientes no eran de las que podía explotar, quedó un momento meditabunda, luego con aire de bondadosa compasión respondió:

—Francamente, si no fuera por mejorar la condición de este ángel, no lo daría tan

barato; en fin, que le hemos de hacer; esta sensibilidad del corazón es perjudicial. Ahí tienen el amuleto i venga el sol.

Ya en la calle Margarita dió expansión a su risa i cuando se hubo calmado, dijo en tono de reproche a Marta:

—¿Es posible que siendo tu racional creas en estas farsantes? Si tuvieran el poder que se les atribuye, ¿no serían las primeras en cambiar de posesión?

—Ay señorita, ahí esta su castigo, porque como ellas todo lo hacen por la intervención del demonio, Dios permite den la felicidad a sus semejantes i nada para ellas, siendo esto el suplicio de las brujas.

—Nada, nada hija mía, todo esto no es mas que supercherías para engañar a ilusos.

—Bien señorita, bien, respondió Marta resignada mas no convencida.— ya que usted lo dice, sea, pero hágame el favor de guardar el amuleto.

Margarita compasiva lo tomó, mas no pudiendo dominar su curiosidad, desdobló el paquetito no obstante las protestas de la criada; hallando en él retacitos de piedra imán, huecesillos i rojinegros güairuros, objetos estos que, según la bruja, debían trocar la desdichada suerte de Margarita por otra venturosa.

Al notar que su ama iba a dar al traste con el amuleto, Marta, cogiéndole presurosa, lo guardó reverente cual lo haría con bendita reliquia.

\*  
\* \*

La situación de Margarita lejos de mejorar empeora i el amuleto continúa olvidado en el rincón donde lo guardara Marta. Esta muéstrase triste, inquieta i preocupada. Su marido no hallando trabajo en su país, la obliga ir a buscarlo a Iquique.

No sabe Marta lo que le pasa; al pensar abandonar a su joven e infeliz señora, siente opreso el corazón. Un secreto presentimiento la dice no volver a verla.

Varias tardes se posó en al añoso molle de la casa, el buho i su graznido estremeciéndola de terror, le heló la sangre en las venas. ¿Qué próxima desgracia le anunciaba el lúgubre canto del ave fatídica?

—¿Ella, o su ama iba a morir?— ¡Bah! ¿Porqué no sería una de las vecinas?

¡Qué nervios, que la ponían en tan lamentable estado! I luego aseguraba la gente acomodada i engreida que solo ellas sienten el efecto de las nevadas, queriendo negar a los pobres su delicado sensorio. Sus

congojas i temores, ¿no eran acaso la consecuencia de la nevada, de aquellas nubecillas blanquecinas que se extendían perezosas por el azul firmamento, de aquel pálido sol que no alumbra ni da el calor de otros días? Verdad que su compañero el pequeñín Bobi aulló varias noches a la puerta de la cocina; mas ¿porqué tomar esto en cuenta;? estaría de frío el animalito, quién sabe si se le indigestó el alimento. ¡Qué! ¿acaso por ser perro había que negarle también que tenía estómago, como a ella le negaban la sensibilidad?

La supersticiosa Marta procuraba tranquilizarse con estas i otras razones, mas todo era en vano.

En su inculto espíritu hermanábanse tranquilamente la superstición mas grosera, con el misticismo más exagerado i extravagante.

Para que le fuese bien en el camino i no le ocurriese mayores desgracias en su ausencia a la señora, encendería ante la Virgen una vela muy grande i otra a San Antonio, i para que el santo la escuchase i no se hiciese el sordo, lo pondría de cabeza. No le cabía duda, los excelsos protectores la ayudarían allá, ya que hasta entonces no le habían hecho caso. Le harían reunir un buen

capitalito para después volver al lado de la señora i manifestarle en mayor amplitud su cariño.

Llegó el día de la separación i la buena mujer abrazando a Margarita, haciéndole nuevas protestas de afecto i besucando llorosa a la nena, alejóse de aquella casa para ir en un enganche al Sur.

No siéndole posible a Margarita continuar abonando el alquiler de su reducida vivienda, va con su hija en busca de un asilo a una casa de misericordia. La abadeza la mira detenidamente; limpia con la punta de un pañuelo sus lentes i volviéndoselos a colocar, somete a nuevo exámen a la peticionaria.

¡—Huy,! muchacha bonita i con fruto. ¡De ningún modo! Cuando el diablo de hermitaño se disfraza, llevarse alguna alma quiere. Imposible que esta fulana pueda amoldarse a las santas prácticas de ésta casa.

Después de estas silenciosas reflexiones la abadeza la dijo en alta voz:

—Señorita, siento manifestarle que las jóvenes i fuertes, difícilmente hallan espacio aquí; damos preferencia a la senectud, a las que les cuesta más ganarse la vida; con todo, quizá usted lo consiga buscando algunas tarjetas de recomendación para el síndico.

Debo advertirle además, que en estas reducidas habitaciones se acomodan como pueden dos o tres personas; aquí no hallará la luz i ventilación que los higienistas recomiendan como indispensables para la vida, la admósfera que se respira, es la de una antesala de muerte. Que quiere usted, voluntad i caridad nos sobra, mas lo esencial para hacer habitables estos cuchitriles, falta, falta el dinero.

—Bien señora, hasta la vista—dijo Margarita, saliendo en alas del miedo, huyendo de aquel centro de miseria i de la bondadosa abadeza.

Margarita se ve constreñida a ir ella misma al mercado i en este lugar observa mas terrible la lucha por la vida, ofreciéndosele la miseria bajo todas sus faces. Allí aparece el vendedor ambulante, deteniendo a los transeuntes ponderando las cualidades i supremacías de sus artículos; allí los farsantes ofreciendo al público remedios maravillosos, jabones i cosméticos que perpetúan la juventud i embellecen el semblante; allá la ridícula figura del sacador de muelas, vestido de negro frac, corbata, chaleco i guante blanco, lustroso i alto sombrero, zapatos de charol i medias de llamativo color. Diríase que este singular personaje se

prepara asistir a una tertulia, o a perorar desde una tribuna, no obstante su puesto es la tosca silla de madera que le sirve de pedestal desde la cual invita que prueben su maestría en la extracción. El ¡ay! lastimero del cliente es apagado por la música discordante que un ayudante hace sonar oportunamente. Para resarcirse del gratis trabajo, el operador vende el misterioso remedio del portátil botiquín, con la buena intención de evitar al cliente una mala complicación. Acá el embustero trafica el porvenir de las gentes con sus pájaros amaestrados. Acullá la rifa que encantusa a las personas haciéndoles abonar el doble o triple del costo de cada objeto. Ahí pordioseros mendigando con dolorosa entonación, aceptando de limosna, las piltrafas que no han podido convertirse en dinero. Rapazuelos de ambos sexos ejercitándose en el pillaje, ejecutándolo según la recibida lección cinematográfica; o moviendo a piedad, implorando la limosna para la madre agónica, para los huérfanos pequeños.

Al ver Margarita a estos niños frutos precoces del infortunio i el vicio, futuros moradores de la cárcel i el panóptico, siente un estremecimiento de horror i piedad, mira a su hija con la angustia en el alma es-

tréchala entre sus brazos, la oculta en su maternal regazo como si quisiera librarla de un peligro que próximo la amenaza.

—Ve hija mía—dice a la pequeña mostrándole una sagrada imagen, pídele que nos dé el pan de cada día i te libre de todo mal.

Termina la niña su balbuciente plegaria i rodea con los regordetes bracitos el cuello de la madre; la besa en los labios, la besa en la frente, los ojos, el cuello i aquella fresca lluvia de besos, reaniman, fortifican, a Margarita que enternecida dice a su hija:

—Así nena mía, así amor, acariñame siempre, no sabes, no puedes comprender cuanto bien me hacen tus halagos, cuanto los necesito.....

## VI

En Lima Zarela había recibido su título de doctora en medicina, habiendo sido su actuación en la escuela, honrosa i brillante; disputando las mas altas notas, obteniendo como premio a su aplicación la Contenta i recibiendo de la prensa i amigos, los elogios que tan dignamente merecía

Los agasajos i atenciones de su vasto círculo social eran interminables, no habiendo

fiesta ni tertulia en la que su presencia no fuese solicitada, pudiendo decirse de ella, que era una de las muchachas mas feliz i bonita de su época. La madre, partícipe de esta felicidad, sentíase orgullosa i satisfecha.

Las especialidades que gustaban a Zarela i a las que se dedicaba con entusiasmo, eran enfermedades de señoras, infantiles i de preferencia a la frenopatía.

—¡Madre mía!— decía la joven rebozando arregosto—los afanes i desvelos sufridos para obtener mi bonita profesión, nada significan comparando los goces que hoy disfruto: ¡Ah, cuanto bien puedo ejercer!

—Tienes razón hija mía, el campo que se te ofrece en ella para practicar el bien, es vasto i fecundo, aprovéchalo.

Yo a mi vez gozo tanto viéndote feliz, ya no me inquieta tu porvenir, le veo sin zozobras ni temores, la idea de la muerte no me espanta, porque sé que esta profesión no solo será tu grata compañera sino tu más seguro sostén.

Deslizábase el tiempo para madre e hija, feliz cual sueño delicioso, mas la enfermedad de Rosalía, la vieja i leal servidora, vino a interrumpir aquella apacible dicha.

Zarela puso en acción sus conocimientos en bien de la salud de la mujer, llaman-

do a varios renombrados colegas a la cabecera de ésta, desgraciadamente la enfermedad era una de aquellas en las que la ciencia se declara impotente.

El dolor de la señora Luisa i de Zarela era grande, luchando ésta incansable con la muerte, disputándole palmo a palmo la vida de su fiel criada, siendo cada uno de estos fracasos, las primeras gotas de acíbar que se mezclaban en la embriagadora copa de sus triunfos.

Rosalía comprendiendo que su fin se aproximaba, quizo aligerar su conciencia, quitándole el peso que por afecto i fidelidad, hacía tiempo lo soportaba.

Llamando en reserva a Zarela i suplicándole indulgencia, le reveló el origen de su nacimiento i la activa parte que ella tomara para envolver a éste en el misterio.

Como paralizada de terror escuchó la joven la relación que le hacía la moribunda i llamando en auxilio a su voluntad, juró no decir a su madre, nada de lo que acababa de saber, hasta después que la muerte sellara los labios de la reveladora.

Pasados algunos días del fallecimiento de la criada, Zarela con la duda de que el secreto revelado fuese efecto del delirio, quizo que su madre ratificase el dicho de aque-

lla, invitando a la señora Luisa, a conversar reservadamente.

Al pasar el umbral del estudio de su hija, un vago temor hizo latir apresuradamente el corazón de Luisa. Miró fijamente a la joven queriendo leerle el alma i el pensamiento; afanándose en descubrir los misterios que se encerraban en su juvenil corazón.

¿Qué significaba aquella entrevista con tantas reservas? ¿Qué significaba la profunda tristeza que anublaba el antes risueño semblante de su hija? ¿Era solo efecto del pesar sufrido por la pérdida de Rosalía, o era que a un descuido suyo, ésta faltándole el valor de llevarse a la tumba el secreto guardado celosamente, lo había denunciado?

Por suerte Zarela era tan buena i la quería tanto; por otra parte, ella como su madre i educadora ¿no había contribuido poderosamente al desarrollo de las cualidades tanto físicas como morales con que estaba adornada i por ello, no le debía eterna gratitud?

Algo calmada con estas reflexiones la señora esperó el interrogatorio respondiendo a las primeras frases que la dirigía su hija con un ligero temblor en la voz.

Mas tranquila con la actitud cariñosa de Zarela i por las frases amables con que da-

ba comienzo a la entrevista, fué manifestando poco a poco su gran secreto, hasta revelárselo todo.

Zarela no interrumpió a su madre adoptiva con una sola frase en toda su interesante narración, pero sintió en lo profundo del corazón intensa amargura, desencanto infinito.

¿Cual de las dos mujeres merecía su censura? La que por egoísmo, por miedo al porvenir, por innata inclinación maternal la arrebató de los suyos, o la que también por ese miedo al porvenir, por el temor al juicio de las gentes le faltó el valor de arrostrarlo todo i rechazándola de su regazo, nególe su protección i el bendito calor de sus besos?

Zarela no queriendo dar su fallo, en asunto tan delicado pretendió cerrar los espirituales ojos, mas en su conciencia escuchó la voz de la gratitud, gratitud inmensa que le habló a favor de Luisa. La voz de la sangre también se dejó escuchar pero apagada por una falta i por esto, aunque Zarela formó la resolución inquebrantable de no abandonar jamás a su madre adoptiva, suplicó a ésta, que antes de efectuar el viaje que proyectaban al viejo mundo, la diera el placer de conocer la ciudad en que viera la luz pri-

mera, así como a los autores de sus días; jurándole además, que ante todos aparecería siempre como hija suya.



Hacia tiempo que la viuda de Espanet acariciaba la idea de radicarse en Europa, la fortuna que poseían era mas que suficiente para vivir allá, cerca de unos parientes que le quedaban.

Para llevar a cabo este proyecto fué realizando todos sus intereses i colocando el capital en una casa comercial que abonaba buen interés.

Era una verdadera contrariedad para la realización del viaje el descubrimiento de Zarela, mas no le quedaba otra cosa que hacer, que conciliar los acontecimientos del mejor modo.

Accediendo pues, a las peticiones de su hija efectuaron el viaje a la ciudad de Arequipa. Allí permanecerían poco tiempo, luego pasarían a Francia en compañía de su anciana hermana.

Desde los primeros días empezaron las pesquisas reservadas de Zarela para descubrir a su familia.

Por intervención de una oficiosa costu-

rera, de aquellas que por su singular manía de averiguar con gran interés la vida del prójimo llegan a ser la crónica viviente de una población, tuvieron conocimiento de la muerte de la madre de Zarela i de una hermana, así como de la existencia de otra i de una tia enajenada en un convento. Del padre solo llegaron a saber que hacían años faltaba de aquel lugar.

En tanto que Zarela ansiosa inquiría el paradero de Margarita, ésta oscurecida i olvidada sentía decaer su potisma voluntad, el desaliento, el cansancio de la vida apoderábanse de su espíritu lleno de escepticismo.

La que en otrora afanosa trabajaba pareciéndole corto e insuficiente el tiempo, permanecía ahora con los brazos cruzados sobre el pecho, encerrada en ténaz mutismo, dejando vagar por el espacio la incierta mirada, sin importarle el monótono tic tac del reloj, ni el anuncio de la campana al morir la hora. Diríase que aquel decaimiento moral era la consecuencia del físico, por esa íntima i estrecha unión del espíritu a la materia.

La luz que animaron esos ojos llenos de misterio i amor, opácase poco a poco i como aquella, oscila i se debilita la fúlgida luz de la fe.

La desgraciada, ya no se afana en buscar trabajo, su pesimismo lo dificulta, lo obstruye todo; solo la doliente vocecita de su hija pidiéndole pan, la saca por breves momentos de su marasmo, haciéndole emprender de nuevo la olvidada tarea.

Llega un día, que no pudiendo dar a la infeliz niña un retazo de pan, que angustiada le pide, se vé obligada a salir i buscarlo de cualquier modo. Llevándola en brazos, llega a la puerta de un convento a la hora en que un lego reparte la repugnante limosna de alimento a una multitud famélica i desharapada; a ese deshecho humano de ciegos, paralíticos, decrepitos i niños desvalidos, que en sus infantiles semblantes llevan impresas las huellas de la miseria. Allí en la puerta del convento estrújense, tendiendo la temblorosa mano disputándose los residuos de aquel pobre sustento.

Algunos aléjanse cabizbajos, para ellos no alcanzó la limosna; irán a implorarla en las casas particulares.

Después de un momento, toda la desheredada muchedumbre estiéndose silenciosa por la ciudad para hacer algo por esa desdichada vida, que parece increíble, le sintieran apego.

Margarita estrecha en brazos a la pe-

queña: — No no tomarás tú hija mía esto — dice horrorizada; — Vamos, huyamos de aquí!

Las deudas aumentan, los acreedores no esperan. rugen, insultan, amenazan. Margarita pide prórrogas i no se le conceden; al contrario, las amenazas son más duras, los insultos i escarnios se suceden con frecuencia.

Una noche, negra cual su dolor, deja dormida a su hija i sale a pedir un adelanto por su trabajo; llega cerca a la plaza de armas, la música alegre de la retreta llega hasta ella. Margarita desde una acera contempla a distancia toda una multitud que feliz i ostentosa, gira en torno del parque central de la plaza. El brillo de la seda de los vestidos hieren sus ojos, los abrigos, las pieles en que se arrebuja algunas damas, le hacen daño recordándole su miseria, a ella que apenas lleva una delgada i deteriorada manta que la cubre. ¡Ah! con la milésima parte del costo de aquel deslumbrante lujo que ve, cuántos días tranquilos pasaría.

Abstraída en penosa reflexión, increpando a su destino i a las injustas desigualdades de la vida, Margarita no repara en la presencia de una mujer que de cerca i hacia rato la observaba, hasta el momento en que esta le dirige la palabra.

—Tu aspecto, tu melancólico semblante —la dice,—todo en tí me revela que eres una hermana, hermana mía de dolor. ¿Qué haces aquí?

Margarita, con la esperanza de que aquella incógnita e improvisada amiga pudiera socorrerla en su aflictiva situación, le refiere a grandes rasgos lo que le acontecía.

—Me sorprende, es raro que en tales aprietos se vea una mujer joven ibonita por añadidura —responde la desconocida aproximando su rostro al de Margarita, causándole vértigo con su aliento saturado de alcohol.

—Es raro lo que me acontece, ha dicho usted, pero ya que no lo he podido evitar, ¿cómo podría verme libre de tales apuros?

—¡Bah!—respondió con estridente carcajada la mujer —¿Qué hacer,? pues ir en busca de la prostitución, único refugio que ofrece nuestro estado social a una pobre que no conoce ni sabe nada útil para ganarse la vida honradamente.

—¡Horror, no, mil veces no!

—Entonces, no quejarse —fué la respuesta lacónica de la mujer, disponiéndose a marcharse.

Margarita intrigada la detiene diciéndole: —I usted, ¿de qué vive, a donde se encamina ahora?

—Te responderé querida como en la «Pasionaria» de Cano, con la respuesta de Petrilla a Justo:

«—A dónde vas?

—Donde pueda,  
donde va lo que zozobra,  
lo que expira, lo que sobra,  
lo que vaga i lo que rueda;  
al asilo, a la prisión,  
al templo o al lupanar,  
al abismo o al montón!»

Al terminar de recitar su respuesta, la misteriosa mujer se alejó riendo; mas su risa era un largo i prolongado sollozo que fué decreciendo i perdiéndose en la oscuridad de la noche.....

Margarita estremecida por un escalofrío que recorrió todo su ser, alejóse de aquel lugar modulando íntima plegaria, repitiendo aquellas hermosas frases del Padre Granada; — «Dios que me ciñes de virtud, Dios, Dios mío, no te alejes de mí, porque desfallece mi vida en los dolores.»

El destino encierra a Margarita en un terrible dilema: escoger el camino de la corrupción para salir del atascadero pecuniario en que se encuentra o seguir por el oscuro i misterioso de la muerte. Su naturaleza he-

cha para el bien, elije éste. Pecó por amor no por vicio. ¡Ah! mil veces cadaver, antes que despreciable muñeca de placer. ....

Allí está la vencida meditando con serena calma en la finalidad de su corta vida tan llena de angustias i padeceres; pero es madre i trepida algunos instantes en su terrible determinación. Dejar sola a su hija, abandonarla en un mundo en el que rige la maldad i que ofrece a la mujer solo peligros i dolores? Eso no, su corazón de madre se lo dice, una madre no es egoista jamás. Esa paz, ese descanso, la cesación completa de sus penas que ansía para ella, bien i mas los necesita su pobre hija. Pequeñita, inconsciente, cuando la vida es cual la eterna sonrisa de los ángeles, era mejor que en esa época i cuanto antes huyese de ella.

Pasan ante la imaginación de Margarita como por arte mágico o cinematográfico los dolores, menosprecios, injurias i escarnios sufridos, adquiriendo formas humanas i grotescas, que le hablan; que con frases sarcásticas i convincentes la impelen al sacrificio.

Allá en su fuero interno escucha también una voz que le dice persuasiva: «Tranquilízate, no te quedaba otra cosa que hacer, tu debilidad, tu condición de mujer te

han condenado a muerte, ve de una vez no temas.»

Por un fenómeno espiritual ve Margarita que al morir su cuerpo de mártir, es arrojado a la fosa común de los réprobos suicidas, escuchando mencionar su nombre con el desdén que acostumbran algunos moralistas bien trajeados i de repletos estómagos que jamás pueden evaluar sacrificios, ni comprender las amarguras de la vida.

Unos dicen: era histérica, maniática; otros, descreída, idiota, loca; mas nadie, nadie, supone cuanto sufrió, cuanto luchó la vencida.

De los ojos de la infeliz han huido las lágrimas i como respuesta a lo que pasa por su imaginación sonríe despectivamente con sonrisa amarga de supremo desdén a sus semejantes i en alta voz exclama:

—¿Qué me importa el juicio de las gentes,? ¿tienen acaso derecho a mi vida, ellos que en mi espíritu mataron la fe, el amor, i la esperanza?

\*  
\* \*

Zarela ha descubierto al fin el lugar donde habita su hermana i con estudiado pretexto, va a conocerla. Con su madre han

convenido que, en caso de hallarse sola Margarita, se la llevarian a convivir con ellas.

Alentada Zarela por la mas grata esperanza i sintiendo oculto regocijo, llega a la habitación ocupada por Margarita, mas no la encuentra i torna a su hogar descepcionada; no obstante, no se desalienta i persiste en sus visitas dos o tres veces sin poder hablarla. El destino así lo tenía dispuesto.

Al atardecer del cuarto día en que afanosamente se le buscaba, Margarita llega con paso firme al puente de fierro, hermosa obra de arte que engalana un solitario lugar del campo. La joven marcha lentamente deteniéndose de vez en cuando a contemplar la belleza i magnificencia del paisaje que le rodea. En aquellos momentos la campiña ostenta en su lujuriente vegetación fantástica policromia; los nevados enhiestos, sonrosados i orgullosos de su imponente magestad, reciben engreidos la caricia del poniente sol, teniendo a sus plantas cual virgen dormida, la blanca i sumisa población.

Margarita se halla en la mitad del puente; eleva al Cielo la mirada i sale de sus labios una íntima i férvida plegaria.

El viento sopla con fuerza levantándole la manta, dejando en descubierto su melan-

cólico i bello semblante; los rizos de la blonda cabellera de la niña, flotan en desorden.

—Mamá —dice suplicante— vamos á casa, mucho frío hace aquí.

—Sí, vamos hijita, vamos —responde la madre estremeciéndose de frío en el corazón; —espera un momento, ¡pobre amor, pobre ángel mío i no sufriremos más!.....

— Buenas tardes nos dé Dios —la dice una campesina que detiene su marcha para observarla; acaso lo alterado del semblante de Margarita le infunde alguna sospecha; la mirada sagaz de la joven así lo comprende por lo cual después de corresponder el saludo de la buena mujer, la dice suplicante:

—Cuidado con mi niña, no le haga caer.

La campesina dando una excusa prosigue su camino.

Margarita abarca de una mirada el campo que les rodea; están solas, ha cesado el tráfico i el silencio apenas es interrumpido por el gemir del viento deslizándose por la arboleda, el piar de algún pájaro cruzando el espacio en busca de su nido i el melancólico murmurio del Chili recorriendo su cauce.

Margarita toma en brazos a su hija, i cual la poetiza de Mitylene en el promontorio de Leucates, abrazada a su tierna lira se arroja con vertiginosa rapidez en el abismo!.....

Un labrador que distante ha visto caer a la suicida, da aviso a varias personas i acuden al lugar del siniestro.

Madre é hija se hallan de espaldas cerca del cauce del río. El destino, como última i única concesión, permite que la caída no les desfigure; la piadosa Belleza no quiso abandonarlas.

Se da parte a la policía i en tanto que ésta llega, permanecen abandonadas sobre el lecho de verdura que compasiva, cubre hojosa gran parte de los cuerpos.

Como no hay una morgue, continúan allí algunas horas, porque hasta en el hospital se niegan a recibir las. (1).

Después del vano ajeteo de la policía unas pobres gentes ceden un cuartucho miserable i allí sobre rústica i vieja mesa son colocadas madre e hija muy próximas las dos en espera de las investigaciones médico legales. El silencio, el desdén i el abandono,

---

(1) En la época de nuestra narración no existía la morgue recientemente instalada.

forman la triste capilla ardiente de la suicida i el único eco de dolor que se percibe lamentando su desaparición, es el lúgubre canto del buho. Allí no hay quien envíe grandes aparatos florales, como se hace cuando fallece el acaudalado; confirmando esto, lo que alguien dijo: «que las grandes manifestaciones a los muertos, revelan solo la vanidad de los vivos.» Por todo adorno se ve la mortecina luz de una bujía que oscila, alumbrando apenas el solitario cuartucho!

Al siguiente día muy temprano una criada enviada por la señora Luisa i su hija, llega a la habitación ocupada por Margarita i en vez de hallar a ésta, ve a unos empleados de la policía que toman nota de lo existente en aquel aposento.

La criada intrigada por lo que juzga un allanamiento de domicilio, interroga a uno de los policiales; éste tranquilamente la pone al corriente del funesto acontecimiento.

La mujer santiguándose varias veces i llena de estupor se alejó a participar a la señora Luisa lo ocurrido.

Esta quedó atónita al recibir la noticia, permaneciendo gran rato sin decir una frase, ni poder coordinar sus ideas.

Cuando hubo reaccionado, pensó en la manera de atenuar el terrible pesar de Zare-

la i recurriendo al engaño la dijo aparentemente tranquila, que los datos recibidos respecto a Margarita eran falsos i que ésta había dejado de existir hacia tiempo, según constaba en el registro del estado civil, i que dicha noticia la había recibido de persona autorizada.

Aprovechando el estado anímico de su hija a causa del desencanto recibido, la señora pretextando social i urgente compromiso, salió del hogar i alquilando un coche hizo conducir los restos de Margarita i su hija al cementerio. Allí la buena señora sintió angustia indescriptible. El cementerio laico, lugar destinado a recibir los despojos de las desdichadas, queda detrás del católico i como el coche no podía llegar hasta aquel por lo irregular del camino, tuvo que recorrerlo a pié. Aquello era un basurero repugnante, lleno de malezas, guijarros i restos de flores de tela, cruces i deshechos de todas aquellas ofrendas de cariño, o mera fórmula, con que los vivos hacen ostensible el recuerdo a los muertos.

Dando quimbas i traspies llegó el fúnebre cortejo al desolado recinto. Una puerta de reja con sus fierros enmohecidos i rotos, por donde los perros famélicos pueden penetrar a satisfacer su hambre, se abre pere-

zosa dándoles paso. El suelo del pequeño-cuadrilátero aparece cubierto de cascajo, con una depresión al centro, demostrando esta la fosa común de los que, por falta de recursos, no pueden ser seleccionados. Una maleza raquítica, amarillenta i plomiza, es el natural i agreste mausoleo que sobre ellos se levanta. Diríase que esta exhausta vegetación, más humana, más piadosa que los hombres, desea disimular con sus melancólicas ramas la inmensa desolación que allí se ve i la rigidez é intransigencia de las muchas veces injusta justicia.

Frente a la entrada se ven tres hileras de nichos, con lápidas algunos, sin ellas, tristes é incógnitos las más, en los cuales zumban abejas i moscardones que parece entonan misteriosas salmodias.

La señora Luisa enjugándose las silenciosas lágrimas que bañaban sus mejillas, salió después de haber cumplido su deber.

—¡Infinita, imcomprensible piedad Divina!— exclamó:—Tú lo sabes todo, tu justicia es luz; aquí error i miseria. ¡No perdonar ni a la hija, ni a la inocente niña; ella también debe ocupar un lugar aquí, porque así lo ordena la mundana justicia! ¡He aquí sus obras!.....

La señora manifestó a la policía ser pa

riente de las occisas i después de llenar algunas formalidades del caso, recibió las llaves del aposento de Margarita.

En él halló uno que otro mueble, i sobre una mesita varios retratos de familia i algunos libros, entre estos dos abultadas libretas conteniendo los diarios de Soledad i Margarita.

La señora llegó al lado de Zarela en las primeras horas de la noche. Una cliente había dado a ésta la fatal noticia i los periódicos de la localidad acabaron de convencerla, que la desdichada Margarita era hermana suya.

Zarela lloró con intenso pesar la desaparición de estos allegados seres que de su familia le quedaban.

\*  
\* \*

Tiempo después mitigado el dolor de Zarela i cuando la señora la halló por conveniente, entregó a su hija los objetos hallados en la habitación de Margarita. Zarela transida de dolor leyó los diarios de sus hermanas en los que, con detalles minuciosos describían su dolorosa peregrinación por la vida.

Esta lectura hizo salir del noble corazón de Zarela un grito de protesta, un grito de

justa rebelión en contra de la triste condición social de la mujer peruana. Juró sobre aquellos diarios, cual lo haría sobre el Evangelio, trabajar incansable en pro del feminismo, por la justa liberación de la mujer.

— ¡Soledad, Margarita!—exclamó—juro por vuestra triste memoria dedicar mis esfuercos i energías en bien de nuestro sexo; vuestro recuerdo me hará triunfar de los obstáculos con que el egoísmo i las rutinarias costumbres, obstruyen la noble senda que desde hoy debo seguir.

La joven suplicó a su madre permanecer algunos meses en Arequipa mientras pasaba el rigor del luto; entre tanto no perdió el tiempo dando comienzo a su hermosa obra en el mismo lugar en que sus hermanas sufrieron el martirio.

Como si los acontecimientos quisieran estimularla en su noble labor, constantemente llegan a su consultorio mujeres que, con rasgos conmovedores, relatan su vida de infortunios. Ya es una inteliz que para adormecer el hambre i los pesares, busca el alcohol; ya otra que, teniendo un hijo que obstaculiza su trabajo le suprime; ya aquella que, debatiéndose en la miseria no cuida de la hija, aconsejándole únicamente acepte al mejor postor; ya, en fin, una madre abando-

nada, implorando la caridad pública, o degradándose en la corrupción.

Zarela siguiendo la hermosa doctrina del Salvador, de caridad i de perdón; lejos de condenar perdona; su corazón reboza indulgencia, amor i piedad. Ella no pierde el tiempo en vanos alardes de caridad, ni en hipócritas simulacros; su labor es callada, pero eficaz. ¡A cuántas detiene al borde del abismo con su oportuno auxilio moral o pecuniario;! ¡cuántos dolores alivia, cuántas lágrimas enjuga su bienhechora mano.

Las plegarias de aquellos agradecidos seres suben al Cielo para algún día descender sobre Zarela; así se lo dicen los temblorosos labios de emoción, depositando un ósculo de gratitud en su blanca mano, o en la orla de sus vestidos.

Zarela prepara una conferencia en favor del feminismo, los periódicos la anuncian. Llega la noche prefijada i el viejo coliseo se ve pletórico de gente de diversas clases sociales. La curiosidad ha reunido toda una multitud, ávida de escuchar i posar su investigadora mirada en aquella flor exótica llamada conferencista.

El acontecimiento se ofrece novedoso, ¡es tan raro en Arequipa ver a una dama

dirigir la palabra a un gran público!. ¿Cómo es posible romper así las viejas tradiciones en un lugar en el que hasta vedado parece a ellas, asistir a esta clase de ilustrativas reuniones; pues que es raro se les favorezca dando una conferencia en lugar apropiado para que puedan escucharla?

El egoísmo ruje amenazante blandiendo sus armas favoritas del ridículo i la calumnia.

Algunos sabios en cierne asisten con gesto de supremo desdén, por mera curiosidad. El tema de la conferencia no podía ser mas antipático i *cursi*. Ir allí a perder lastimosamente el tiempo, a herirse el nervio auditivo con la cansada verbosidad de una atacada de vesania. ¡Oh, si hubiera un cabe de acallar a la audaz.

En medio de esta hostilidad de ánimos i pensamientos aparece Zarela. Su modesta actitud i simpática figura, inspira benevolencia i respeto, su voz ondula suave i persuasiva en el recinto, aplacando el injusto encono de los mal intencionados.

Zarela aboga por la igualdad moral de sexos, igualdad redentora i símbolo de prosperidad. Invita a la mujer que dejando a un lado rancias preocupaciones i orgullos mal infundados, adquiera útiles conocimientos pa-

ra que, según su esfera de acción pueda ejercerlos, sirviéndole en cualquier emergencia desgraciada. Ridiculiza el menosprecio que del trabajo hace la engreida nobleza i los repulgos i melindres para ejecutarlo cuando en la miseria se halla. Señala como causa primordial de muchos males que aflijen a la sociedad, la insuficiente i defectuosa educación femenina. Pide que esa sociedad permita a la mujer ocupar el lugar que el progreso le señala, para que ésta adquiriera el perfecto conocimiento de su valer i derechos, vedados por tan largo tiempo por el error, atrazo i egoísmo.

Al terminar Zarela su interesante disertación se le tributó una gran ovación.

Con escaso personal funda Zarela una sociedad titulada «Liberación moral femenina;» sociedad que mas tarde, debía dar óptimos frutos. Gestiona la formación de una escuela preventiva i un Asilo nocturno destinado a salvar i proteger a la niña i socorrer a la abandonada mujer. Establece un bazar para la venta de labores femeninas, estimulando así el trabajo i evitando malbaratarlo.

\* \* \*

Una tarde platicaba tranquilamente Zarela i su madre. El tema principal de su

conversación era las grandes dificultades que les salían al paso en su bienhechora labor.

Sonó el timbre i no obstante la costumbre de escucharle constantemente anunciando la llegada de un cliente o una visita; en esta vez las sobresaltó, pareciéndoles mas estridente el sonido, diríase dábales una señal de alarma anunciando próxima desgracia.

Madre e hija suspendieron la interesante conversación interrogándose instintivamente con la mirada.

Aun repercutía en sus oídos el eco del timbre, cuando se presentó el mayordomo con un papel en la mano.

La señora cogió nerviosa el papel. No había terminado su lectura, cuando poniéndose densamente pálida lo dejó escapar de las manos desplomándose sin sentido en un asiento.

Zarela, poniendo en práctica sus conocimientos hizo volver a su madre del fuerte síncope.

—¡Hija mía, hija mía!—exclamó dolorosamente la señora—una nueva desgracia, desgracia horrible viene a herirnos sin piedad.—¡Estamos arruinadas, Dios santo, qué será de nosotras, de qué viviremos! ¡Mil veces la muerte, hija mía, antes que la pobreza,

me dá miedo, me ha espantado siempre!

La señora convulsa rompió en amargos sollozos.

Zarela, más tranquila i resignada, procuró a fuerza de caricias calmar a su madre,

Cuando ésta, después de la crisis nerviosa, quedó sumida en una especie de somnolencia, Zarela cogió el estrujado papel del suelo i leyó. Decía lacónico:

«Casa Wuilman T. & Co, declaróse quiebra, mañana junta acreedores. Expreso dolorosos sentimientos.

ALCÁZAR.»

Ante el funesto acontecimiento, arreglaron con premura el viaje de regreso a Lima, estableciéndose en su elegante domicilio; lo único que se había salvado de la quiebra.

Vanos fueron los ajeteos de la señora Luisa por recuperar alguna parte de su dinero. El siniestro era de tal magnitud que muchos de los que colocaron sus capitales en aquella casa, resultaron de la noche a la mañana en la miseria.

Zarela dedicóse entusiasta a su profesión trabajando con ahinco, adquiriendo día a día renombre i fama, resultando como consecuencia el aumento de ingresos en su caja de

ahorros. Las rentas i los gastos no solo guardan equilibrio, sino que en cada mes había un sobrante pecuniario que la joven guarda como capital de reserva i que también le servía para expansionar sus nobles i filantrópicos sentimientos.

La señora Luisa bendice a su hija, bendice aquella profesión que las protege, reconociendo entonces más que nunca la gran importancia de que Zarela la hubiera obtenido.

El consultorio de la joven doctora se ve favorecido por damas, desde la más encumbrada, hasta la de más humilde linaje.

¿A quien comunicarle los padecimientos del cuerpo i los del espíritu con más franqueza que a una del mismo sexo, que puede evaluarlos i comprenderlos mejor que el sabio de más renombre? ¿Qué madre no siente renacer en su corazón la esperanza, el consuelo, al encomendar el alivio de la quebrantada salud del hijo a una que por naturaleza experimenta amor, piedad i el deseo de protección a la débil infancia, por ese secreto instinto maternal que toda mujer posee?

A ella acude la joven coqueta que en su amor a la estética, en el afán de agradar al sexo opuesto, no revela al médico los estragos de oculta enfermedad. A ella comu-

nica sus padecimientos la ruborosa dama, que teniendo en peligro la vida, no se atrevía llegar al consultorio del facultativo. A ella recurre, en fin, la casta monja que ante el médico temblaba pudibunda, cual hoja del árbol sacudida por racha de viento, al tener que manifestar sus dolencias; ahora no la molesta el bochorno que le quemaba el rostro bajo el tupido velo, porque se halla en presencia de una de su sexo, se comunica con una hermana compasiva i cariñosa.

La joven, entre su numerosa clientela, con su blanco vestido, su dulce sonrisa, su tierno i bondadoso mirar, diríase un ángel enviado por Dios, cuya misión sublime es aliviar i atenuar los dolores de la vida.

La actividad de Zarela es sorprendente, los momentos que de su laboriosa profesión le quedaban libres, son empleados en su bello ideal.

Allí funda otra sociedad feminista; otra de socorros mutuos i una escuela de artes i oficios para la mujer. Ocupa la prensa manifestando por medio de ella, la urgente necesidad de la reforma en las leyes para que pueda establecerse así la equidad e igualdad de sexos. Da constantes conferencias atrayendo, día a día, poderosos adeptos a la causa feminista.

## VII

Por el concurso pecuniario de Zarela, la viuda de Espanet, no advierte casi el menoscabo de su fortuna i en su vasto salón continúan sin interrupción las tertulias i cultas reuniones. El astrónomo Pedro Alcázar, tío de Luisa i su adorador platónico el entomólogo Benito Peñaloza son los mas asiduos contertulios.

Grande fué el disgusto de ambos al descubrir las aspiraciones de Zarela i su propaganda feminista, formando los dos sin decírselo, un complot en contra de tales ideas.

Al llegar al salón, el astrónomo, dejaba su liviano sombrero de paja en el perchero i después de saludar a sus amigos daba comienzo a su labor antifeminista con el primero que le salía al paso.

—Mire amigo— decía— si por dejadez o indiferencia nos dejamos llevar a las muy elevadas regiones con las que sueña la mujer moderna, perecerán nuestros derechos por el aire enrarecido de sus fantasías. La propagación de tales ideales es sumamente tóxica, maleando están el ambiente social; ya no se respira el saludable oxígeno de sumisa pasividad que daba vida a los primitivos hogares; el moderno, este en el que la mujer

activa nos disputa profesiones i destinos; saturado está del mortífero óxido de carbono que emana de la rebelión.

No dejemos embaucarnos con<sup>11</sup> sofismas que son tan falsos como lo es la azul coloración del firmamento. Son engañosos espejismos, fosforecencias que desaparecen dejando tras sí un desencanto.

El señor Peñaloza se exaltaba a su vez en sus discursos de lucha. Según él ese moderno feminismo era el gran extravío, la gran demencia del siglo.

—¡El mundo marcha a su perdición amigo!— exclamaba en tono sentencioso atusándose la barba gris—¿No le parece una bellaquería la de estas feministas en pretender la igualdad moral de sexo?. Ahí las ve usted, dale que dale con su tema queriéndose salir con la suya. Si no oponemos a esa audacia la fuerza, estamos perdidos irremisiblemente amigo, estamos perdidos. Concedámosle hoy esa igualdad, mañana las muy tunas nos disputarán la supremacía. ¡No faltaba más! Entonces si que el mundo marchaba de revés i nos habían divertido de lo lindo. Para evitar esto preciso es hacer valer nuestros derechos ahogando en sus comienzos estos chillidos de rebeldía i a las secuaces cortarles el vuelo. En esta lucha toda arma debe sernos permi-

tida, mas debemos preferir la de doble filo, es decir la del ridículo.

—¿Usted está en la seguridad de que las feministas sean tan peligrosas para hacerles esa cruel guerra?—respondía intencionado el amigo.

—¡Bah! fíjese en las metamorfosis que debido al feminismo se está operando en nuestra bella mitad. A la mujer larva de los tiempos prehistóricos, sucedió la ninfa de la edad media, esa dulce i pacífica compañera, tan ensalzada i cantada en todos los tonos; mas, en nuestra época, la crisálida deja el capullo de su bendita ignorancia i se convierte en temible mariposa que reholotea incesante en torno de las ciencias, artes, profesiones, industrias etc, vedados antes a ella i de exclusivo dominio nuestro.

Si en Europa esos bobalicones las dejan hacer de las suyas, allá se la avengan i sufran solos las consecuencias de su estulticia; mas aquí en el Perú no, i mil veces no, detengamos su evolución, aun es tiempo amigo mío.

—Zarelita, hija mía,—decía en tono paternal el señor Peñaloza—¿cómo es posible que tú, inteligente i sensata, contribuyas, o mejor dicho, formes esta maraña feminista,? ¿cómo pretender contrariar así las leyes de

la naturaleza? ¿No te parece lo más conveniente, lo justo i natural, lo que está preestablecido por esas leyes i la razón, es que la mujer continúe como antes siendo la tierna hemíptero compañera del hombre o la traviesa ortóptero que le haga divertida i grata la vida?

—Si, Zarelita —agregaba el astrónomo— es desatino pretender aquello, es como si tuviésemos la insensatez de oponernos a la ley de la gravitación universal.

—No hay por qué alarmarse amigos míos —respondía sonriente Zarela —sería un absurdo intentar ir en contra de esas leyes i el que así lo hiciera, sufrirá el justo castigo de la naturaleza.

Tengan la convicción que la mujer moderna continuará siendo la compañera amante i sumisa del hombre; pero más espiritual i consciente de su valer i derechos, así como mas idónea para desempeñar los deberes augustos de madre, educadora, i miembro útil de la sociedad.

Lo único que nosotras pretendemos es que se considere a la mujer igual y compañera del hombre en la verdadera acepción de la palabra; no su inferior, esclava, o manequí de sus caprichos i pasiones. Deseamos que del hogar desaparezca aquella paria que,

con nombre de esposa o santa mujer, soporta borreguilmente todas las villanías i humillaciones del más inicuo despotismo.

El señor Alcázar retorció sus bigotes, movía a uno i otro lado la cabeza, i sonreía silencioso.

El entomólogo sonreía también i en tono zumbón decía:

—Con todo Zarelita, con todo, es mucho aspirar, es demasiado, fíjate que la ambición sea la que fuere, es gran pecado.

Por suerte, como dices, no se puede contrariar a la naturaleza; así supongamos, que por mero capricho suprimiésemos las tráqueas o estigmas de los insectos cesaría su vida instantaneamente; que la mujer deje de ser tal, concluye la humanidad.

—Exactamente,—agregaba sentencioso el astrónomo —nosotros continuaremos siendo el sol que da vida en el hogar i ustedes nuestros queridos satélites.

—Es así, nuestro mutuo concurso servirá eternamente en bien de la humanidad i el progreso—respondía gozosa Zarela.

El modo de ser sagaz i afectuoso de Zarela i el constante trato de muchachas amables e inteligentes con las que se reunían el astrónomo i el entomólogo, les cambiaron

lentamente su intransigente manera de pensar.

Un día, desapareciendo de los labios del señor Peñaloza la sonrisa sardónica que le era peculiar, dijo a su amigo i confidente Pedro:

—Amigo mío, ¡estoy vencido! Estudiando detenidamente las ideas i aspiraciones feministas en el sentido en que aquí se hace propaganda, no solo las hallo justas, sino también nobles i provechosas.

Hoy abrigo la esperanza que la mujer moderna persistiendo en su bello ideal, será tan útil i trabajadora como las abejas i hormigas.

La independencia moral femenina redundará en provecho nuestro. Aparte de otras muchas ventajas, tendremos la garantía en la elección de compañera; porque la mujer valiéndose por sí sola, no se verá constreñida a recibir por conveniencia, la primera propuesta; consultará antes su corazón, no aceptando sacrificios ni imposiciones. Usted conoce el papel que en el compromiso matrimonial corresponde a ella; nosotros escogemos, en tanto que aquella acepta, i si las circunstancias afflictivas de su situación la presionan, aceptará mintiendo siempre, por funestas que sean las consecuencias. La que

se basta así misma, no tiene necesidad de recurrir a procedimientos ilícitos para asegurar su porvenir.

—Estamos vencidos amigo por la verdad i la razón, me place que nuestras ideas marchen casi siempre de acuerdo. Ahora me explico lo que nuestro antagonista i amigo Rafael, muy contento anoche me decía al verle partir:

—¿Qué le decía Rafaelito?

—Pues que usted había cambiado sobremanera; que hoy no solo se veía al pensador, sino al hombre justo i de corazón.

—Tengo la seguridad que la misma opinión se ha formado de usted el generoso i noble amigo.

## VIII

Rafael Logaret, distinguido i apuesto joven de la sociedad limeña, constituía la felicidad i esperanza de los esposos Logaret, quienes se esmeraron en educarle como correspondía al heredero único de su ilustre apellido.

Rafael estudió medicina en la facultad de Lima, concluyendo su carrera muy joven, con brillantes notas i varios premios.

Cuando cursaba el cuarto año, ingresó Zarela a la escuela, experimentando por ella

desde el primer día que la conoció gran simpatía, la que muy pronto se trocó en pasión verdadera; pero que no pudo manifestarla, tanto por aquel temor erróneo que por falta de costumbre inspira una mujer que apartándose de los usos, hábitos i rutina de sus iguales, aparece como un ser anormal i raro; cuanto porque las pocas veces que halló a su paso a la bella estudiante, le desconcertó su actitud seria i digna, haciendo expirar las reveladoras frases que del corazón le subían a los labios.

El vasto talento de Rafael se vió favorecido por las musas, formando en él bello i envidiable consorcio la ciencia i la literatura.

El joven maneja con igual destreza el visturí como la pluma, uniendo a la satisfacción de aliviar los humanos dolores, el goce supremo de pulsar la lira, haciéndola vibrar en armoniosas e inspiradas poesías.

Al término de sus estudios, el prestigioso médico i notable literato dirigióse a París, dedicándose allí al estudio de la alta Cirugía i Antropología criminal, llamando la atención tanto sus trabajos científicos, cuanto sus hermosas producciones literarias.

En aquella gran urbe, en la bella ciudad del placer i distracción, en medio de sus rui-

dosos triunfos, no le abandonó un instante la delicada imagen de Zarela; destacándose bella i esplendente de la bruma de sus recuerdos.

De regreso a su país natal, la fama aureolaba a Zarela, llegando a los oídos de Rafael los elogios que la tributaban, cual música atrayente i sugestiva.

Su amigo Peñaloza se encargó de presentarle a la viuda de Espanet, experimentando ambos jóvenes goce infinito al verse de nuevo.

Rafael no había sido jamás indiferente a Zarela, pero la poderosa voluntad de ésta, la hizo aparecer distinta a lo que debía ser ante el hombre que conmovió su corazón desde el instante que le vió por vez primera.

Por grandes que fueron sus esfuerzos, no le fué posible borrar de la mente la gallarda figura de Rafael, ni la mirada insistente de los negros i parleros ojos con que la seguía, quedando su recuerdo impreso en el alma acompañado por vaga i silenciosa melancolía.

Desde el instante feliz en que el destino volvía a reunirlos, empezó para ambos la grata i divertida tarea de estudiarse i comprenderse.

—Zarela es hábil—pensaba Rafael—su instrucción i cultura le han dado a conocer prematuramente la realidad de la vida. Es lectora suspicaz del espíritu humano, ¿quién sabe si al descubrir sus defectos, ha germinado el escepticismo en el suyo, cubriéndole de hielo el corazón i no le sea dable amar con el amor que deseo ser amado?

—¿Será un capricho fugaz;?—pensaba a su vez Zarela—está hoy en boga jugar con el cariño i hacer mofa de los más grandes i nobles sentimientos de una mujer.....¡Silencio corazón,! no te intereses así, no me hables tan a su favor, deja que con la tranquila razón le juzgue; solo así puedo conocerle, solo así podemos ser del todo dichosos. Soy tan ambiciosa en el cariño, deseo que él sea uno de aquellos raros e indestructibles afectos ante los cuales hasta la muerte se halla impotente. De no, prefiero no despertar corazón.....

Con la tenacidad curiosa del niño que se empeña en la solución de un intrincado problema, con aquella serena paciencia que requiere su complicado estudio, así Rafael fué descubriendo poco a poco las bellezas del alma de Zarela i satisfecho i feliz de sus investigaciones, resolvió hacerla compañera de su vida.

¡Cuán grande fué el error suyo al haber juzgado a su amada tan de prisa i de tan distinta manera a lo que en realidad era; amante buena i asendosa, era la mujer del hogar modelo.

Sus ideas, pensamientos i gustos afines, harían una pareja asaz feliz, con aquella felicidad formada por la fusión de dos almas gemelas.

\*  
\* \*

El señor Peñaloza aunque reconciliado con el feminismo, no lo estaba así con el matrimonio; sus decepciones amorosas, le hicieron cobrarle inquina. Alarmado por el mutuo afecto de Rafael i Zarela, seguía con interés paternal sus progresos amorosos.

El señor Alcázar los seguía con el mismo interés, pero gozoso i confiado. El uno era pesimista en sus vaticinios, el otro optimista.

Cuando veían a la simpática pareja aborta en sus sentimientos, presindiendo de los demás, el uno sonreía con tristeza, el otro con satisfacción.

— ¡Pobres muchachos, - pensaba el entomólogo— si el despertar de su hermoso sue-

ño, será el brusco i cruel de tantos otros, si el hastío i cansancio reemplazará mañana este gran cariño. ¡Oh! esto sería muy doloroso i mi deber de amigo me obliga advertirlo.

—Zarelita,! —la decía —«cuando te cases mira lo que haces, piénsalo bien,» lo dice el verso i yo también. ¡Cuidado hija mía,! alguien ha dicho que el matrimonio es un fardo cerrado en el que hay multitud de reptiles i bichos venenosos i solo una anguila; cuidado no cojas ésta.

Los hombres, hija mía, somos diestros en el arte del engaño i hacemos carantoñas tantas, cuando de novios vamos, que es muy difícil conocernos; necesitais abrir mucho los ojos i tener los oídos muy finos para descubrir bajo el disfraz al verdadero personaje.

Zarela agradecía sinceramente a su amigo, manifestándole la certeza de ser muy dichoza, por la calma con que había procedido en la elección del compañero de su vida i las excepcionales prendas morales que adornaban a éste.

— Si es así hija mía, que el Cielo les bendiga —respondía suspirando Peñaloza; pero, no quedando del todo satisfecho, volvía a las andadas diciendo al joven en la primera oportunidad de hallarle solo:

—Rafael, Rafaelito, calma hijo mío, reflexióna bien lo que vas a hacer: hay quien asegura que el matrimonio es un juego de aazar i otros dicen, «es una plaza sitiada, en la cual, los de fuera anhelan entrar i los que se hallan dentro ansían salir.»

El joven entusiasta i gozoso borraba los temores de su buen amigo haciéndole ver la felicidad que se le esperaba.

—¡Ah, si usted hubiera hecho lo que yo!— decía Rafael en tono de profunda convicción; —¡si usted hubiera hecho lo que yo, qué distinta sería hoy su existencia,! no estaría tan solo, tendría a su lado una compañera que ayudándole en sus labores, fuera a la vez el dulce i refrigerante oasis en el que descansara de sus luchas e investigaciones.

—Dices bien Rafaelito, debe ser que agradable la vida así, al lado de una inteligente i buena compañera; mas el defecto estuvo en este caprichoso corazón que amar solo una vez quiso.

Soy un peregrino de la vida que errante llevo al fin de mi carrera, huérfano de cariño, sin más afectos que el de mis amigos, sin más anhelos ni ambiciones que las que pueda ofrecerme mi querida ciencia.

En mi hogar reinan la aridez, las soledades i tristezas del desierto, el frío se ex-

tiende sobre él como un blanco sudario de nieve.

¡Ay Rafael,! feliz tú que no te es dable conocer el dolor que encierra aquella soledad, el cansancio i aburrimiento de la vida que a mi edad se siente, sin aquel aliciente de la familia, de algún ser que por nosotros se interese.

Rafael, queriendo hacer partícipe de la felicidad que rebozaba su espíritu a cuantos le rodeaban, dijo en tono convincente a su amigo:

—¿Por qué amilanarse así, cuando hoy más que nunca usted debe buscar una mujer que no solo amiga sea?

—¡Ay Rafael,! ¿crees acaso que alguna llama puede resurgir de entre las cenizas de mi helado corazón?

Rafael, mirando intencionalmente al lugar donde la señora Luisa se hallaba, respondió sentencioso.

— Por suerte para la humanidad, el amor es el fenix que eternamente resurgirá de las cenizas. Además, no se fija que las circunstancias i el tiempo lo cambian todo?

—Tienes razón Rafael, a veces inesperados acontecimientos son cual viento favorable que da nuevo impulso al velamen deshecho, del barco de nuestras vidas!

El astrónomo, avizorando la dicha que aguardaba a sus jóvenes amigos, les entusiasmaba con halagüeños pronósticos.

Ellos agradecidos tenían fe en sus augurios; su recíproco afecto les hacía creer no solo en los pronósticos del amigo, sino en los del astrólogo.

\*  
\* \*

Era una noche tibia de verano i los moradores de la bella ciudad de los reyes, solazábanse en paseo nocturnal.

Las ventanas del salón de la viuda de Espanet, hallábanse abiertas de par, en par, penetrando por ellas el perfume de violetas, heliotropos i jazmines del bien tenido jardín i el eco sonoro de la bullanguera población. La voz chillona del pregonero, con su retahíla de versos i refranes, mezclábase con el sordo rodar de carruajes i autos en constante movimiento. En una casa vecina se unían las notas del piano i las dulces de un violín, a una voz armoniosa de mujer cantando una canción de amor.....

Rafael i Zarela mezclaban su amoroso dúo en aquel concierto de la vida, entonando un himno de felicidad al presente i al porvenir; en tanto que la señora Luisa i Peñaloza, escuchándolo reverentes, confundían

sus almas en una mirada de reconciliación i eterno afecto, anunciadora de su próximo enlace.

Enternecida i palpitante de gozo, Zarela anotaba en su coquetón librito de memorias, dos de sus más grandes i laureados triunfos: el uno, el día en que su amado libre de temores i preocupaciones la condujo al pié del altar haciéndola su esposa; i el otro, aquel en que sus amigos, el astrónomo i entomólogo, abrazaron la noble causa feminista.

Cuando los amigos i asistentes a la boda de Rafael i Zarela, les felicitaron augurándoles ventura, los señores Peñaloza i Alcázar, con lágrimas de gozo en los ojos i la sonrisa de la dicha en los labios, les abrazaron paternalmente diciéndoles temblorosos de emoción:

— Rafael, Zarelita, ¡Bienandanza i prosperidad en su nueva vida! ¡Bienandanza i prosperidad al feminismo razonable!

